A MIS SACERDOTES

★

A mis Sacerdotes

EDICION PRIVADA

ESTRICTAMENTE RESERVADA
A LOS SACERDOTES

CUARTA EDICION
1979

Editorial "La Cruz"

Apartado 1580 México 1, D. F.

IMPRIMATUR.

† Leopoldo Ruiz,

Arzobispo de Morelia y Delegado

Apostólico.

México, 21 de noviembre de 1929.

Derechos reservados.

I

¡AMOR SACERDOTAL!

"¡Ay!... ¡quiero almas de sacerdotes... ternuras... consuelo! ¡Quiero amor en almas sacerdotales; quiero destruir la indiferencia que me hiela en ellas; quiero vida interior, intimidad Conmigo en esas almas consagradas; quiero desterrar la apatía en sus corazones y hacerlos arder en el celo de mi gloria; quiero activar la vida divina en tántas almas de los míos que desfallecen; quiero destruir la indiferencia que paraliza la acción de Dios y aleja de los sacerdotes mis gracias; quiero hacer de cada pecho un nido para el Espíritu Santo; quiero barrer de mi Iglesia y arrasar todo lo que no sea puro!

¿Si se pudiera ver lo que Yo veo, lo que me hiere y me lastima en mi Iglesia, cubierto con la capa de la hipocresía, de la falsedad, de la mentira y aun del deber?

Mi Iglesia necesita una sangría en Méjico; una llamada enérgica en muchos corazones resfriados.

Y todo ¿por qué? Porque les falta Espíritu Santo, porque el mundo ha llegado a los altares, porque la impureza ¡ay! ha minado muchos corazones.

Había y hay pecados ocultos que expiar, indiferencia en los actos litúrgicos y religiosos, tibieza en mi servicio, comodidad y molicie para servir a las almas, mucha exterioridad y poco fondo, y sobre todo, **¡poco amor!** Es necesario volver a encender el fuego, y esto sólo se hará por el Espíritu Santo, por el Verbo, ofreciéndolo al Padre, clamando misericordia.

Quisiera que se activara ese ofrecimiento del Verbo al Padre en favor de la Iglesia de Méjico por medio de María. Quisiera que se diera un impulso poderoso a ese acto expiatorio, uniendo víctimas a la gran Víctima, para desagraviar y apresurar el triunfo de la Iglesia en Méjico. Es necesario que los sacerdotes mismos se muevan a este fin, porque hay que expiar en ellos mismos mucho de la causa de la actual situación religiosa.

Mi Padre quiere perdonar, el Espíritu Santo quiere dar la paz; pero el Verbo divino hecho hombre es el canal por donde desciende y se compra toda gracia.

Vendrá la reacción, pero por este medio y por María; y se apresurará a medida que se haga lo que pido.

Que todos a una me ofrezcan y se ofrezcan en mi unión, y sean hostias con la Hostia, y pidan a mi Padre con María que limpie a Méjico, que una a la Iglesia y que una también los corazones en la caridad.

Yo, aunque Dios, no dejo de ser hombre, y los pecados —sobre todo los de mis sacerdotes—, hacen que me ruborice ante la Divinidad ofendida. Este es un secreto, un martirio oculto

de mi Corazón de hombre que ama a los hombres y a los sacerdotes con fibras y latidos especiales, y quiere —como tierna madre— cubrir lo incubrible ante las miradas de mi Padre amado.

En este punto muy principalmente tengo tales fibras de madre que quisiera Yo solo cargar con el lodo con que manchan las vestiduras de mi Iglesia, la Esposa inmaculada, y lavar con mi Sangre y ocultar con mi Blancura las impurezas ¡ay! de los que se llaman míos. Nadie se imagina esta vergüenza de las vergüenzas para Mí; estas faltas que hieren en lo más vivo mis entrañas de cándido amor, que obligan a mi Padre a los castigos, y que Yo, como Dios hombre, quisiera, renovando mis dolores, impedirlos.

Este martirio oculto de mi Corazón es casi desconocido; martirio de amor divino-humano, porque mi Corazón de hombre ama con todas las cualidades del amor humano divinizado.

¿Se comprenden ahora más profundamente las quejas de mi Corazón lastimado en lo que más ama?

Cierto que hay mucho bueno en la Iglesia; pero nadie sabe lo que hieren el fondo de mis entrañas los pecados de esas almas escogidas que tánto me han costado. Una ofensa de ellas es para Mí como miles del común de las gentes que no han recibido esa superabundancia de carismas. No hay quien alcance a comprender la delicadeza torturante con que sé sentir sus ingratitudes..."

II

MIRADA

"Antes de la consagración de la hostia en las Misas, los sacerdotes levantan su mirada a mi Padre como para pedirle, como para implorarlo y darle gracias, y ese es el momento más cruel de mi martirio en mis sacerdotes indignos, más que la transubstanciación, que operan sus palabras —que como mías toman sus labios—; ese momento de la mirada a mi Padre es más doloroso para Mí por tratarse de El, por burlarse de El, por tener el cinismo de mirarlo con esas miradas que no son puras. ¡Ay! esas miradas me ruborizan, me hieren en lo más íntimo, y con sonrojo vengo a las manos del sacerdote sin negarme jamás, pero ¿cómo viene mi corazón?... sangrando y más sacrificado que en el sacrificio del Calvario.

¿Por qué miran así a mi Padre amado que les dio a su Hijo, como arrancándoselo de sus entrañas? ¿por qué le pagan con ingratitud? ¿No es este crimen como un reto al cielo que clama castigo y venganza en vez de misericordia?

Este, éste es otro de los dolores secretos que espinan mi Corazón, que contristan al Espíritu Santo, y tienen eco penoso en María, y atraen la justicia sobre los pueblos.

Que no miren así a mi Padre ojos que no sean limpios, que no se atrevan a mirar al cielo ojos que tienen crímenes de lodo en la tierra. Que esas miradas sean puras, sean castas, sean amorosas, sean humildes y llenas de respeto cuando en tan solemnes momentos se dirigen

a mi Padre. El da su Verbo y recibe ultrajes de lesa majestad; se le implora con burla, con sarcasmo, con indiferencia cuando menos, en esa mirada que debe ser suplicante, humilde, implorante y pura.

Mucha parte de los castigos que Dios envía a los pueblos vienen de esos crímenes ocultos del altar, de esas misas sacrílegas en que viene el Cordero a ser desgarrado, no tan sólo en el Sacrificio incruento del altar, sino en el sacrificio de mi Corazón herido. ¡Y esto es tan frecuente!

Y por más que quiero cubrir lo incubrible —como lo quisiera mi amor en cuanto hombre—, soy también Dios, soy el Verbo engendrado del Padre a quien debo todo; y si detengo la justicia, no puedo, no debo a veces usar como Dios de sólo misericordia. Y éstos son dos martirios de mi ternura, mi Padre y el hombre, Dios y su justicia.

Además, esa mirada osada y altiva es **mirada mía**, que la toma el sacerdote como suya, y esa es otra ofensa, entre tantas, en ese solo acto de la Misa.

Yo soy en el sacerdote quien mira a mi Padre, quien le da gracias anticipadas por el Misterio que se va a obrar en el Altar, quien lo implora, quien lo glorifica; y ¿cómo serían puros, cómo serían santos, cómo mis ojos serían sus ojos, mis manos sus manos, mi Cuerpo su cuerpo, mi Corazón el suyo!

Ellos al consagrar no dicen: "Esto es el Cuerpo de Jesús", sino que dicen: **"Esto es mi Cuerpo... mi Sangre"**. Por eso en rigor, nadie

podría subir al Altar sin estar transformado en Mí; pero siquiera, en esos instantes tan trascendentales para el mismo sacerdote y para el mundo entero, siquiera entonces, ¡ay! en esos momentos ¡que fueran ellos Yo!

¿Dónde descargar ese terrible peso que me oprime como a Dios hombre, como a hombre Dios? ¿Dónde desahogar mi pecho comunicando lo que más me duele en mis sacerdotes: esa mirada que como mía —e impura— mira a mi Padre; esa mirada cuando menos manchada con el mundo, fría, indiferente, con que ofenden su majestad y su ternura.

Para consolarme de esta pena, hay que ofrecer al divino Verbo en expiación de esos crímenes, porque sólo Yo, Dios hombre, puedo expiar los pecados del hombre. Yo soy el ofendido en mi Padre, y a la vez, el perdón de mi Padre Yo soy a la vez la víctima y la expiación; me hacen ser en el momento de la Misa, mis sacerdotes sacrílegos, el que representa el pecado en ellos (esto es horrible para Mí) y a la vez la víctima pura que redime y salva.

Los pecados del común de los fieles los cargo por mi voluntad misericordiosa; pero ésos me los hacen cargar entonces las almas que más amo y en quienes he derramado los Dones del Espíritu Santo, y en los instantes en que el cielo se abre. ¡Qué ingratitud!

En los momentos de la Misa, estoy anhelante por renovar el Sacrificio del Calvario en favor del mundo; ¡cómo palpita mi Corazón ansioso de que ese instante llegue! ¡cómo se me hace tarde inmolarme y ofrecerme puro al Pa-

dre para expiar los millones de pecados en todos los siglos!

Pero ¡ay! ¿es mucho pedir a un puñado de almas escogidas que me toquen manos puras. que me ofrezcan corazones limpios, que miren a mi Padre ojos castos?

Me duelen todos los pecados, y más en mis sacerdotes; pero ese vicio de la impureza a donde van a parar otros muchos vicios lo odio, porque va contra la luz que es Dios, contra el mismo candor, inocencia, limpidez y pureza que soy Yo.

Por eso para llegar al altar exijo esta virtud angelical.

III

PENAS DE JESUS EN LAS MISAS

"Es un martirio para Mí que no se celebre el santo Sacrificio de la Misa con fervor.

Es más común esta espada cruel de lo que parece. No siempre al mirar a mi Padre en las Misas lo miran con ojos manchados, pero sí con glacial indiferencia, con rutina y distracciones, con falta de devoción, de espíritu, con el pensamiento ocupado en cosas y preocupaciones mundanas y humanas que no son Yo.

Para borrar esas manchas basta el ofrecimiento del Verbo, siempre víctima por el hombre.

Sufro doblemente en esas miradas; porque me duele la ofensa a mi Padre y los castigos

que acumulan los sacerdotes sobre ellos y sobre el campo que abarquen sus deberes: hasta allá alcanzan los pecados de los sacerdotes.

Los pecados de los míos tienen repercusión, tienen consecuencias en las almas que los rodean y en otras muchas. Por eso un pecado de mis sacerdotes toma mayores proporciones que un pecado de los fieles, por el reflejo de la Trinidad en ellos y por la unción del Espíritu Santo que los consagró para el cielo.

En esas miradas manchadas, me ofendo a Mí mismo, en el Padre y en el Espíritu Santo. Yo, en el sacerdote, identificado con él, soy el mismo Dios el que ofende a Dios... ¿Qué sentiré como Dios y como hombre? Es terrible la transformación de Mí en el sacerdote. El sacerdote debiera transformarse en Mí y no lo hace; pero Yo sí me transformo en él, en el sentido de que **siendo él Yo**, en el momento de la mirada y de la Consagración, soy al mismo tiempo el ofendido y el ofensor de Mí mismo, en mi Divinidad, una con el Padre, y esto es horrible.

¿Dónde se ha visto que Dios ofenda a Dios? Pues esto hacen que se realice los sacerdotes sacrílegos en las Misas, en esa mirada de que voy hablando, con la transformación en Mí que —dignos o indignos—, se efectúa en esos momentos solemnes, y hacen que Dios **—ellos en Mí—**, ofenda a Dios **—Yo en ellos—.**

Y este tremendo crimen se comete tan a menudo como nadie se figura; y mis sacerdotes ni piensan en ello ni miran sus consecuencias. De suerte que en esas Misas se representan dos Crucifixiones para Mí: la del Altar, la mística

que reproduce la del Calvario; y la real (por parte de los sacerdotes) que me crucifica con la mayor crueldad y me obliga a ser Yo mismo, el esplendor del Padre, el que echa lodo sobre mi Padre, sobre el Espíritu Santo, sobre la Divinidad, una en las tres divinas Personas.

Otra derivación de mis martirios en las Misas es ésta: en las Hostias consagradas estoy Yo con mi Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad; pero en rigor también tiene parte allí el sacerdote que consagra y que se **transforma en Mí y Yo en él.** Al consagrar somos uno: él desaparece en Mí y Yo en él: somos dos en uno.

Yo dije: **"Tomad y comed todos de él, porque esto es mi Cuerpo"**, y aun para la comunión de los **fieles todos,** me comulgan a Mí desapareciendo en Mí el sacerdote. Pero ¿qué hago Yo? Lo absorbo en mi Divinidad, y sin que lo sienta, lo transformo en Mí con un segundo fin; no tan sólo para ofrecerme a mi Padre en el sacrificio del altar, sino también para darme a las almas.

¿Se comprende acaso lo que Yo sentiré transformando en Mí una cosa manchada? ¿Puede alcanzarse a entender la pena inmensa de mi Corazón, de mi alma de lirio al absorber en mi seno, en mi cáliz, la suciedad y negrura de un alma manchada de sacerdote?

Claro está que mi Sangre se derrama en el Sacrificio del Altar para perdonar todos los pecados, que es una ola de Sangre redentora para lavar los crímenes del mundo; pero cuando esta Sangre tiene que comenzar por lavar los crímenes, las ofensas del sacerdote, **¡en lugar de**

que la del sacerdote unida a la mía y, una sola cosa con la mía, borrara los crímenes del mundo...! esto es horrible para mi Corazón de amor.

He querido revelar esta pena, entre las otras penas o espinas que tengo que sufrir en la Consagración de mi Cuerpo y de mi Sangre, en las Misas, por sacerdotes indignos; y ellos ni piensan ni se dan cuenta de la extensión de su crimen ni de las dolorosas y múltiples consecuencias que alcanzan un radio incalculable para el hombre, que sólo Yo sé medir.

Hay que pedir para que los sacerdotes **sean víctimas con la Víctima divina** y con las mismas cualidades".

IV

TRANSFORMACION

"El transformar un sacerdote en Mí es, en cierto sentido, como mayor milagro que el de la transubstanciación; sólo siendo puro puedo transformarlo en Mí sin lastimarme, y en esos momentos lo purifico con doble sangre, con gemidos hacia mi Padre, con todo mi divino poder.

En ese momento, con mi potencia purificativa, lo transformo en Mí, pero en él queda la mancha hasta que, arrepentido y contrito, la borre de su alma, ya sea con la perfecta contrición, o bien confesando con la atrición. Yo perdono, pero he puesto en mi Iglesia las condiciones del perdón.

Otro punto que me lacera es que, con toda conciencia de pecado, mis sacerdotes se atreven a celebrar y a impartir mi Sacramento.

Y me lastiman, porque obligan a mi Omnipotencia a purificarlos ante mi Padre; porque me obligan a cargar su pecado que repugna a la pureza de mi ser; pero en ellos queda la mancha, mientras no quieran borrarla, ni quitar las ocasiones, ni arrepentirse. Yo cubro lo que puedo, pero lo que no puedo, no.

No puedo avasallar el libre albedrío que di a la criatura; no puedo, si ella no quiere, atropellar su voluntad que respeto y amo.

En cuanto a Mí toca, transformo al sacerdote a la hora del Sacrificio aun cuando me repugna su contacto. Ese dolor me toca a Mí sufrirlo. Pero el sacerdote sacrílego, por su pecado en Mí, comulga su condenación; es decir, queda en pie su pecado, que no se le ha perdonado, queda réprobo ante mis ojos y con el mayor de los crímenes; porque si es duro y doloroso para Mí transformarlo en Mí al estar manchado, es más crimen para él y más doloroso para Mí el que me introduzca en él al recibir la Blancura que soy Yo en el lodazal que son entonces su cuerpo y su alma.

Comulga su sentencia de condenación, aunque reciba en la Misa sacrílega mi Cuerpo de azucena y mi Sangre purificadora, pues en lugar de que estas riquezas lo limpien, acrecientan su crimen. Y si en cualquier fiel es esto para Mí un pecado horrible que ofende a la Trinidad, el sacrílego pecado del sacerdote que Me recibe manchado no tiene comparación. ¡Y es tan fre-

cuente esto! Es un reto a la divina justicia, es un punible desprecio de lo divino, pues prefieren el fango al cielo.

Por más que arrastren su dignidad por la tierra, ante la mirada de mi Padre existe en ellos el carácter imborrable, el sello santo que los consagró míos. El Espíritu Santo queda también contristado al ver despreciada la unción santa que en aquel cuerpo y en aquella alma imprimiera; y Yo, el Verbo, víctima siempre en favor del mundo, quedo despedazado por aquel mismo que debiera, con sagrado deber, ser víctima satisfactoria en unión Conmigo.

Nadie sabe los sagrados compromisos que los sacerdotes contraen con la Trinidad; por eso no pueden medir la magnitud de sus infidelidades ni la de su crimen al ofenderla así, puesto que los pecados de los sacerdotes, más que los de los otros, van contra la Trinidad, contra los fieles, contra la Iglesia y contra ellos mismos"

V

LOS SACERDOTES Y EL PURGATORIO

"No piensan tampoco los sacerdotes impuros en su obligación de unir, limpios, su sacrificio al mío en favor de las almas del purgatorio, el sufragio más grande que por ellas puede hacerse. Un sacerdote manchado ¿cómo podrá apagar con su sangre impura el fuego que las acrisola? Claro está que el efecto expiatorio de esta sangre **es mío**, por lo divino que hay en Mí; pero como sacerdote en la Misa **es** Yo por su

transformación en Mí, tiene que ser puro, tiene que ser santo para unir su sacrificio al mío, es decir, para ser Conmigo una misma víctima en favor de mi Iglesia purgante.

No se dan cuenta los sacerdotes manchados de este otro aspecto santo, de esta santa obligación que tienen de ser puros para purificar, de ser santos para satisfacer, de ser en verdad sacerdotes para impetrar y alcanzar gracias del cielo. Porque no tan sólo en las Misas que se dicen ex profeso por las almas del purgatorio deben concurrir estas condiciones en el sacerdote, sino que en todas las misas se pide por las almas del purgatorio y cae mi Sangre preciosa en ese lugar para su alivio y descanso, y para conmutar sus penas.

El sacerdote, por este otro matiz que explico, tiene también parte en esta obra expiatoria, en este sagrado deber para con la Iglesia paciente y purgante. ¡Y aun cuando sólo fuera para cumplir este deber tendría que transformarse en Mí, siendo puro, siendo víctima, siendo santo!

Casi nunca se piensa en este punto capital de la Misa que se extiende no tan sólo a la humanidad entera en la Iglesia militante, sino también en las almas de los difuntos que esperan anhelantes este rocío que purifica, vivifica y salva.

Para esto también los sacerdotes tienen que ser **otros Yo**, otros Jesús, en su transformación en Mí. Pues mi Sangre **porque es pura**, es en esos momentos más que en ninguno otro expiatoria, si cabe decirlo; la del sacerdote —una

con la mía— debe ser pura también: no debe tener mancha esa alma que se transforma en la Pureza inmaculada.

Si sacerdos ita inquinatus est, ut non tantum purgatorio sed inferno sit dignus, quomodo ipsemet animarum purgatorii poenas minuere valebit?

Quare impudentissime audet semetipsum in satisfactionem culparum levium offerre ille, qui peccatorum gravium montibus opprimitur?

Quomodo maculatus poterit abluere?

Qui pro semetipso nihil impetrat, quid pro aliis impetrabit?

Qui turpem concupiscentiae carnis ignem fovet, quomodo purgatorii flammas exstinguet?

¡Ay! quiero que estas verdades aterradoras para los sacerdotes y desoladoras para Mí se remedien, se extingan y desaparezcan de los altares.

Aquí está otro secreto de los dolores internos de mi Corazón en los sacerdotes; aquí está otro martirio íntimo entre tántos que sufro por mis sacerdotes amados".

VI

LOS SACERDOTES Y LOS FIELES

"Al consagrar los sacerdotes indignos, si no estuviera toda mi ternura y mi potencia salvadora en las Misas, en las que cubro Yo los crímenes de los sacerdotes indignos, sólo servirían esas Misas para atraer al mundo fuego del cie-

lo, rayos de justicia, la ira de mi Padre, al verse burlado así en su Iglesia amada.

Pero todo esto, todo este terrible peso, todo ese muladar de basura cae sobre mi Corazón; y ¿qué hago?... ¡seguir, seguir en los millares de Misas sacrificándome, ocultando lo que me hiere, lo que tengo a la vista, lo que he de cubrir con mi Blancura, lo que me lacera, lo que me ofende, lo que se arroja con audacia increíble y hasta con malicia infernal sobre mi rostro, sobre la misma Divinidad!

¡Y prosigo bajando a manos impuras e indignas, y sigo mi constante crucifixión que derrama gracias, y continúo de víctima expiatoria, y no me escondo airado y no me niego, y salgo al encuentro de crimen tan horrendo...! Y este es mi papel, de día y de noche, ante mis ministros culpables y ante un Dios ofendido, en cierto sentido, por Mí mismo, por otro Dios, Yo en el sacerdote.

¿No se comprende ahora mi sed de descanso?... ¿No se palpa cómo no descanso con las ingratitudes del mundo, pero sobre todo con las espinas más dolorosas y crueles, las de los míos?...

Para remediar estos males hay que ofrecer al Verbo, que sacrificar a Jesús, que **este es mi papel** desde la Encarnación hasta mi muerte, y en la Eucaristía hasta el fin de los siglos. No sólo fui víctima en el mundo, sino que **sigo siendo**, porque ab aeterno, desde la creación del mundo, me ofrecí a mi Padre para ser Víctima, y en María confirmé mi ofrecimiento, que ha seguido en las Misas y que quiero que siga en los

corazones para bien de mi Iglesia y de las almas.

Esto es lo único que exijo de mis sacerdotes, **que me sacrifiquen** puros; porque lo manchado repugna con mi Blancura, porque mi martirio mayor es unirme con lo que no está limpio"

VII

LOS SACERDOTES Y LA COMUNION

"La comunión borra los pecados veniales, porque mi acercamiento **purifica.** Pues bien, los sacerdotes tienen parte —una parte pasiva, pero real—, en las hostias consagradas; porque al decir ellos: **"Esto es mi Cuerpo"**, cuando consagran en la Misa, es en cierta manera su cuerpo en Mí. Porque no sólo se transforma el sacerdote interiormente en Mí, sino que también su cuerpo y todo cuanto es se pierde en Mí. Y sea que consagre una hostia o muchas, queda él en Mí en ellas, aunque absorbido por la potencia absorbente de mi Divinidad.

¡Oh y qué grande y qué sublime participación tiene el sacerdote, digno o indigno, en su **ser** de sacerdote en esta altísima dignidad que Yo le di!

Pues bien: si el sacerdote es impuro, es indigno, está manchado, ¿cómo va a borrar los pecados en las almas, convertido en Mí? Este punto es tan sutil que se pierde para los ojos humanos; pero para los míos tiene resonancia, tiene **eco** en Mí y constituye una falta de deli-

cadeza punible que hiere las fibras de mi Corazón.

Esta dignidad del sacerdote es tan extensa que el entendimiento humano no alcanza a abarcarla, sobre todo, cuando administra con potestad divina los sacramentos de mi Iglesia, en los que siempre me representa. Ningún Sacramento, sin embargo, ningún acto tan trascendental ni mayor que el que ejerce en la Misa; porque de él se derivan incalculables efectos para el cielo, para la tierra, para el purgatorio, para miles de almas. ¡Ya se ve si deberán los sacerdotes ser dignos, ser puros, ser santos, **ser Jesús!**"

VIII

LOS SACERDOTES Y MARIA

"Al transformarse los sacerdotes en Mí, en la Misa, pasan a ser más íntimamente, más completamente en esos momentos, más —digo— **hijos de María Inmaculada**, al ser Yo mismo en ellos. Y este pensamiento no se ahonda, no se les ocurre, no lo agradecen...

Y María, entonces, tiene para ellos toda la ternura que tuvo y que tiene para Conmigo, porque ve en cada sacerdote **otro Yo**; y los mira complacida, y los envuelve en su calor, y los estrecha en su seno, y los acaricia, y los ama... porque me ve en ellos a Mí.

María en las **Misas** tiene siempre un gran papel; porque, si concurre como Corredentora en todos los sacramentos, más, mucho más está presente en las Misas.

Y ésta es otra pena para mi Corazón filial, el más delicado que pueda existir; el ver que mi Madre cargue, en ellos, lo impuro; en que comparta, en su inmaculado candor, su pena con la mía; en que Yo la vea, la sienta estremecerse cuando a su Corderito lo desgarren como tigres los sacerdotes sin conciencia, los sacerdotes manchados, los indiferentes al menos; tratando con frialdad, con tibieza y hasta con cierto desprecio lo que Ella más ama, a su Hijo unigénito más puro que la luz.

¿No son acaso estas penas **íntimas**, profundas y dolorosas?

Mi primer amor, después del de mi Padre, es María; y después mis sacerdotes, mi Iglesia; y en ella, las almas. Esos son mis amores, y en estos amores inmensos están también mis dolores. Y quiero comunicarlos a mis sacerdotes, ¡porque reclaman un consuelo, un alivio, un descanso!

María impregnada de todos los misterios, toma parte muy activa con la Iglesia en implorar perdones y derramar gracias. María no ha dejado de ser Madre mía y de los pecadores; y ¡cuánto hieren a su Corazón purísimo las ofensas que me hacen, y más las de los míos! Si Yo soy mártir en las Misas celebradas por sacerdotes indignos, Ella —asistiendo en los altares a mi Pasión incruenta, como asistió a la cruenta del Calvario—, contempla desolada lo que con su Hijo se atreven a hacer.

Y su papel, unido al mío, es olvidar, en cierto sentido, su pena y clamar al Padre en mi unión: ¡misericordia! María ofrece su pureza y

sus lágrimas en esas Misas infames para que en lugar de castigos lluevan perdones para el mundo, para el purgatorio, para los mismos sacerdotes indignos; porque su Corazón, identificado con el mío, es todo **caridad** y **amor** ternísimo.

María, después del Padre y del Espíritu Santo, es la que contempla **sin velos** la lucha mía entre el Dios hombre y el hombre Dios, entre la Justicia y la Misericordia, **la eterna lucha de mi amor,** ¡de mi infinito amor a la humanidad en mi Corazón de Dios hombre y de hombre Dios! Y María con su Corazón inmaculado se interpone a los merecidos rayos de la justicia, y la desarma ofreciendo a su Hijo ante la Divinidad tan bajamente, tan rastreramente ofendida.

¡Y los sacerdotes, ignorantes de esto, no saben ¡ay! a quién deben no estar partidos por el rayo de la justicia, no caer desde luego en el infierno! Es María, después de Mí, su pararrayos: es María en mi unión la que implora; es María la que con su Blancura limpia en mi alma las negruras. Porque si Yo las cubro —esas negruras de los sacerdotes sacrílegos— o quiero y trato de cubrirlas ante mi Padre celestial, ¡Ella, mi Madre, las cubre, quiere cubrirlas ante la miradas mías!

Y no es que Yo rehuse el sufrimiento o que no quisiera pasar estas penas —místicas, pero reales— en cuanto hombre; lo que me duele más son las ofensas a mi Padre en Mí; los castigos a mis sacerdotes malos, y al mundo por ellos; y la dolorosa pena de María, en la que entra muy vivamente su amor al Hijo y a los hijos también suyos, los sacerdotes indignos".

IX

NOVA IN MISSIS CALVARIA

Calvaria dolorosissima Mihi sunt missae, cum ab indignis sacerdotibus Me Victimam reddere cupientibus celebrantur.

Non sufficit pro ipsis Me, in saeculorum decursu, Memetipsum in sacrificium sponte offerre ad divinam placandam iustitiam et ut possibile evadat ut, tot inter peccata et ingratitudines, animae salvae, fiant; non sufficit Me vivere in altaribus vitam holocausti perennis, quod pro ipsis consumitur, nec Me Victimam, aeterna in homines dilectione uri, sed, quot mei sacerdotes! impudenter, malitiose, inverecunde, ligna ad comburendum congerunt, gladios ad dilaniandum afferunt, venenum immittunt, quo Me tentantes, semetipsos inficiunt.

Tam atros quosdam esse sacerdotes ignoratis, quia vix velum detegere coepi, quo tanta corruptio operitur, eorum qui nix, albedo, candor, lux esse deberent.

O, utinam ipsi scirent donum Dei, immortales divitias, quas ipsorum in manibus pono, thesauros Ecclesiae, ne tangendos quidem nisi immaculatis! Sinite, sinite Me ut lugeam propter perfidiam, abnormitatem, ingratitudinem tantam!

Sinite Me ut lugeam damnationem tot animarum, quibus plus quam vitam largitus sum, cotidie enim in Missa, vitam atque meam propriam Vitam ipis do, et in eis —mirabile dictu!— meam Incarnationem, Passionem, Mortem-

que, mystice renovo. Haeccine est ergo retributio Mihi?

Crucior in primis, mystice sed realiter, propter iniuriam Amori Patris —qui est Spiritus Sanctus— illatam, patior propter Divinitatem —quae Mecum identificatur— calcatam atque posthabitam!

Patior in Maria et cum Maria; patior propter animas haec sacrilegia perpetrantes, quia Meam Ecclesiam, Immaculatam Agni Sponsam, Sponsamque cuiusvis sacerdotis purissimam, foedant atque sordibus obliniunt, et propter iniurias, eidem Ecclesiae dilectae, in Ministris illatas.

Patior etiam, et vehementer patior, propter ipsum indignum sacerdotem, qui tanta est ausus, pro illo enim, in edemptione, totum meum Sanguinem, quem ille spernit, effudi et effundo in altari, sed nunc Sanguinis meus pro illo in caelum clamat et flagitat, non misericordiam sed infernum!

Tanta est Cordis mei dilectio ut pluries iterum Passionem amplecti vellem, et incesanter Calvarium in Missis, gratia illius, conscendo sed, proh dolor! Me invito, ipsi, maiori poenae, damnationi, inferno sunt.

Si unum sacrilegium frigidam reddit animam, fidem minuit, obcaecat et interficit, quid dicendum, cum tot sunt in anima sacerdotis sacrilegia?

Si sacerdos est in statu peccati mortalis, quilibet actus sacramentalis, quem ministrat, est novum grave peccatum, est novus annulus catenae que Satanae devincitur.

Qui sacrilegia habitualiter committunt, fidem amittunt, et hac de causa, plurimi! tepidi in meo servitio redduntur, iugi mei suavitatem non valent sustinere, et sese in limum proiciunt, quia morsus conscientiae obtemperare censent, si alium vivendi modum prosequuntur ac illum quem iureiurando, die sacrae ordinationis, prosequi promiserunt.

En deviationes, en multiformia vitia quibus Satanas allicit sacerdotes ut suo illos subdat imperio, dum (novus tot inter cruciatus) ante faciem mundi mei esse **videntur.** Haec vero satanica hyprocrisis Animam meam dilaniat eo quod Satanas, diabolico sarcasmo, Omnipotentiam meam, Attributa, Passionem, Sanguinem, Ecclesiam, triumphans illudit, et persaepe! quod **meum** est, ab amplexu, a meo Corde, in sempiternum avellit.

Hanc vero hypocrisin, ad Ecclesiae dignitatem servandam, obtengo atque hunc iniquum meorum sacerdotum agendi modum silens patior: dissimulo ante hominum conspectum, dum coram Patre Meo verecundia conficior.

Utrum multi sint sacerdotes qui damnatur interrogatis; et, quid dicam?

Animam vestram laedere mihi dolet!

Sad large sanguinem fundens e Corde, multos, eheu! damnari, et scienter damnari fatebor; quia a cupiditatibus nefandis recedere nolunt, et quod Meo Cordi adhuc terribilius, est illos damnari, damnationem voluntarie quaerentes.

Amissa fide, morsus conscientiae minuuntur et disparent, tunc vero anima ruit per viam quae ducit in infernum.

Superbia, turpitudo, ebrietas, avaritia, ignavia, diffidentia, constringunt et penetrant animas, quae speculum, candor et lumen esse deberent; deinde quidquid divinum et sanctum, et Ipsum Sanctum Sanctorum despiciunt et oderunt, demum impoenitentia finalis et sempiterna poena.

Quantopere invigilandum est sacerdotibus ut et ipsi mundum abhorrentes, in sacrario vitam degere cupiant!

Hi sancti sacerdotes, una mecum Divinam Iustitiam arcent; sed super omnes, Ego, Victima pro hominibus arceo; Ego Deus et homo, qui mea propria Vita vivifico, et meo Sanguine in caelum veniam et misericordiam imploro".

X

JESUS QUIERE UNA REACCION EN EL CLERO POR EL ESPIRITU SANTO Y LA ORACION

"Quiero una reacción viva, palpitante y poderosa del Clero por el Espíritu Santo; quiero renovar el fervor en corazones dormidos; quiero extinguir la impureza, el lucro, la avaricia, la codicia, el mundo, en fin, que se ha infiltrado en muchos corazones de los míos. Este cúmulo de vicios en los corazones de los que me pertenecen hace que se entibie su fe y que vivan arrastrando su vocación sacerdotal.

Y ¿cuál es el remedio? El Espíritu Santo, en general; pero en particular, su remedio está en **la oración**, en esas horas de trato íntimo Conmigo en las que Yo derramo mis luces con más

abundancia, en las que me acerco a los corazones y les comunico mi Espíritu, y los conforto, y los ilustro, y los enciendo, y les facilito con mi amor el camino del deber, el espinoso sendero que deben recorrer sacrificándose.

Un sacerdote ya no se pertenece; es otro Yo y tiene que ser todo para todos; pero ha de santificarse primero, que nadie da lo que no tiene, y sólo el Santificador santifica.

Por consiguiente, si quiere ser santo como es su deber ineludible, debe estar poseído, impregnado, del Espíritu Santo; porque si este Divino Espíritu es indispensable para dar la vida de la gracia a cualquiera alma, para las almas de los sacerdotes debe ser El su aliento y vida.

Si son Jesús los sacerdotes ¿cómo no han de tener el espíritu de Jesús? Y ¿cuál es éste, si no el Espíritu Santo? Sus desalientos, sus tentaciones, su tibieza y hasta sus caídas vienen del descuido punible que muchos tienen para la oración; porque viven aturdidos en las cosas del mundo, o por el cúmulo de ocupaciones buscadas que les estorban; porque rebajan su dignidad por su familiaridad con personas de quienes debieran hacerse respetar; por no huir de las ocasiones; por dar lugar a las vanidades humanas; por su falta de mortificación interior y exterior; por ver como secundarios sus sagrados deberes, como el Oficio divino, etc., sintiéndolos como pesada carga. Pero todo les viene por su disipación, falta de oración y unión Conmigo; y esta falta tiene su raíz ¡ay! en la **falta de amor**, que es lo que más contrista mi Corazón.

Necesita ahora más que nunca el Clero del calor de sus Pastores, del cuidado de sus almas, de procurarles retiros y ejercicios, y atracción paternal en todos sentidos.

Satanás hace su cosecha con pecados ocultos, con ocasiones peligrosas, con finos lazos de hipocresía traidora: las almas de los sacerdotes son su manjar más codiciado.

Que las almas oren y se sacrifiquen en mi unión por esa parte escogida que mucho necesita, en estos momentos críticos, de oraciones y penitencias, de gracias especiales que se compran con dolor.

He querido dar a mi Clero **una lección de amor**; he querido herir en lo más íntimo el fondo del corazón de los míos. Y si no, ve quiénes están sufriendo en esta prueba por la que cruza mi Iglesia; mis sacerdotes y mis religiosos. Y es que quiero purificarlos, acrisolar su virtud; porque si mucho me hieren las ofensas de los malos más me lastiman las ofensas ocultas, pero patentes a mis ojos, de los que debieran ser **sólo míos.**

Claro está que los buenos pagan por los malos; que hay almas inocentes que sufren las consecuencias de las que no lo son, pero éstas precisamente, puras y limpias, son las que están comprando gracias y apresurando el tiempo de la libertad y de la paz.

Los Obispos tienen que cargar las culpas de sus hijos, como Yo tengo que cargar las culpas de los míos. Purgarán sus deficiencias culpables los que las tengan —Obispos y sacerdotes— y se purificarán comprando con sus penas

el triunfo de la Iglesia y la santificación de los suyos.

No creas que todo es castigo en esta época desoladora de la Iglesia, que mucho es prueba para acrisolar la fe y la unión en los corazones.

Había mucha tierra en muchos de los que amo, y este sacudlimiento general será saludable. Tampoco creas que Yo no veo las sufrimientos ni escucho las plegarias; pero tengo mis tiempos y estoy haciendo reaccionar a muchos corazones dormidos.

El triunfo vendrá por el Verbo, por el Espíritu Santo en el Padre, por medio de María. Que todos esperen, confiados y serenos, la hora de Dios".

XI

SEMINARIOS Y NOVICIADOS

"Yo soy el primer sacerdote y cubro las faltas de los míos, aunque con mi Corazón amargado y triturado. Así han de ser los Obispos: deben cubrir con caridad las faltas de sus hijos; pero, a la vez, los han de exhortar enérgicamente y los han de apartar de las ocasiones peligrosas.

Pero hay a veces descuidos punibles en ordenar a los que por experiencia se veían con malas inclinaciones y poca virtud. De ahí se originan males sin cuento; y después vienen las penas y lamentaciones, los excesos y crímenes del Altar que tánto me ofenden. Más vale pocos sacerdotes puros y no muchos que no lo son.

Los Seminarios deben ser semilleros de santos o gérmenes de santidad. Que pidan mucha luz los encargados de esos planteles de virtudes; es poco redoblar ahí la vigilancia y la piedad en esas almas que van a ser mías. Hay que pedir también por los Noviciados. Que nadie suba al Altar sin las condiciones muy afinadas para ello; que los que formen esos corazones sean santos, sean aptos, sean espejos en donde ellos se miren.

Que el Espíritu Santo reine en esos lugares como primer factor y la Inmaculada sea su amor y su vida.

Los Seminarios y los Noviciados son el porvenir de la Iglesia y de las almas; y los Obispos hacen bien de preocuparse y consagrar toda su atención a ellos, sacrificando todo en su favor. Con esto ¡cuántos futuros martirios me evitarán y cuántos castigos del cielo!

A las veces los ordenados son buenos y hasta después se vuelven malos. Pero siempre hay en el fondo de ciertas almas tendencias no santas que ellos deben conocer.

Y ¿cómo? De muchos modos, pero más con la oración y la luz sobrenatural del Espíritu Santo. Y en caso de duda, mejor nada, que un futuro desastroso y terrible".

XII

DE SCANDALIS ET DE PECCATIS OCCULTIS

"Peccata scandali meorum sacerdotum quot immensitates complectuntur! quantam a Me

gloriam tollunt, quam terribiliter Cor meum perfodiunt!

Numquam poterit homo intelligere quousque haec scandali peccata meorum sacerdotum sese extendant, solummodo in vita aeterna, illuminati illo infinito. Lumine, malum quasi infinitum defluens ab iis innumerabilibus peccatis, cognoscere valebunt. Innumerabilia dico, quia unum scandali peccatum a Sacerdote patratum, multiplicatur et a generatione in generationes extenditur.

Tamen vehementius doleo —quis credere poterit!— propter peccata occulta, propter secretas culpas, quas Ego tantum cognosco; haec enim directe, malitiose, meam praedilectionem, fiduciam, amorem electionis vulnerant.

Haec occulta peccata, quae nemo novit, magis caeteris omnibus, Animam meam tenerrimam dilaniant; sordes in Divinitatem proiciunt.

Qua de causa? Quia fidem oppugnant, spem obcaecant, caritatem exstinguunt.

His peccatis sacerdotes oppungnant Me, in Fide, quia ita agunt ac si Me adesse per praesentiam, essentiam, potentiam non crederent; directe igitur in Deum peccant.

In Patrem, qui omnia videt, In Meipsum, Verbum caro factum, Deum et hominem verecundia rubentem; in Spiritum Sanctum peccant denique, quia in abditis et tenebris, fiducia in Ipsum abutuntur, quia peccant et nihil eis refert, nec in sacram qua consecrati sunt unctionem deturpant, interest.

Peccant in Deum Trinum, sed homo non potest capere quosque haec peccata sese exten-

dant. Ego generalia vobis tantum dico, sed particularia malitiae, proditionis, ingratitudinis universum quendam implicant.

Quaenam sint haec occulta peccata?

Multiformia, et plurimi sunt sacerdotes quae talia committunt, et scienter gaudent in his peccatis contra Me.

Haec peccata tam alte coinquinant! et Me, Candorem immaculatum tam intime vulnerant!

Haec peccata plus caeteris omnibus, multo meo Sanguine solummodo delentur, digna sunt enim magna Dei ultione. Haec peccata maxime Satanae placent, ea, infernali cupiditate quaerit, ea in Faciem meam proicit, scit enim illa esse quae maxime meam lucem, claritatem, nitorem, albedinem foedant.

Iste Satanas, tenebrarum rex, gaudens in suis tenebris volutatur, et animas, praedilectas maxime, sacerdotales nempe, volutari gaudet in caeno tenebricoso et lurido; quae omnia mundo quidem latent, sed Mihi patent.

Consolamini Me, de his occultis peccatis vestra dilectione et deditione.

Hoc unum ostendere volui: illis nempe horrendis peccatis occultis, piacula specialia opus esse. Ut possint deleri, Sanguinis Dei et hominis, non guttulis sed largis fluviis opus est.

Verum est guttam unam mei Sanguinis eandem potestatem habere ac eiusdem flumina, propter divinam virtutem quae est in Me, Deo et homine; propter divinam unitatem quae Humanitatem sacratissimam usque pertingit; sed humanis verbis, vim expiatricem, quae opus est

his occultis criminibus meorum sacerdotum, eorum qui vocantur mei, exponere volui".

XIII

DE ABUSSIS IN CONFESSIONIBUS EXCIPIENDIS

"Alio modo Cor meum vehementer patitur, in re maximi momenti, nempe in confessionibus excipiendis.

Saepe, loca his confessionibus excipiendis destinata, ad infamia commercia et ad cupiditates excitandas adhibentur; et eo, quod est sanctum, et eo, quod nullo modo inquinandum, ad multa nefaria crimina, et ad scelesta pacta componenda, quae terribilia consectaria, tum pro Ecclesia, tum pro animis generant, utuntur.

Aliquando haec loca ut instrumenta adhibent, quibus humanos amores alunt, mutuo laudes proferunt, et animas sustinent quae confessarium, non Me in illo, quaerunt: hunc sacrum locum scurrilitatibus et indignis colloquiis foedant.

Maxime tamen doleo, cum in hoc Sacramento purificationis et sanctitatis, sacerdotes indigni, maculis deturpati, Nomen Sanctissimae Trinitatis ore sumunt ut a pecatis absolvant, quae quidem si rite confidentur, propter hanc potestatem sacerdotibus concessam, re vera absolvuntur, sed sacerdoti peccatori absolventi, inmane peccatum duplicatur.

Sacerdos indignus, qui Mei vices gerit, cum sacrum accedit, peccat, et sacramento abuti-

tur, in hoc sensu, quia potestatem ipsi collatam sumit, ore, manibus, corde inquinatis.

En aliud, tot inter supplicia, quod pro Ecclesia patior, quod silenter suffero nec aufero Potestatem —Potestatem Dei! ad peccata delenda, meo Nomine.

Caeli portas animabus adaperit indignus sacerdos, dum eas sibi claudit; meo Nomine parcit ille qui sibi veniam non implorat.

Fiducia in Me abutitur ille sacerdos, quod si in humanis quidem rebus scelus est, quanto magis in divinis, quae mei Sanguinis et meae Vitae pretio sunt adepta?

Unumquodque Sacramentum habet pretium Sanguinis mei et Vitae meae, et in unaquaque absolutione Sanguinem sumit Sacerdos, Sanguinem Agni ad peccata delenda, et cum inquinatae manus Sanguinem meum tangunt, horrore conturbor.

Taceo, et operari et promissis stare in Ecclesia prosequor: et Me tractandum in Sacramentis trado manibus indignis, cordibus aberrantibus, ministris ad medullam usque imbutis saecularibus desideriis.

Quomodo puritatem sectandam suadet impurus, prodigalitatem avarus, patientiam iracundus, humilitatem superbus?

Speculum, in quo fideles seipsos inspiciant esse debent mei sacerdotes, sed quoties animae non vident nisi intolerabilia vitia, et peccata in eorum iniqua agendi ratione!

Utinam mei sacerdotes ita inquinati recedant a via mala! Utinam lumine divino suffulti

penitus intelligant Me semper esse Victimam, et misereantur illi saltem qui sunt mea Corona, nec fel addant felli quam mundani Mihi degustandam praebent!"

XIV

FALTA DE AMOR A LA EUCARISTIA

"Otro punto que me contrista mucho en mis sacerdotes es el **poco amor** y el **poco respeto** que tienen muchos al adorable sacramento de la Eucaristía, en la que ellos tienen tánta parte.

Poco amor en vivir alejados de los Sagrarios sin visitarme, sin consolarme, sin esa íntima y perfecta amistad, más que de amigo, que conmigo debieran tener. Prefieren las criaturas y los negocios a un rato de gozar de mi presencia —¡y Yo que tánto los amo!—, y dan además mal ejemplo a los fieles con su frialdad glacial hacia el Sacramento del amor.

Dicen muchos sacerdotes su Misa y hasta el día siguiente vuelven a acordarse de que existo sacramentado —por su amor, principalmente— en los altares. Este olvido, nacido de la indiferencia que existe en sus corazones, me hiere en lo más íntimo.

Los dos, él y Yo, por mi infinita predilección, tenemos parte en la Eucaristía, por la consagración de la hostia en las Misas, en las que no tan sólo me presta su concurso el sacerdote, sino que, identificado Conmigo, es **otro Yo**, es decir, es entonces **Yo mismo** al consagrar, en

ese misterio de amor que se realiza en la transubstanciación.

Este debiera ser un motivo más para que mis sacerdotes, con más fervor que nadie, adoraran la Eucaristía, porque más que nadie saben ellos el estupendo milagro de amor que ahí se ha obrado; pero ¡cuántos corazones de mis sacerdotes no se detienen a considerar ni a penetrar ni a agradecer ese portento de amor que muchos fieles tienen más en cuenta que ellos! Esta frialdad, indiferencia e ingratitud de los míos lacera mi alma.

¡Cuántas veces los veo Yo, contristado, alejarse de Mí y preferir la tierra al cielo! ¡Cuántas, su disipación, el atractivo de las criaturas y del mundo los aleja de los tabernáculos! Y sobre todo, los sacerdotes sacrílegos quisieran rencorosamente que no existieran los Sagrarios en la tierra, porque les dan en rostro y huyen de lo único que pudiera salvarlos: **¡mi compañía!**

Y ¿por qué me hiere tan hondamente esta indiferencia en los que debieran arder, en los que debieran tener sus delicias en los Sagrarios y vivir de su calor? Porque todo esto les viene de la **falta de amor,** y la falta de amor les trae la tibieza en mi servicio. Pero esta falta de amor les viene de la falta de oración y vida interior, de las manchas del alma que dejan acumular tranquilos sin ese ahinco de tener pura la conciencia.

Un punto capital del enfriamiento para Conmigo es **la soberbia.** ¡Ay! esto no se toma en cuenta por las dignidades de mi Iglesia, por los

que se llaman míos: ¡y es tan frecuente que se crean superiores a todos! Claro está que su dignidad los eleva sobre todos los cristianos, pero también sus virtudes debieran ser superiores a las de todos los fieles. Manejan mis tesoros con cierta arrogancia y altanería, como si fueran propios y no tuvieran obligación de impartirlos a las almas, puesto que son tesoros del cielo.

Muchos se creen superiores al resto de los mortales, sin pensar ni tener en cuenta que me representan y que Yo vine al mundo a servir y no a ser servido. De la dignidad a la soberbia hay un paso, y si no están mis sacerdotes bien fundados en la humildad, caen en este escollo muy frecuentemente, y lastiman mi Corazón.

Si Yo soy su ideal, si soy su modelo, ¿por qué no imitarme? Ellos no son los soberanos, Yo lo soy, y gran predilección mía es el haberlos escogido entre millones para mi servicio y gran honra es para ellos el que ponga los tesoros de mi Iglesia, mi misma sangre redentora en sus manos. ¡Modelo, Maestro y Rey humilde y manso, Rey obediente **en sus manos,** y el mismo perdón de Dios! Soy el Sacerdote eterno a quien debieran copiar.

¡Si se asomaran al interior de su Jesús esos sacerdotes disipados y soberbios! ¡Si me estudiaran como es debido, si me copiaran en sí mismos como es su obligación sagrada, otros serían, y Yo no tendría que lamentar en ellos tantas espinas que clavan en mi Corazón! Pero les falta amor, porque les falta Espíritu Santo.

¡Qué deber tienen los sacerdotes de recorrer las etapas de la escala mística que los transforme en Mí!

También les falta no sólo amor, sino **respeto** al Santísimo Sacramento; y éste es otro punto doloroso, entre tántos, que también lastima de una manera muy íntima mi delicadeza y mi ternura; pero esta falta de respeto en mis sacerdotes se deriva de la falta de amor y de la tibieza en su fe.

¡Cómo se impacientan muchos por tener que dar la comunión y con qué fastidio y malos modos la dan a veces! ¡Más valiera que no me tocaran y que dejaran con hambre a las almas! ¡Cómo dejan caer las partículas con descuido inaudito, con precipitación y sin preocuparse siquiera! ¡No hay esmero, no hay pulcritud, no hay limpieza, no hay respeto, **no hay amor**... en tántas ocasiones diarias, al manejar mi Cuerpo sacratísimo que debiera ser tocado con delicadeza y ternura! ¡Si Yo les hiciera ver las veces que por descuido culpable caigo al suelo y soy pisoteado! Todo esto me contrista muy hondo y ofende muy profundamente a mi Padre y a María.

Esta manera de tratar lo santo y al Santo de los santos me lastima en lo más íntimo del alma. ¡Les sirvo **de carga** en muchas ocasiones a mis sacerdotes tibios! Y esto es para mi delicadeza horrible sufrimiento...

Eso de **ver** y **sentir** que les soy **pesado**, que les soy **molesto** en el servicio de las almas, a las que por deber están consagrados, me llega a lo íntimo!

¡**Estorbar** Yo que todo soy caridad y ternura! ¡**Serles carga** Yo que cargo sus tibiezas, sus indiferencias y sus pecados para blanquearlos! Estos sacerdotes que así obran sólo llevan el nombre y están muy lejos de serlo, aunque lo parezcan.

Estos sentimientos dolorosos tan íntimos me hacen sufrir y los descubro para que me acompañen a sentirlos.

¡Nadie se imagina lo que sentiré Yo (siempre dispuesto en favor de las almas) al ver que les sea pesado a mis sacerdotes confesar, dar la comunión, llevar viáticos, impartir, en fin, mis sacramentos; manejar mi Cuerpo, mi Sangre, aun mi Divinidad en ellos con esos malos tratamientos, fastidiados, airados, sin devoción, por salir del paso, pensando en otras cosas, y sobre todo, **sin amor!**...

¡Ay! ¡si Yo descubriera hasta el fondo esas penas **íntimas, delicadas e internas** de mi Corazón de hombre que tan afinadamente siente las indelicadezas de los míos! Pero si siento como hombre, con Corazón de hombre esos desprecios, ¿qué sentiré como Dios hombre que soy, con toda la finura de la Divinidad ofendida?"

XV

COMO DEBEN ADMINISTRARSE LOS SACRAMENTOS

"Todos los sacramentos purifican, porque llevan algo divino: llevan mi Sangre, llevan nada menos que la influencia viva y palpitante de

la Trinidad; en todos campea muy principalmente el Espíritu Santo. El Padre fecundando; el Hijo, redimiendo; el Espíritu Santo, santificando. Y los sacerdotes que apliquen estos sacramentos deben estar sin mancha, porque imparten tesoros del cielo sobre los cuerpos y sobre las almas; ponen mi sello divino en los corazones; lavan con mi Sangre y dan eficaces auxilios de gracias a quienes los reciben.

Yo quisiera que al impartir mis Sacramentos, los sacerdotes se hicieran el cargo de su papel; con más razón los Obispos a quienes están reservadas la confirmación y las Ordenes sagradas. Que cada sacerdote piense de antemano lo que va a impartir, que son las riquezas espirituales del cielo; que no se atreva jamás a tocar lo santo con manos y corazones que no lo son.

No quiero escrúpulos que dañan a las almas y que detienen las gracias; sólo pido rectitud y un corazón puro al impartirlos.

Curas, vicarios y todos los que impartan a las almas lo divino tienen obligación de estar divinizados, porque me representan a Mí.

Y si estando manchados no pueden confesarse, siempre pueden hacer un acto de contrición y arrepentirse; siempre tienen elementos en la Iglesia para purificarse.

También los pecados veniales me ofenden, y en su delicadeza para Conmigo, deben tocar lo puro purificados. Tienen muchos medios en la Iglesia para limpiarse.

Sí; hay mucho **descuido y laxitud** en esto; ya no hablo aquí de sacerdotes en pecado mor-

tal, que ya saben lo que acumulan en sus impuras almas ejerciendo actos de su ministerio con culpa grave; pido también que los sacerdotes buenos se limpien más y que no toquen ni a la Trinidad ni a la Eucaristía, en los sacramentos, con corazones menos limpios.

Todo en mi Iglesia debe inspirar pureza, luz; porque Dios es luz y sus irradiaciones en la Iglesia y en las almas son de claridad, de pureza.

Todo lo que no es luz no es Dios; todo lo que no es puro es satánico, porque Satanás es antagonista de la luz; por eso en él y en los suyos todo es doblez, oscuridad y tinieblas. Uno de los caracteres de Satanás consiste en lo tenebroso de sus procederes; y en la oscuridad, engaña, transforma y oculta. Su hipócrita táctica es siempre velar, empañar el alma, llenarla de humareda, ocultarle sus perversos fines y envolverla en tinieblas.

Pero mi Iglesia es luz y las almas que son mías deben ser de luz, de claridad, transparentándome a Mí, transparentando el cielo. Todo lo tenebroso no es mío, todo lo compuesto no es mío, que soy simplísimo; y mi doctrina nace de la unidad toda pura y trata siempre de unificar las almas en Mí, en un solo rebaño y un solo Pastor.

Quiero quitar de mi Iglesia los abusos e indelicadezas de los míos en el modo de impartir los sacramentos, de observar las rúbricas, de unificar el sentir de los sacerdotes con sus Pastores. Esa unificación es muy necesaria y no existe en muchos de los corazones de los sacer-

dotes con su Pastor; de esto se derivan grandes males.

Y ¿cómo se remedian? Unificando los espíritus en un espíritu, en el Espíritu Santo; teniendo los sacerdotes con su Pastor un solo querer y una sola alma. En este punto hay mucho que reformar, porque mientras los Obispos no tengan la confianza y la voluntad de sus sacerdotes, habrá separación, no existirá fundamento sólido de caridad, y con esto me lastiman a Mí y se causan muchos daños a las almas.

Quiero afirmar estos puntos en mi Iglesia; quiero evitar ofensas a mi Padre y castigos para los pueblos, que muchos vienen **por este lado** que parece pequeño y no lo es.

Quiero delicadezas en los míos y unión con sus almas tan escogidas y amadas de mi Corazón. Quiero sacerdotes **celestiales**, tales como los necesita mi Iglesia y ha concebido mi Corazón. Para esto doy estos puntos generales y particulares, para que los pongan en práctica quienes deban.

Méjico se va a distinguir en mi amor y en mi servicio...

Así lo espero, que Yo cuando pido doy. **Ya he comenzado a sentir los efectos consoladores de algunos corazones".**

XVI

CUANTA NECESIDAD TIENEN LOS SACERDOTES DE SER VIRTUOSOS PARA NO ALEJAR A LAS ALMAS

"Quiero humildad en mis sacerdotes. Pido **mucha humildad** para mis sacerdotes; viven en un ambiente de adulación, de diplomacias, de alabanzas, —¡cuántas falsas e hipócritas!—, y necesitan de un gran contrapeso de humildad y de propio conocimiento para no levantarse, pues son hombres; más que nadie necesitan mansedumbre, paciencia y humildad.

Cuántas almas se alejan de los sacerdotes por su mal carácter, por la frialdad en su persona y en sus palabras que hielan y cortan la confianza. Sólo Yo sé las veces que se deja trunca la acción divina en las almas por un solo acto de éstos, por un capricho, o comodidad y molicie del sacerdote, por su poca paciencia y amabilidad. Cortan la confianza a las almas, repito; las alejan de los confesonarios, de los sacramentos, y dan además ocasión de escándalo, de murmuraciones que no se detienen sólo contra los sacerdotes imperfectos y de poca virtud, sino que se pasan a lo santo, a lo divino, a lo mío, y me ofenden.

Muy delicado es el papel del sacerdote en las almas; por eso, más que nadie, necesitan los sacerdotes de abnegación, de dominio propio, de dulzura, de caridad y de muchas virtudes en el ejercicio de su ministerio y en su trato con las almas.

¡Qué difícil es el papel del sacerdote! Pero Yo le ayudo en todos sus ministerios. Debe ser amable sin rebajarse; dulce con energía; atractivo con límites; paciente con discreción; suave con limitación y prudente **siempre".**

XVII

ESTUDIO

"Lo que mucho perjudica a mis sacerdotes es **la falta de estudio;** esa ciencia inagotable que nunca deben abandonar. Los libros santos y buenos son la salvación de los sacerdotes y el amor a ellos los librará de muchos males.

Aparte de que un sacerdote debe ser instruído y completo en sus estudios para poder aconsejar acertadamente y sólo por servir a Dios y a las almas; estos estudios constantes, repito, lo librarán de peligros sin cuento.

Pero en la ciencia también hay escollos y peligros para el orgullo, sobre todo en la poca ciencia.

Para dedicar un tiempo a los estudios, necesitan recogimiento, y ésta es una virtud indispensable para el corazón y para la vida exterior del sacerdote. La disipación mata la inteligencia o la amortigua para el estudio, y entorpece la voluntad.

En su trato exterior debe el sacerdote ser amable y sencillo, todo para todos; pero ha de conservar el recogimiento interior y la presencia de Dios".

XVIII

RELACIONES CON LOS SEGLARES

"Muy contadas deben ser sus relaciones con personas extrañas y nunca la familiaridad con ellas debe llegar a sus puertas. ¡Cuántas penas tiene mi Corazón en este punto que parece sencillo y no lo es, en esas visitas innecesarias en las que pierden el tiempo y cuántas veces también **pierden a Dios!**

Como un cristal es el delicado corazón del sacerdote; y porque también es humano, ¡con qué cautela debe protegerlo en sus relaciones exteriores e internas con las almas! El sacerdote, siempre y en toda ocasión, debe ser **digno sacerdote** para atraer a las almas a Dios; pero al mismo tiempo, vigilante consigo mismo, debe velar sobre sus sentimientos, inclinaciones y conducta; sobre sus relaciones con el mundo y con las almas. ¡Con qué esmero debe pedirle cuenta a su conciencia!

Más que nadie debe el sacerdote cuidarse de reuniones mundanas, de relaciones vanas en que él sea el rey de los salones y el blanco de las miradas, el objeto de obsequios y de alabanzas tan fuera del círculo en donde debe vivir. No es ese su centro.

Qué cuidado debe tener, en sus relaciones exteriores, de impartir a Dios, de hablar de cosas piadosas, de hacerse respetar por sus virtudes, por su humildad y sencillez. Deben mis sacerdotes no sólo **parecer Jesús,** sino **ser Jesús,** solos o acompañados, en la calle o en el templo, en su ministerio o fuera de él.

¡Cuánto deben los Obispos darse cuenta y vigilar las relaciones exteriores de los sacerdotes, de donde vienen tántos males que sólo Yo veo, tántas y tántas caídas que más que a nadie me duelen a Mí!"

XIX

DE RELATIONIBUS SACERDOTUM CUM RELIGIOSIS

"Et hoc accidit non tantum in mundo, in quo sacerdoti vita degenda est! verum etiam et multo magis in communicationibus tum externis tum intimis cum monialibus.

Ibi exspectat Satanas speciem angeli lucis induens ut sacerdotem perdat, coinquinet et laqueis amoris primo spiritualibus, dein non sanctis irretiat.

In re tanti momenti quam plurimum invigilandum est tam Episcopis quam superioribus communitatum quia in hac re, maius periculum quam cogitare potest, invenitur!

Multa nefaria quae Me vulneribus afficiunt in his communicationibus cum animabus inveniuntur, aliquando enim et corda et corpora intersunt, et quod est corruptum, specie sanctitatis apparet.

Quam gravia pericula in re tanti momenti pro Ecclesia! Quot deviationes animarum quae prius Me solum petebant et nunc alium, qui non sum Ego, et qui Ego esse deberet, insequuntur.

Satanas hunc habet campum carissimum, et de suis malignis dolis, et de suo fallaci agendi

modo gaudet, atque specie sanctis, quod re vera diabolicum est, tegit.

In angelum lucis matatus, ambas partes, dulcedine amoris decipit, res extraordinarias imitatur, moras nectit, et cunctantibus offuscationem et vertiginem praebet.

Non semper maculis foedat, hebetat tamen; non semper victoriam adipiscitur, sed turbationem infert; venenum eius non semper occidit, sed vires minuit.

Malignitate hypocrita, sanctitatem imitari Satanae placet: et ita retia tendit, quibus leniter, subtiliter, et sacerdotes et animas decipit, quod quidem ut detegatur, simulatione exspolietur et despiciatur demum culto superno lumine opus est.

Specie sanctitatis animas bonas allicit, sed ut eas deinde tradat; et tota habilitate, divina imitatur; tota infernali malitia ad perdendas animas utitur.

Caveant! Illi et illae caveant! Quia hae animae occultae, recollectione spirituali perfusae, facillime incenduntur, prius deceptae, deinde scienter, cum iam a Satana sunt captae.

Saltem stulte amore irretiuntur, et familiaris consuetudo Mecum frigescit; multae animae illabuntur et Satanas de victoriis innumeris gaudet, tollens quod est meum, et avellens usque ab amplexu animas bonas, quae Me consolationibus mulcebant.

Cor humanum est debile, et ideo nisi bene regatur et radices in Me alte figat, facillime in humana, in terrena, in peccata et libidinosa usque perlabitur.

Caveant in tam gravibus rebus, quae nocumenta tanta sacerdotibus et animabus inferunt. Et Episcopi si sacerdotum relationes externas invigilare debent, diligentissime et maxima prudentia, eo usque quo fas sit, vulneribus intimus medeantur.

Haec familiarissima consuetudo, tam necessaria in confessionibus excipiendis et in animarum spirituali directione, scopula offert, periculis minatur, et magna virtute, puritate et unione Mecum animabus opus est, ut sacerdotes videant tantum ut scalas ut ad Me perveniant nec sistant in eis".

XX

DE PERICULIS IN SPIRITUALI ANIMARUM DIRECTIONE

"Aliis Satanae laqueis irretiuntur sacerdotes quando nempe, animas perfectas inveniunt et ipsis adhaerent sub specie, etsi sancta et interiori, discendi et a Me per illas aliquid accipiendi.

Haec via valde periculosa est: animae quidem sacerdotibus perfectiores inveniuntur, certo ab eis ipsis discendum est, ab hoc in amoris affectum, gradu minimo transeunt.

Quum sacerdoti tum animae invigilandum est cor ut perfecte subiciatur, orationis tempus protrahendum est, et sacerdos ad animam spiritu plane supernaturali accedat, quia terrena in his rebus cum divinis iunguntur!

Quoties Satanas obnubilat et, rebus, quae non sunt rectae, speciem rectitudinis praebet!

Et sic, multae directiones spirituales et confessiones initium habent, et igni ludentes ambo, tandem aliquando incenduntur.

Multam gloriam a Me tollunt sacerdotes, quia animabus seipsos tamquam finem, et non ut media quae ad Me ducant, obiciunt.

Caveant ne corda sibi subripiant, caveant ne animarum fervorem minuant admixitione rerum humanarum.

Multae spinae meum Cor dilacerant, quia terrena animabus sacerdotes inferunt, quia eas sibi adhaerent amore quodam, qui, etsi non foedat, nitorem minuit.

Evidents est sacerdotes confessarios et directores benignitate allicere debere, benignitate tamen et sancta et spirituali; sed officium est illis, rectitudine moti et acuitate intellectus ducti, ne limites inter humana et divina praetergrediantur.

Solus Ego, solus Spiritus Sanctus iure proprio, dominium absolutum animarum habemus. Caveant, iterum dico, ne decipiantur!

In hoc campo directionis, tam animarum quae ordinariam viam, quam animarum quae extraordinariam viam sequuntur, multa sunt scopula quibus Satanas fructus obtinet.

Animae tractandae sunt maxima diligentia, et induti lorica orationis et magnae puritatis, ac Spiritus Sancti adiutorio.

Necessario sacerdotes hanc viam confessionum excipiendarum percurrere, debent, et multi praeterea directioni spirituali incumbere de-

bent; officium est ipsis, sed officium asperum, difficilis via, in qua pedes, sine offensione, nec contra Me, nec contra seipsos ponendi sunt.

Indefesso studio, quadam experientia et solertia, personali sanctitate, atque intima familiaritate cum Deo, animae diriguntur sine timore et ad Me vehuntur.

His qualitatibus confessarios et directores spirituales, insuper practica scientia vitae interioris, practica cognitione humani cordis, et recursu ad Spiritum Sanctum, qui sit tamquam velamen quod Sacerdotem et animam inter inveniatur, esse praeditos oportet.

Quomodo divina dabit qui Deum non possidet?

Quomodo usque in profunda animae perveniet, qui solum vitae spiritualis superficiem videt?

Quomodo usque ad ima, quo Spiritus Sanctus et Satanas locum occupare conantur, penetrabit ille, qui corticem animarum tantum novit?

Quomodo daemonis dolos detegere, callidas destrueres retes, subtilemque procedendi modum patefacere paterit, qui lumen ex alto a Spiritu Sancto non accepit?

Quomodo recte valebit ducere qui non habet donum Consilii, nec illud petit, nec capax quidem illud recipiendi —non dignus— factus est?

Quomodo caecus, ignorans vitam spiritualem, sibi fisas animas ducere poterit?

Valde lamentor quia sacerdotes non valent pervenire usque ad profunda animarum, nec discernere possunt spiritum, nec intelligunt mo-

dum procedendi daemonis aut Spiritus Sancti.

Et hac de causa, quot consilia Dei in animis imminuta manent; quoties vita spiritualis languet et perit meorum sacerdotum culpa, propter studiorum defectum, propter inopiam virtutis, orationis, intimae Mecum consuetudinis, luminis superni, familiaritatis cum Spiritu Sancto.

Meos sacerdotes saepissime Spiritum Sanctum tristitia afficere fatebor, quia Elius actionem praeveniunt, iura quaedam sibi vindicant quae nullo modo ad ipsos pertinent; quia Deum antecedere quodam modo volunt, nec actionem divinam in animabus exspectant, sed calcant; iura divina subripiunt, corda, ac si Dominum qui illa regat et dirigat non haberent. gubernant.

Munus directoris spiritualis est Spiritum Sanctum subsequi, Dona eius enixe flagitare, sub ductu eius supernaturaliter et pro seipso et pro animabus vivere.

Non omnes sacerdotes directores esse convenit, quia si qualitatibus necessariis non sunt praediti, in calamitates plures ruent; omnibus tamen sacerdotibus officium est conari ut praedictas qualitates acquirant ut sibimetipsis possibile evadat meo intimo servitio mancipari in animabus regendis.

Bonus, prudens ac sanctus director spiritualis esse difficile est, non tamen Me adiuvante gratia speciali, virtutibus, influxu Spiritus Sancti.

Vita mystica languet propter directorum sanctorum inopiam et haec quidem magna est calamitas pro Ecclesia, sed vita mystica, sub his condicionibus certo succrescet et magnam Trinitati gloriam dabit!

XXI

DE AVARITIA

Alius cruciatus terribilis Cordi meo, Bonitate el Caritate pleno, est meorum sacerdotum avaritia, quorum corda adhearent rebus terrenis, contra vocationem qua vocati sunt.

Hoc spernendum vitium ita multis potitur, ut divina Ecclesiae, quae nullo modo ipsis pertinent, et spiritualia, quae gratis dantur, quae mea sunt, quaeque Ipsemet Ego toto Sanguine in Calvario acquisivi, negotientur.

Si avaritia externa in sacerdote est admodum odiosa, et totis veribus eradicanda, quid dicendum de avaritia rerum sacrarum, de furto contra Memetipsum patrato, cum sacerdotes mea, quae nullo pactu ad ipsos pertinent, quae manibus eorum tradidi ut et ipsi integre amanterque animabus tribuant, negotiantur?

Hoc teterrimum vitium directe contra Ipsum Deum dirigitur, contra Beatissimam Trinitatem. Contra Patrem caelestem, qui dedit Filium Unigenitum; qui Eo hominem donavit ut opem ferret, ad imitationem, ad consolationem. ad aeternam demum salvationem.

Verbum, Egomet homo factus, totum sanguinem dedi, et vitam in Cruce, et Corpus, Animam, Divinitatemque in Eucharistiae Sacramento, et Memetipsum in caeteris Sacramentis do et tribuo.

Spiritus Sanctus datur animabus omnibus per gratiam sanctificatricem, sese tribuens ut torrentem favorum et carismatum, Donorum et Fructuum, et Ipse tandem fit DONUM.

Quare sacerdotes Deum non imitantur, quare non imitantur munificentiam Ecclesiae meae quae omnia omnibus fit, quae maternum sinum, et thesaurorum immortalium ac Sacramentorum capsam omnibus patefacit, quae Memetipsum illi, qui velit in Eucharistia Me sumere, donat?

Die, nocte, semperque, haec dilecta Ecclesia lac, cibum, vitam, caelestes thesauros dat; dat semper etsi nihil recipiat; dat omnia quaecumque habet, etiam caelum, nec in sinu, nec in servitio animas quae propriam tantum utilitatem quaerunt, sordidas, quae ne dent, et multo magis, ne seipsas dent ut fas esset animabus in ministerio timent, habere vult.

Meam liberalitatem valde offendunt haec, avaritiae tum materialis tum spiritualis, meorum sacerdotum peccata.

Illi, ut Spiritus Sanctus, ut meus Pater, patres sunt pauperum, et ipsis ideo officium est dare, animo benevolo, spiritualia, et pro viribus et posee, etiam materialia auxilia quaerere ut opem ferant.

XXII

DE EBRIETATE

Vitium quod magna Me tristitia afficit est ebrietas quorundam meorum sacerdotum; et hoc vitium saepe saepius cum multis aliis vitiis, et cum nefandis casibus connexum est.

Hoc vitium hebetat et foedat, vitam spiritualem interficit et lumen fidei exstinguit, et qui

illo sunt capti, omnia subvertunt ut cupiditatem satient.

Hoc vitium magna comitatur caterva vitiorum, impudicitiae et mille turpium nefariorum, quae incorde caritatem exstinguunt.

Cor sacerdotis, plus aliis tribus theologicis virtutibus ornatissimum esse oportet; sed ebrietas harum virtutum nitorem minuit et ad illas usque destruendas pervenit. Vae sacerdoti qui hunc infinitum thesaurum amiserit, nihil ipsi nisi aeterna damnatio superest!

Plures sacerdotes tepore perfusi, se sanctae dignitatis ferendae paenitent, et contra illam clamitant, si non exterius, tamen, interius, quae quidem Ego video, quia ipsos multis nefariis cupiditatibus haec dignitas sacerdotalis prohibet, et vitam angelicam et sanctam suadet et exigit.

Hi sunt qui experire pondus, quo opprimuntur, vocationis sacerdotalis, nolentes, sensus hebetare desiderant.

Requiem quaerunt, sed pro requie peccata ac conscientiae morsus inveniunt; et loco incumbendi rebus spiritualibus, virtutibus, clamoribus in caelum, studiis, sese proiciunt in animi dictractionem, in mundanorum hominum coetus, in mille peccandi occasiones quibus Satanas solerter utitur.

Nullum solatium in hac effraenata vertigine, sed incitamenta quibus in casum ruunt, inveniunt.

Ego vero pro calcata gratia vocationis sacerdotalis uror. O crudele meo Cordi amantissimo vulnus!

Stultitiam tantam Angeli mirantur, et pro victoria, quae maximo Me afficit dolore, in animabus selectis, quas ab aeterno dilexi et meo servitio deputavi, sibi plaudunt daemones.

Onus, insignem gratiam reputant? Donum caeleste contra Faciem meam proiciunt? Pedibus hanc altisimam praedilectionem calcant?

Usquequo ingratitudo praedilectorum pervenit!

Sanguinis rivi de Corde meo fidelissimo fluunt propter preditionem talem!

Anima mea amaritudine stillat quae Me dilacerat et terit, nec iterum dolore morior quia iam Homo pro hominibus mortuus sum.

Ecclesia propter sacerdotum perditionem plorat, Maria ingemit et Ego sanguinem quaero quo crimina ante Patrem caelestem deleam ut parcat irae eius; ut gratias plures pro animabus miseris obtineam; quia propter ebrietatis vitium deperduntur et ab eorum vocatione abhorrent.

Remedium sacerdotibus de vocatione dubitantibus, nihil aliud quam assidua oratio, intima eiús Episcopo detegere et refugium in Corde meo et in Corde Mariae quaerere.

Remedium reponant in veritatum aeternarum consideratione, in poenitentia, in accedendo ad Me magna cum fiducia et fide; in laborando indefesse usque dum periculum transeat et anima eius, ut aurum igne probatum, gratia crescet, quam nemini humiliter petenti, denego.

Adeant ad Spiritum Sanctum, animam propriam mundent **ut Deum videant in illa;** semetipsos abnegent, in servitutem redigant, oboe-

diant, subiciantur, in caelum misericordiam conclament!

Quot animae aberrant a Me, propter meorum sacerdotum scandalum, cum ebrietate devinciuntur nec sunt capaces a vitio sese liberandi.

Ideo hoc peccatum non solum gravem habet sequelam personalem, sed et multas animas arcet a frequentatione sacramentorum, Ecclesiae detractant fideles et **amittunt usque fidem.**

Multitudinem animarum in preditionem ducit sacerdos hoc nomine indignus.

Quomodo temperantiam poterit suadere qui illam nullatenus habet?

Quomodo sacramenta distribuere et impertiri ille qui vino est madefactus?

Quomodo meo sanguine utitur ad abluendas animas qui eundem bibit cupiditate nequam foedatus?

Quomodo Missae sacrificium litat ille qui gaudet de materiali vino hauriendo consecrationi destinato, et etiam illi quantitate abutitur?

Saepe sine attentione, cum mentis distractione aliqui celebrant Missae sacrificium: et nemo intelligere potest quomodo meus animus refugit descendere ad os quod vix scit quae dicat, ad manus iniquinatas, ad cor atrius nocte.

Sed quoties verba consecrationis audio, **toties descendo, toties transubstantiationem operor, toties sacerdotem in Me transformo.**

Quid vero sentiam cum sacerdos nebulis plenam habeat mentem, et catenis constrictus vitio ebrietatis sit?

Eheu! Quot martyria in Corde meo inveniuntur, quam magna est fidelitas mea in adimplenda promissione descendendi ad altare!

O infinita caritatis dilectio qua voluntarie sum constrictus ut semper oboediam etiam indignissimo sacerdoti consecranti!

Ecce meus integerrimus amor! Sciens enim Ego quae passurus essem in Missis, Memetipsum obtuli et munus Victimae acceptum habui in hoc Mysterio, cum omnibus sequelis eius ut animabus propinquus essem et ut Me illi totum darem in Eucharistia, ut illas gaudio implerem, ut Ecclesia Me, thesaurum ditissimum possideret!

Omnia sustinui ut homo Jesum hostiam haberet, pro amore eius in sacrificium oblatus, Victima non tantum nocte illa memorabili Institutionis in Coenaculo, sed crucifixus, imo in Corde, ab ipsis meis, qui "alter Ego" esse deberent, nec sunt.

Unus Ego scio quae patior, quae operio, quae dissimulo, quae parco, quomodo caeli iras minitantis in sacerdotes inquinatos impetum sustineo.

Unus Ego, cum Maria dolorosa, adstamus et contemplamur haec immania scelera, scimus quo sese extendant tam horribiles offensae quae caelum intremere faciunt.

Sed Ego Redemptor et Maria Corredemptrix fulmen adiratum Patris mei sustinemus, et offerimus Sanguinem, merita, planctum Hominis-Dei, et veniam, non vindictam, a coelo pro illis qui tam dure, tanta ingratitudine, impudentissime, tam atra vilitate Me pertractant —ac si aliquid spernendum essem— obtinere conamur.

XXIII

PREDICACIONES

"En la predicación también tengo mis calvarios, también ahí entra el mundo para robarme gloria.

Muchos predicadores buscan la gloria propia y no la mía, **solamente la mía**; se buscan a sí mismos con sermones elevados que les den fama; con palabras y conceptos rebuscados, pavoneándose en su vasta ilustración y cualidades oratorias, en lucir sus talentos (que son míos) y su erudición que los eleva por encima de sus compañeros y de los fieles.

¡Ay! ¡cuánta vanidad lamento en esos púlpitos que convierten en teatros, en esas conferencias que tienen más de mundanas que de Dios, más incienso propio que santa unción para mover los corazones!

Y con esto, ¡cuánta gloria me quitan mis sacerdotes! Hacen que las almas vayan a buscar al predicador y no a Mí en sus enseñanzas. ¡Cuántas veces las almas ni se acuerdan de que existo, y sólo van a deleitar su oído con una música armoniosa, pero hueca, que pasa sin dejar la menor huella en el alma!

¡Qué vacío tan hondo deja en los espíritus un predicador mundano y vanidoso! Pero, ¡qué cuenta tiene que darme el sacerdote que así usa de los púlpitos, dejando frío en los que lo escuchan y amargura en mi Corazón!

La misión de los sacerdotes es sembrar mi doctrina, mover a arrepentimiento, ilustrar los

espíritus, convertir las almas, hacer reaccionar los corazones y no echar anzuelos para sacar alabanzas.

Tiene el predicador que tener tino y discreción con el auditorio y plegarse a las circunstancias. Su palabra debe ser sencilla; y si es elocuente, llena de modestia y caridad con todos.

Debe buscar no brillar, sino **convertir**; y sólo el que es santo santifica. Para este ministerio necesita el sacerdote ser hombre de oración, porque para dar a las almas es preciso **recibir** de lo alto, y no se recibe si no se ora y si no se mortifica.

Debe también el sacerdote no abusar de lo sagrado, subiendo al púlpito sin estudios previos y sin preparación, que van a tocar las almas lo divino en sus labios, y ellos a depositar el germen de lo santo en los corazones.

Con grande humildad deben ocupar los púlpitos los sacerdotes, porque la soberbia es el mayor estorbo para el fruto de la predicación en las almas. Un alma humilde comunica humildad, y un alma soberbia ¿qué podrá esparcir? Para tocar a las almas y hacerlas vibrar para el cielo es preciso ser humilde, para alcanzar a mover los corazones es preciso ser santo.

Podrán los sacerdotes hacer ruido, conquistar aplausos, admirar por su saber y electrizar por su elocuencia; pero esto no es lo que me da gloria a Mí, sino a ellos; no es lo que debe buscar el verdadero sacerdote, sino mover a compunción, a contrición, a enamorar a las almas de lo divino, arrancnádolas de lo terreno; re-

cordarles sus postrimerías; alentarlas en el ejercicio de las virtudes; ponderándoles mi Pasión; enseñarles mi vida de amor y sacrificio, enamorarlas de la cruz, del dolor, de sus calvarios; enseñarles el precio de la Redención y del sacrificio; abrir a sus ojos horizontes de perfección y facilitarles el camino para el cielo.

Que no haya sermón en el que dejen de nombrar a María; que a menudo ensalcen sus prerrogativas excelsas, enseñen sus virtudes y muevan a las almas a practicarlas. Que enseñen y ponderen y hagan amar sus martirios de soledad tan poco estimados y conocidos de las almas.

Que enamoren los corazones del que es el Amor —¡y tan poco conocido y menos predicado!—, el Espíritu Santo; que enseñen sus Dones, sus Frutos, sus excelencias, su acción tan íntima en las almas.

Que me prediquen a Mí, el Verbo hecho carne, crucificado; los encantos del dolor, las riquezas encerradas en el padecer, la necesidad del sufrimiento que purifica, redime y salva; el desperdicio de los padecimientos, si no se unen a los míos.

¡Oh! mi doctrina es vastísima, los Evangelios riquísimos e inagotables. ¿Por qué buscar temas ajenos a darme gloria?

Son poco explotados los púlpitos, las predicaciones en mi Iglesia, cuando éste es un recurso poderosísimo con el que los sacerdotes cuentan para la salvación y perfección de las almas. ¡Cuántos sacerdotes se hacen del rogar para predicar un sermón! La tibieza en este punto es

muy grande; el celo por mi gloria muy mezquino y la preparación en muchos de mis sacerdotes, muy mediocre.

En los Seminarios y Noviciados se debe explotar mucho este elemento tan capital para mi gloria, pero con las condiciones dichas. Quiero sacerdotes sabios, pero **humildes**; instruídos, pero sin vanagloria; hombres de oración y santo celo que hagan guerra a Satanás, descubriendo a las almas sus traiciones; almas interiores y virtuosas que lo que digan, lo hagan; que lo que prediquen, lo hayan practicado primero.

Quiero sacerdotes de luz, almas puras, mortificadas, penitentes, que más que con las palabras, atraigan con el ejemplo, derramando en toda ocasión el perfume, el buen olor de Cristo crucificado.

¡Oh! si los sacerdotes me amaran, se incendiarían en el cielo de mi gloria y no descansarían en procurármela de todos modos, **renunciándose.**

Pidan que esa chispa celestial incendie, active y prenda el fuego santo en las almas sacerdotales.

Pidan para que muera la inercia, el egoísmo, la apatía, la pereza y el tedio en los corazones.

Pidan para que, sacudiendo el letargo que a muchos invade, se lancen sin más interés que el darme almas, y en ellas consuelo, a trabajar por **puro amor** en mi Viña, que Yo sabré en mi largueza recompensarlos".

XXIV

TIBIEZA

"La tibieza en mis sacerdotes es para mi alma una espina muy honda, porque proviene de ingratitud y del poco amor que me tienen; y también del poco fervor en sus Misas. De esa tibieza en la celebración del Sacrificio le vienen y le provienen al sacerdote muchos males; porque según es la Misa, así es el día para el sacerdote. Por eso más que en ningún otro acto de su ministerio, el sacerdote debe poner toda su atención y su vida en celebrar en las condiciones que se requieren en este sublime acto y con la debida preparación y acción de gracias. Debe ser la Misa el acto más trascendental de su vida, el blanco de sus aspiraciones y el ideal supremo de su unión Conmigo.

Pero ¡cuánto tengo que lamentar en el corazón de muchos sacerdotes la rutina, la poca o ninguna devoción con que dicen la Misa y la ninguna preparación para celebrar! No me clavan el puñal del sacrilegio, pero sí la espada muy dolorosa de la frialdad con que se acercan a los altares.

La tibieza enerva las facultades del alma y esta debilidad se comunica a las demás acciones del sacerdote.

La tibieza, cuando se apodera del alma del sacerdote, hace que tome como carga pesada y molesta todos sus deberes. El rezo del Breviariorio le cansa; a los salmos no les encuentra jugo ni sustancia, pasándolos sin contemplar ni sentir ni gustar las riquezas que encierran; no

paladea el divino sabor que hay en ellos, porque la apatía por lo santo impregna los corazones. Y ¿por qué? Porque la tibieza los ha hecho su presa, fruto de su mundana disipación; porque han dejado que se llenen sus corazones de ruidos y vanidades del mundo; por la falta de oración, recogimiento, vida interior y trato íntimo Conmigo y con María.

Si un sacerdote es tibio, que busque luego la causa y huya de ella.

Los peligros crecen y se multiplican a medida que el fervor se aleja de sus corazones. Sus días son tristes, sus noches dolorosas y agitadas; su vida, una asfixia espiritual, y no encuentran a su alrededor más que tedio, fastidio y hasta desesperación.

Todo este conjunto de males forma la red que Satanás va tejiendo para perderlos; les introduce insensiblemente el mundo, y con esto, el desasosiego, las tentaciones, las luchas y fastidios con que, arrastrándose, cumplen los sagrados deberes de su ministerio.

¡Cuidado con dejar entrar el mundo en el corazón de los sacerdotes! Este capital enemigo aleja al Espíritu Santo y, sin ese fuego divino que todo lo ilumina y calienta, el corazón del sacerdote se enfría y oscurece, y sólo le queda hielo en el alma, en el fondo de su espíritu.

Comienza la tibieza y acaba el fervor, se debilita la fe y viene al traste la vocación sacerdotal. ¡Así comienza el demonio a horadar el edificio! ¡así arroja el veneno poco a poco, pausadamente, debilitando las energías del alma! No es malo en realidad el sacerdote, pero es ti-

bio e indolente; no está perdido, pero se encuentra en un plano inclinado que desemboca en el infierno.

No puede haber término medio en el sacerdote, **no debe haberlo:** o fervoroso o tibio; o del altar o del mundo; o de Jesús o de Satanás. Es terrible esta disyuntiva en el sacerdote; ¡y cuántos, ¡ay!, que se han dejado invadir por la tibieza y ruedan por fin, y triunfan las pasiones malas y perversas que sólo se iniciaron al principio, pero que concluyen luego envolviéndolos en sus garras para no soltarlos más!

Es terrible, repito, la tibieza en el sacerdote, porque ésta va directamente a quitarle la fe; y un sacerdote sin las virtudes teologales está perdido para siempre. A él ya no le conmueven las verdades eternas; para él las postrimerías se vuelven sombras y aun sarcasmos. Las tinieblas de las dudas lo envuelven y lo penetran; los remordimientos se alejan y vienen al traste su vocación y su salvación eterna.

Hasta allá va a dar la tibieza que comenzó por una nonada y que concluye con un infierno; porque las verdades de la fe, que hacen temblar a los pecadores ordinarios, a un sacerdote caído no le mueven, no le hieren, no lo tocan, no lo rozan siquiera; porque Satanás ha puesto en su alma un impermeable en el que no penetran ni los castigos ni las promesas ni siquiera el dolor y el amor infinito con que compré su santa y sublime vocación.

Por eso dije que la tibieza en mis sacerdotes es para Mí una espina muy profunda, por los males que acarrea.

Y otra cosa. Como el fervor tiene el don de comunicarse, ¡la tibieza tiene el funesto vaho para adormecer a tántas almas! Y éste es otro punto por el que el sacerdote debe evitar enfriarse; porque, aparte de que desedifica, lleva el triste don de comunicar el hielo a los corazones.

Porque ¿cómo un sacerdote frío ha de dar calor? ¿cómo un sacerdote indiferente a las cosas de Dios ha de comunicar fervor? ¿cómo enamorar a las almas de lo que él está muy lejos de apreciar, adorar y sentir?

No; en los sacerdotes no puede haber medianías; tienen a toda costa que ser santos y que sacudir la tibieza de sus almas **con la penitencia, el alejamiento del mundo y con la oración,** para que sus almas no se dejen debilitar y aletargar con ese vaho satánico y mortífero con que el demonio quiere envolverlos.

Que jamás abran las puertas de su alma a la inacción, a la molicie y al deleite que llevan a la tibieza. El trabajo asiduo, el olvido propio, la penitencia y la mortificación son las armas que deben esgrimir contra las del demonio que tan pausadamente y tan solapadamente usa para envolverlos con el solo fin de perderlos para siempre y quitarme gloria.

Los sacerdotes nacieron para las almas y tienen que prescindir de sus gustos, comodidades y regalo: no se pertenecen. Cierto que esto cuesta a la naturaleza, pero el premio para ellos será centuplicado y mi gracia superabundará en ellos, si me la piden, si son fieles en mi servicio, si se hacen dignos de recibirla.

De la tibieza viene la comodidad y la molicie en el sacerdote; a su vez la molicie y la comodidad traen la tibieza. Simultáneamente se ayudan estos defectos para acaparar el corazón del sacerdote. Nació él para otros, y un sacerdote debe prescindir de todo regalo, cuando las almas se lo exijan, y alejar toda pereza de su cuerpo y de su alma. Tiene que hacerse la guerra, y debe siempre estar listo para servirles en cualesquiera circunstancia y momento.

Debe morir a cada paso a sí mismo y ser otro Jesús, no tan sólo en el cumplimiento de sus sagrados deberes para con el Padre celestial, sino también para quienes lo busquen y lo soliciten.

Y más aún. Un sacerdote a quien anime el ardor amoroso del Espíritu Santo no debe conformarse con un puñado de almas que lo rodeen, sino lanzarse, con santo pero discreto celo, a salvar muchas almas, a arrancarlas del vicio y a comunicarles pureza, virtudes, fervor, amor, Espíritu Santo, ¡María!

No hay excusa para un sacerdote en el campo de las almas. Pero, ¡ay!, ¡cuánta tibieza, cuántos pretextos, cuántas fútiles excusas, cuánto mimarse a sí mismos lamenta mi Corazón amargado por lo que **Yo solo veo** en este campo tan extenso de la tibieza de mis sacerdotes!...

¡Cuánta pereza, ¡ay! —y esto es lo que más me duele—, nacida del **poco amor** con que pagan mis predilecciones sin nombre! **No son Yo**; no velan por mis intereses; no por la gloria de mi Padre; no hacen aprecio de mi Sangre que compró las almas; y por una comodidad, por

una enfermedad ligera, por un descanso, por un regalo y aun por un pasatiempo o diversión, dejan perder un alma, y muchas veces abren el campo para Satanás y sus secuaces.

La falta de celo por mi gloria y por las almas ¿no es acaso en el fondo **falta de amor**? ¡Y cuánto de esto tengo que lamentar, que llorar a solas en los Sagrarios, en el regazo de mi Madre y en el de las almas para que me consuelen!...

Sólo Yo sé los designios de Dios que dejan truncos en las almas mis sacerdotes tibios, los perezosos y sin celo, es decir, **los sacerdotes sin amor.** ¿Para qué se ordenaron si no me amaban? ¿para qué se dejaron ungir con el óleo santo, si no estaban dispuestos a ser ministros de un Dios crucificado? ¿para qué se dejaron consagrar si no iban a cumplir con su ministerio hasta la muerte?

¡Ah! que se les explique todo esto, todo, antes de ser ordenados. Deben ser otros Yo, pero **crucificados,** pero muertos a sus comodidades y regalos y vivos para mi amor, para mi servicio, para las almas.

Que les hagan hincapié en estas verdades de tánta trascendencia; que las graben muy hondamente en su corazón y que los que no se sientan con fuerzas para ello, se queden sin subir al Altar, que en mi servicio íntimo y en el de las almas no debe haber medianías.

¡Ay! es tiempo de que la Iglesia sacuda la inercia de muchos sacerdotes y encienda en las almas el vivo fuego que vine a traer a la tierra, el del amor y del dolor, por el Espíritu Santo,

El es quien quita la tibieza de los corazones, y los enciende, y los impulsa, y los eleva de la tierra, y les da alas, y les sacude la pereza con su actividad, y destruye el propio interés, y lo sustituye con el interés mío de salvar almas.

El Espíritu Santo es quien sopla, y mueve los corazones, y los levanta de la tierra, y los lleva a horizontes celestiales, y les comunica la sed por la gloria de Dios. El es quien les dará su luz y su fuego para incendiar la tierra entera. Así quiero a los sacerdotes, poseídos del Espíritu Santo y olvidados de sí mismos, todos para Dios, todos para las almas.

Que pidan esta reacción, este nuevo Pentecostés, que mi Iglesia necesita sacerdotes santos por el Espíritu Santo.

El mundo se hunde, porque faltan sacerdotes de fe que lo saquen del abismo en que se encuentra; sacerdotes de luz que iluminen los caminos del bien; sacerdotes puros para sacar del fango a tántos corazones; sacerdotes de fuego que llenen de amor divino el universo entero.

Que se pida, que se clame al cielo, que se ofrezca al Verbo para que todas las cosas se restauren en Mí, por el Espíritu Santo, y por medio de María.

Los Obispos tienen que activarse en su celo por las vocaciones sacerdotales y hacer germinar vocaciones santas para el Altar. Los sacerdotes tienen que reaccionar de muchos modos en su tibieza, comodidad y celo; pero sobre todo en **su amor a Mí** y a las almas, en el aprecio por su vocación muy principalmente, y en su unión sincera, amorosa, obediente y franca con sus Obispos y representantes.

El mundo necesita este sacudimiento íntimo en la Iglesia para hacerla más floreciente en las almas y en las sociedades. ¡Que reine el Espíritu Santo por la Cruz, por María, y será salvo!

Que se conozcan mis deseos y que clamen al cielo por esta nueva era de fervor que vendrá; sí, vendrá a remediar muchos males y a darme muchos sacerdotes santos"

XXV

ASEO

"Otra de las espinas que tengo en muchos de mis sacerdotes es el poco aseo en sus personas y en las cosas del culto, pero sobre todo respecto de los Sagrarios.

¡Tocar con cuerpos sucios —al celebrar, al dar la comunión— tocar, digo, al que es el esplendor del Padre, a la Pureza misma! ¡Habitar Yo, el Dios de la luz, la Limpieza por esencia, en Sagrarios sucios y posarme en lienzos manchados!

Yo, sólo como hombre y en mi humildad sin término, pasaría por todo sin quejarme; pero soy Dios hombre, y Yo mismo, en cuanto hombre, sé honrar a la Divinidad mía, una con la del Padre y del Espíritu Santo. Como hombre tengo que darle su lugar a Dios; como puro hombre —si esto fuera posible en Mí—, nada exigiría, nada pediría; pero como soy al mismo tiempo Dios y hombre, exijo pulcritud y suma limpieza en lo relativo al culto divino, aun en

lo material. Y aunque tengo en más aprecio la limpieza interior que la exterior, me lastima la falta de cuidado, porque implica **falta de fe** y **falta de amor.**

Me agradaría que se formara una comisión para cerciorarse de la limpieza y que cesara este mal que ha cundido más de lo que se cree. No bastan las Visitas pastorales; Yo quisiera una vigilancia más asidua para enterarse de este punto que lastima mi delicadeza. No pido riquezas, pero sí grande limpieza y aseo.

¡Si vieran las vergüenzas que paso ante mi Padre celestial con estos descuidos increíbles de los míos en lo que debiera ser asunto primordial de mis sacerdotes!

Los vasos sagrados a veces no serían dignos de presentarse al mundo más bajo, ¡y ahí estoy Yo, con mi Cuerpo, mi Sangre y mi Divinidad! ¡Los corporales!... ¡cuántas veces me repugna reposar en ellos sacramentado! Las manos sucias de algunos sacerdotes me repelen; y ahí estoy, y me dejo coger, manejar, poner y quitar, siempre callado y obediente, siempre en silencio, sonrojándome ante mi Padre amado, ante la mirada de los ángeles que se cubren el rostro, que llorarían si pudieran, al verme tratado así.

Pero aunque este trato exterior e indigno me lastima, lo que más hiere mi Corazón es la **falta de fe viva** en mis sacerdotes, la rutina con que se acostumbran a tratar lo santo y al Santo de los santos.

Me duele también el descuido en las rúbricas sagradas y el poco aprecio o ninguno que hacen de ellas algunos sacerdotes.

Me lastiman esas maneras tan poco finas de dar la comunión, de exponerme en la Custodia y hasta de omitir palabras que debieran pronunciar y que no lo hacen por sus prisas, por su fastidio; y administran los sacramentos (por ejemplo, bautismos, confesiones, etc.), por salir del paso, sin darles todo el peso divino y santo que los sacramentos merecen.

Y ¿de qué viene todo esto? De **la falta de amor**, repito; de que toman los deberes sacerdotales y santos como una carga pesada y molesta; de que no miden lo sublime de su cargo y de sus deberes para con Dios y para con las almas, de que se familiarizan con el Altar y no lo respetan ni lo dan a respetar como debieran hacerlo.

¡Ay! ¿quién recibirá estas quejas de mi Corazón herido? ¿Quién las hará saber a quienes deben remediar estas arbitrariedades en mi Iglesia?

Muchos sacerdotes, al no amarme a Mí, tampoco aman a la Iglesia, y esto para Mí es horrible, por tratarse de sus mismos ministros en donde ella descansa. Ven como cosa de poco más o menos mi honra y abusan de sus bondades y desbordan mi Iglesia, que llora, no sólo la pérdida de sus hijos, sino también el descuido inaudito y la poca finura y delicadeza con que la tratan los que son **más que sus hijos.**

Y la Iglesia, como quien dice, soy Yo; y el alma de la Iglesia es el Espíritu Santo; y ni a Mí, ni al Espíritu Santo, ni al cuerpo de la Iglesia que son los fieles, les hacen caso. No reflexionan ni se hacen el cargo de la sublime digni-

dad y grandeza de la Iglesia. Esposa inmaculada del Cordero, Esposa espiritual también suya; y es que falta solidez, penetración, seriedad en esos corazones ligeros que no se detienen a considerar la gracia insigne y sin precio que han recibido del cielo con la vocación sacerdotal.

Pero, ¿es difícil que un sacerdote sea así con todas esas cualidades?

Difícil, no. Porque al recibir al Espíritu Santo, reciben sus Dones y quedan sus almas consagradas a Mí. Claro está que tienen que luchar, como hombres, con la tierra natural del hombre; pero por eso mismo, un sacerdote no debe vivir a lo **natural**, sino a lo **sobrenatural** y divino. Está en la tierra, pero también en el cielo; tiene que tocar el polvo, pero con alas y suficientes fuerzas para emprender el vuelo a lo alto sobre las miserias humanas. ¿Quién puede creer que Yo sea injusto y que les reclame cosas que no puedan hacer?

Al darles la vocación, al concederles la ordenación sacerdotal, al admitirlos a los Altares, Yo abundo y sobreabundo en gracias especiales, en gracias de estado; y por eso reclamo el servicio que me pertenece, el celo, la fidelidad que me juraron, y el amor, el **amor divino** del que debieran estar poseídos sus corazones.

Además, es una gracia para ellos que Yo reclame mis derechos, que Yo haga llegar a sus oídos mis quejas, que mi palabra dolorida llegue hasta sus corazones. Porque si pido remedio para sostener la dignidad de la Trinidad y de la Iglesia, les hago una merced muy

grande, quitándoles si me escuchan, pecados, faltas, purgatorio y ¡ay! hasta infierno...

Entiéndase que Yo no me quejo por deshonrar a los sacerdotes. Me quejo, si bien es cierto para quitar ofensas a mi Padre y al Espíritu Santo y espinas a mi Corazón, también lo hago para el bien de los sacerdotes y por la honra inmaculada de mi Iglesia, a quien se debe dar gloria, y lustre, y honor en todos sentidos, interior y exteriormente.

Con esto, también ganarán las almas en muchos sentidos, en grandes escalas que sólo Yo veo, y se quitarán muchas murmuraciones y ocasiones de ofenderme.

Deben reaccionar todos los sacerdotes: los buenos enfervorizándose más; los tibios, recibiendo mi palabra como el paralítico del Evangelio: —"Levántate y anda"—, activándose en el amor y el sacrificio; y los malos, llorando sus pecados y convirtiéndose a Mí.

Yo soy todo caridad y no puedo moverme sin esparcirla; soy amor y no puedo dar más que amor; y mis advertencias, y mis quejas, y aun mis castigos en este mundo, son amor, sólo amor, puro amor... Si tengo en la otra vida que usar la justicia, mi justicia entonces también es amor. Pero ¿cómo? Porque el amor todo lo perdona, todo lo olvida; pero no puede perdonar el amor **la falta de amor:** esa es la unica cosa que no perdona el amor..."

XXVI

ADVERTENCIAS

"Hay que hacer mucho hincapié, en los Seminarios y en los Noviciados, en hacer entender a los aspirantes al sacerdocio la divina sublimidad de su vocación. Hay que advertir y recalcar y ponderar los santos deberes que el sacerdote contrae y el gran peligro de perder su alma, si no cumple su vocación. Hay que hacerles ver claramente los calvarios a que van a subir por mi amor. Hay que advertirles muy a lo vivo las tentaciones a que van a verse expuestos y la guerra sin cuartel que les va a hacer en todos los días de su vida Satanás.

Que no aleguen después ignorancia de las tempestades que les esperan, de las amarguras que tienen que apurar, de las soledades del corazón que van a sufrir y de las persecuciones, calumnias, etc., a las que se van a ver expuestos por mi Nombre.

Pero también hay que hacerles entender bien el lado contrario. El favor insigne de predilección mía al ascenderlos al sacerdocio. Los dones especiales, y luces, y gracias, y carismas, y coronas inmortales que les esperan. Las divinas bendiciones en que se verán envueltos. La fortaleza de Dios y el amor infinito y especial del Espíritu Santo sobre ellos. El grado divino que los eleva en la tierra sobre todas las criaturas. La gracia de las gracias y sin rival de la santa Misa. El mismo poder de Dios que se les comunica de perdonar los pecados y de abrir el cielo a las almas. La elevación a otra esfera en

la tierra y en el cielo sobre el común de las gentes, etc.

Yo quiero una reacción poderosa en el clero; un cuidado más asiduo de los Obispos en la formación de las almas sacerdotales; una vigilancia mayor en los Seminarios, en los cuerpos y en los espíritus, educando sacerdotes dignos, ilustrados, humildes, compasivos y llenos de amor al Espíritu Santo y a María.

Hay que hacer reflexionar profundamente a los que están próximos a llegar al Altar en la semejanza Conmigo que el Padre les exige para confiarles lo que a Mí me confió: ¡las almas! Hay que impregnarlos de la idea de que deben transformarse en Mí, **ser otros Yo,** no sólo en el Altar, sino siempre, y asemejarse a Mí desde muy antes de ser ordenados.

Que se den cuenta bien clara de que el Padre mismo les va a comunicar su santa fecundación para que le den almas santas a la Iglesia de Dios. Mucho recurso al Padre, mucha gratitud para con El, deben tener esas almas de elección, predilectas de su divino e infinito amor. Y como en cada acto de ministerio del sacerdote concurre la Trinidad, deben vivir absortos en Ella, adorando, amando y bendiciendo a las tres Divinas Personas en general y a cada una en particular.

Los sacerdotes más que nadie tienen filiación santa e íntima con el Divino Padre; fraternidad santa y pura con el Divino Verbo humanado, y unión profunda, perfecta y constante con el Espíritu Santo, por sus Dones, por sus Frutos, por sus luces, por su fuego divino y

puro, que es el que apaga todas las concupiscencias y los guarda.

Constantemente tiene presente el sacerdote a la Trinidad en cada acto de su culto y de su ministerio. En las oraciones que tiene por deber que rezar, muy a menudo se encuentra con esa Trinidad Santísima. Pero por desgracia, las más de las veces no piensa en Ella; con la costumbre y la rutina mecánicamente la nombra; y esto contrista mi Corazón.

Como hombre, ¡cuánto honro a la Divinidad unida a mi humanidad en la Persona del Verbo! Esa humanidad la humillo ante la Divinidad, para darle gloria y atraerle por mis infinitos méritos (infinitos por lo que tienen de divino), almas y corazones que alaban a la Trinidad, tres Personas en una sola sustancia. Por esto me contrista ese abandono, esa poca devoción del sacerdote al nombrar a la Trinidad y al invocarla y alabarla muchas veces con la boca y pocas con el corazón.

Yo la honro; y el sacerdote, mi representante en la tierra, la deshonra. Ya un sacerdote no debe vivir sino dentro de ese ciclo divino de la Trinidad, y ahí tener sus delicias, y ahí formar su cielo en la tierra, y ahí encontrar, si quiere, su felicidad, su descanso, su paz, su dicha, su calma y su todo.

Que no busque nada el sacerdote fuera de la Trinidad y de María. Ahí debe fijar su vida, sus aspiraciones, el círculo de su existencia.

De ahí sacará luz, gracia, fuerza, virtudes, dones y cuanto necesite. ¿Para qué buscar en otra parte lo que no hay? Ciencia, pensamientos

elevados, un océano sin fondo ni riberas de perfecciones y abismos de amor, de consuelos santos y de dicha en sus amarguras tiene ahí. Todo lo tiene en la Trinidad; todo lo tiene en Mí, Dios hombre.

¡Oh! ¡y cuánto anhelo sacerdotes según el ideal de **mi Padre!**

¿Y cuál es ese ideal?

Yo mismo. Sacerdotes Jesús; sacerdotes salvadores; sacerdotes puros, dulces, santos y crucificados. Obispos Yo; seminaristas iniciados a ser Jesús. Todos enamorados, como Yo, del Padre y de las almas; todos crucificados por el Padre y por las almas; todos generosos y celosos tan sólo de la gloria de Dios, mirando siempre al cielo sin descuidar los pormenores de la tierra en cuanto sean para mi glorificación. Quiero sacerdotes que me vean a Mí y no se busquen a sí mismos: quiero realizar en mi Iglesia ese ideal que me trajo a la tierra, esa perfección sacerdotal que hace sonreír a mi Padre, embelesarme de alegría y derramar bendiciones sobre el mundo.

Quiero reinar por mis sacerdotes santos; quiero millones de almas que me amen; pero atraídas por corazones puros, sin más interés que el de consolarme, glorificando al Padre por el Espíritu Santo.

La gloria del Padre es mi mayor consuelo; y como lo que más ama en la tierra son sus sacerdotes, quiero darle sacerdotes según mi Corazón, según su mente, según el ideal que llevo en mi alma y del que di ejemplo a mi paso por la tierra.

Hay mucha paja y poco grano; muchas apariencias y poca realidad; mucha superficie y poco fondo; muchas hojas y muy escaso fruto; mucho número, pero pocos, relativamente, que satisfagan los anhelos de mi Corazón.

Claro que también hay en mi Iglesia mucho bueno que hace contrapeso a lo malo; pero ya estoy cansado de medianías, y el mundo se hunde, no porque falten obreros en mi Viña, sino porque faltan buenos y santos obreros que sólo vivan por mis intereses y por la gloria de Dios.

Aun en las Comunidades hay mucho que deja que desear; y quiero una reacción vibrante que se deje sentir en favor de mi Iglesia tan amada. Y esta reacción vendrá; sí, vendrá por el Espíritu Santo y por María, por el Verbo, Yo, para honrar a mi Padre y reparar las ofensas que se le hacen en las Misas sobre todo, por sacerdotes indignos.

Ha llegado el tiempo de sacudir de muy hondo a muchos corazones de Obispos y sacerdotes. Ya no más esperas que me urge la salvación de las almas; y si el mundo se hunde, y si la tibieza avasalla los corazones, es porque faltan ¡ay! sacerdotes celosos y enamorados de mi cruz que la practiquen, que la prediquen, que incendien con este santo leño a las almas.

La ola de la iniquidad y del sensualismo ahoga al mundo —y ¿lo diré?—, ha penetrado hasta el Santuario y lastima en lo más íntimo las fibras de mi Corazón. Satanás gana terreno, cree ya triunfar, y no es justo que mis sacerdotes duerman y se ocupen de todo lo que no soy Yo.

Por esto, de raíz tiene que venir el remedio en los sacerdotes presentes y en la nueva generación que dé a la Iglesia sacerdotes dignos, apóstoles de fuego que ardan en amor y que, por el Espíritu Santo y con el Espíritu Santo y con María, enciendan el divino fuego en el mundo paganizado por Satanás.

Hay que activarse y no dormir sobre laureles, cuando el enemigo avasalla, y engaña, y hunde miles de almas en el infierno.

Oración, oración, penitencia y **ofrecerme**; ofrecer al Verbo, único que puede abrir los canales de gracias divinas y extraordinarias para las almas.

* * *

Que nadie diga que nada se puede hacer: porque todos pueden orar, pueden mortificarse, pueden ofrecerme puros al Padre y así apresurar la hora de la reconquista de este amado pueblo mejicano que es mi consentido, como llegaré a probarlo.

Pero que me hagan caso aquí y en la redondez de la tierra.

Entre otras cosas, estos cataclismos los envío para renovar la fe, y la Iglesia tiene que dar un gran vuelo en la regeneración y en la perfección de los sacerdotes"

XXVII

LOS POBRES

"Otro punto delicado que lacera mi alma en algunos sacerdotes, por no decir que en muchos,

es el poco aprecio de los pobres, como si no fueran todos, pobres y ricos, hijos de Dios. Y antes bien, la preferencia en caso de haberla, salvo excepciones, debía inclinarse a proteger a los desvalidos, a los ignorantes, a los que cargan el peso del trabajo material y que tánto necesitan de quienes los sostengan.

¡Hay almas tan hermosas entre los pobres! ¡Hay almas tan dispuestas a recibir el rocío del cielo, probadas por las inclemencias de la tierra! ¡Hay almas tan puras, tan sacrificadas, que se ven despreciadas por su posición social y su miseria!

No; este punto hay que remediarlo en muchos sacerdotes que sólo quieren rozarse y ejercer su ministerio con la clase que brilla, que no es siempre la que me da más gloria. Para la naturaleza no es agradable ese trato con la gente pobre, ruda, sucia, y poco inteligente. Pero Yo vine a salvar a todos sin distinción: a pobres y a ricos, y mi caridad prefirió a los menesterosos, a los desvalidos, a los pobres. y Yo mismo fui pobre para atraerlos a Mí sin que se avergonzaran. Y si los sacerdotes tienen que ser Yo, la misma caridad, abnegación y humildad tienen que tener, y el mismo sentir que Yo.

Hay que atenderlos con alma y vida: hay que evangelizarlos como Yo lo hice; hay que abrirles los brazos y el corazón, abajándose para levantarlos; hay que atraerlos por el cariño y por los ejemplos para llevarlos a Mí; hay que formar el criterio y el corazón del pobre desde pequeño hasta mayor, desde la cuna hasta la muerte. Mi Iglesia es Madre, y sus sacerdotes

deben tener para con los pobres entrañas maternales.

No hay que ahuyentar a los pobres con durezas y malos modos, sino soportarlos, enseñarles pacientemente el amor a Dios y al prójimo. ¿Por qué los ricos han de tener más Dios que ellos? ¿Por qué esas distinciones que los humillan y los ofenden? ¡Me duele a Mí lo que a ellos les hacen! Claro está que se les debe dar el pan de mi doctrina a su alcance; pero ¡cuántas veces se estremece mi Corazón de pena ante las injusticias con que humillan mis sacerdotes a esas amadas almas! ¡Hay que educarlas, soportarlas, defenderlas, protegerlas y **amarlas!**

Un sacerdote debe ser todo para todos; y recuerde que Yo amo tánto a los pobres que me hice pobre, que viví entre los pobres, que distinguí a los pobres y que a los pobres prometí el reino de los cielos. Y me igualé de tal manera con ellos, que ofrecí eterna recompensa a los misericordiosos que tuvieran misericordia, y dije que lo que a ellos hicieran, me lo harían a Mí.

Yo amo mucho a los pobres; y falta en mi Viña, en mi Iglesia, quien los ame como Yo. Hay sus deficiencias, sus grandes lagunas en este punto capital para mi Corazón de amor, y hay muchos sacerdotes culpables sobre este particular, acerca del cual llamo la atención.

Todas son almas; todas me costaron la Sangre y la Vida; a todas sin distinción de clases me doy en la Eucaristía, y un mismo cielo cobijará eternamente a pobres y ricos, donde se premian virtudes y no categorías mundanas. Muy

bien que en el mundo tenga que haber escalas sociales; mas para mis sacerdotes no debe haber sino **almas**, almas que darme y por quienes sacrificarme.

Mas de lo que se supone tengo que lamentar en mi religión —que es toda caridad— sobre este punto; y pido, y quiero y **mando** que se remedie lo que hubiere sobre este punto tan importante y que deseo remediar, que precisamente por su ignorancia, por sus malas inclinaciones, por el medio en que vive, necesita de más caridad, de doble paciencia, de grande generosidad y aun de heroicas abnegaciones.

Pero Yo sé premiar esos heroísmos con una gloria eterna. Para Mí no pasan desapercibidos los sacrificios sobre este punto tan importante y que deseo remediar. Y si lo hacen por mi amor, Yo premio esas liberalidades y vencimientos; Yo me regalo a Mí mismo en muchas formas en esta vida, con inefables consuelos, y derramo en las almas caritativas con los pobres mis más delicadas caricias.

Y no sólo premio las limosnas para los cuerpos (que deben hacerse según las fuerzas de cada cual), sino más la limosna a **las almas**, los consejos a los pobres, la amabilidad con ellos, la formación de sus corazones para el cielo.

¡Cuántos de mis sacerdotes tratan a los pobres en los confesonarios con cierto desprecio e impaciencia! ¡Cuántas veces se quedan corridos y avergonzados los pobres, porque dan la preferencia a las personas de otra posición! ¡Cuántas veces esperan la comunión que **a todos pertenece** con humillante paciencia hasta que va otra persona rica a pedirla!

En el mismo ejercicio del ministerio se distingue la manera de hacer los bautismos, los matrimonios, los viáticos, etc., de los pobres y de los ricos; y Yo quiero llamar la atención sobre este punto que lastima la caridad de mi Corazón.

Yo busco almas, no posiciones; Yo amo a las almas en cualquier escala social en que se encuentren. El Espíritu Santo no distingue. Mi Padre hace salir el sol sobre todos, y quiero que los míos me imiten y tengan un mismo corazón con todas las almas y vean en ellas **sólo a Mí**, porque reflejan a la Trinidad cuya imagen llevan. Con este pensamiento, que es realidad, se les facilitará a los sacerdotes la igualdad en el trato caritativo y santo para con los pobres a quienes he ofrecido el reino".

XXVIII

VOCACIONES

"El ideal de un sacerdote es **ser Jesús**, puro, dulce, humilde, paciente, delicado, crucificado y muy amante del Padre celestial, del Espíritu Santo y de María.

Mas para realizar este ideal se necesita que las vocaciones sean **divinas**, que vengan directamente de Dios; y en este punto hay que tener luz de lo alto para discernir, en los Seminarios y en los Noviciados, a la luz de la oración, a los que sean dignos de subir a los altares.

Hay cierta ligereza, a veces, en esto; hay buena fe en los Superiores, pero existen voca-

ciones que lo parecen y no lo son, porque se las han infundido de muy atrás, y en realidad no son vocaciones divinas. Además, una vocación al sacerdocio, aunque sea divina, hay que cultivarla y cuidarla, porque Satanás rodea de mil modos las vocaciones y las enturbia. Cuántas veces las que no lo son las atiza para un futuro fracaso que alcanza él a entender o vislumbrar; y a las vocaciones santas, al contrario, las impide de mil modos, con muchas mañas, tentaciones y ocasiones para convencer de que no existen.

Mucho tiempo, mucho conocimiento y mucha oración y discreción de espíritus necesita quien decide dar las órdenes sagradas a seminaristas y estudiantes. Todavía hasta la última hora hay que ver, formar y reformar, advertir y cerciorarse de la índole del sujeto, de sus inclinaciones y sólido fervor, de sus estudios y de sus flaquezas, de sus caídas y recaídas, etc.

Que los Obispos miren y remiren las almas antes de que se comprometan con Dios, a quien tienen que responder. ¡Cuánto depende de los Obispos el futuro de los sacerdotes! Que en este punto se peque de menos que de más, porque las tristes y aun horribles consecuencias son triples: para Mí, para las almas y aun para el sacerdote mismo, aparte de la responsabilidad que contraen los Obispos con las vocaciones falsas.

Hay vocaciones divinas, vocaciones a medias y vocaciones falsas; hay que saber discernir con luz del Espíritu Santo cuáles son las divinas y no engañarse con las que no lo son.

Los sacerdotes tienen que ir al cielo, no solos, sino con un séquito de almas salvadas por su conducto; ¡y cuántos van al infierno arrastrando también almas condenadas por su culpa!

Muy delicado es el papel del sacerdote y su misión en la Iglesia y en el campo de las almas; y por eso, cuando la vocación no es divina, se lamentan tántos descalabros, porque son a medias o falsas con que Satanás engaña.

En los Seminarios hay muchas cosas de fondo que estudiar y que corregir para un futuro santo. Desde ahí debe comenzar el futuro sacerdote a serlo, practicando las virtudes que deben después llegar a su desarrollo. Generalmente en los Seminarios se puede adivinar el futuro del sacerdote, y en el criterio de los que dirigen está el **velar** y **orar**, porque estos dos elementos son necesarios e indispensables en los Obispos y encargados a cuyo cuidado están esos planteles de las esperanzas de la Iglesia.

Velar siempre y asiduamente y muy **de cerca** sobre esas almas, pulsar su valor y sus méritos, y a la vez orar, orar mucho, y pedir luz meridiana para ver claro, tanto el fondo de esos corazones como la **divina Voluntad** en ellos. Este es el punto capital de los Seminarios y Noviciados: **la vigilancia y la oración.**

Esto implica sacrificio, exige mucha constancia; pero todo será poco en mi obsequio en este delicado punto en el que hay mucho que reformar, si se estudia a fondo la cuestión tan delicada cuanto indispensable para mi gloria. De ahí se derivan muchos de los males que he

mencionado; es el punto de partida de grandes dificultades o de grandes bienes para la Iglesia y para las almas.

Allí se forman los héroes y los santos, allí se abastecen los corazones de piedad, de celo, de grandes virtudes. Allí tengo Yo mis ojos y también mi Corazón; y eso mismo deben tener allí, en los Seminarios, los Obispos: sus ojos y su corazón.

Que se examine este punto capital, porque hay mucho que desear en planteles de esa clase; y de ahí se lamentan después males irremediables y de capital trascendencia.

Yo no niego la luz a quien me la pide con humildad. Yo soy pródigo en mis gracias. Yo soy el que doy las vocaciones divinas y no las humanas y engañosas de tan fatales consecuencias. Yo soy el que premio las virtudes y los suspiros y los clamores de los Obispos amados con las divinas vocaciones para el sacerdocio, con ministros dignos, con santos que honren a la Iglesia en la tierra y sean su corona ante el Padre celestial.

Que mis Obispos sean santos, que vivan del Espíritu Santo y tendrán hijos santos.

Pidan, lo repetiré mil veces, ofrezcan su alma y su vida y cuanto tienen, porque prospere la Iglesia con vocaciones divinas, con sacerdotes santos, para que el mundo espiritual se enriquezca, para que el mundo material se salve.

Quiero sacerdotes santos para que más tarde estos mismos sean Obispos santos y mi Iglesia florezca más, hermoseada por la pléyade futura que espera ansioso mi Corazón".

XXIX

CELOS

"Un punto que reformar en varios sacerdotes es el gran cuidado que deben tener en los confesonarios de no provocar celos y envidias; es muy común esto y se convierte ese lugar sagrado en ocasión de ofensas para Mí. Iras, murmuraciones, despechos, etc., se originan por el poco contacto de algunos confesores que no tienen la prudencia necesaria de poner medio entre los extremos.

Cierto que muchas veces ellos no tienen la culpa; pero son ocasión, sin embargo, de culpas ajenas que hieren mi Corazón.

Deben los sacerdotes hacer respetar los confesonarios y exteriormente, al menos, tratar con igualdad a las almas, que en lugar de llegar al sacramento con las disposiciones debidas, la contrición no aparece; y con amargura, y con decepción, y hasta con ira se acercan por salir del paso del sacramento, que cuando menos es nulo en muchas ocasiones.

El sacerdote santo debe mover a contrición y a compunción y hacer de aquel lugar de perdón y de justicia un santuario en el que se respete a Dios en el sacerdote, en el que se vea a Dios y no al hombre en el sacerdote, en el que la confianza vaya unida al santo temor de Dios.

Abusan mucho las almas buenas en estos lugares de reconciliación; y a los sacerdotes toca educarlas. Que las atraigan sólo con sus virtudes, que nada humano permitan en este trato

frecuente, pero que debe ser siempre santo y desinteresado.

Nunca un sacerdote manchado debe sentarse a confesar, y antes de ocupar el lugar que Yo ocupo en persona, debe borrar hasta sus pecados veniales, elevando su alma a Dios y pidiendo a María su presencia allí, para no contaminarse con lo que llegue a sus oídos y a su corazón.

Cuando tenga que detenerse con alguna alma necesitada, que sea de ordinario cuando no lo esperan las multitudes, y aun entonces vea muy bien, dilucide muy bien y aparte lo superfluo de lo necesario, lo natural de lo sobrenatural, con mucho tino, cautela y caridad, sin dar ocasión a juicios y murmuraciones, de los cuales el sacerdote se debe librar.

Un cristal diáfano debe ser la honra del sacerdote y su conducta, en toda ocasión, no tan sólo para Dios, sino también para el mundo.

No basta que sea intachable ante Dios, sino también no debe tener mancha ante la sociedad, para honrar a la Iglesia a quien pertenece.

XXX

INTENCIONES

"Otro punto en el que deben fijarse mucho mis sacerdotes es en la intención que deben hacer, no como simples hombres, sino como enviados del Altísimo, en los actos sacramentales de su ministerio.

Basta una intención que influya en el acto para que el sacramento sea válido; pero también conviene renovar la intención pura, operativa y santa en todos esos actos en los que me representan. En este punto tengo que lamentar descuidos, indelicadezas y hasta cosas muy serias en el ejercicio del ministerio sacerdotal. Pueden quedar **nulos** muchos actos sin esa intención de hacerlos en mi nombre. No quiero escrúpulos, pero sí que se fijen mis sacerdotes en no hacer rutinariamente y con descuido los actos de que vengo hablando.

Sólo Yo sé los descalabros que en este punto registra mi Iglesia y que no se ven, pero que desgraciadamente existen. Mucho cuidado en este punto personal del sacerdote y de tan incalculable trascendencia.

Mucho, mucho encargo este punto tan capital en mi Iglesia y del que depende una cadena de responsabilidades gravísimas. ¡Ay!... si ahondara a la vista de mis sacerdotes lo que Yo veo, lo que Yo lamento, lo que Yo suplo, lo que no puedo suplir por estar ya determinadas las leyes de mi Iglesia, que Yo soy el primero en respetar, llorarían sus almas Conmigo por las mil espinas con que punzan a mi Corazón.

Yo vine al mundo para salvarlo por el divino medio de mi Iglesia, Esposa muy amada del Cordero; y por eso le dejé mi doctrina en relación con mis ejemplos, y le di mi Sangre, y mi vida, y mi Madre, y cuanto era y tenía un Dios hombre, un hombre Dios. Dejé trazado el camino para el cielo con mis ejemplos y mi cruz. Y para consolidar esa Iglesia amada, envié al Espí-

ritu Santo para completar mi obra redentora y salvadora; y El es la luz y el alma de esa Iglesia amada, obsequio para mi Padre, que vine a prepararle en la tierra, con el fin de darle adoración, almas, sacerdotes, ¡gloria!

El Verbo y el Espíritu Santo obsequian al Padre con la Iglesia militante, que pasa a ser purgante y triunfante, tres en una sola, para glorificarlo. Yo, al modo de hablar de los hombres, puse mi cinco sentidos, todo mi amor, en formar esa Iglesia amada, gloria de la Trinidad. Yo formé el Papado, el Episcopado y todas las jerarquías de la Iglesia con mis representantes en la tierra, para honrar a mi Padre y salvar al mundo. Y con esto se comprenderá si amaré a mi Iglesia y si me interesará la santidad de quienes la dirigen y la sirven.

La Iglesia es la puerta para ir al cielo; es el único medio de salvación en donde he depositado los tesoros inmortales. Y para manejar esos tesoros sólo dignos de que los manejara Yo, puse a mis Obispos y sacerdotes, pero con la obligación de que sean otros Yo; y sólo así podía ser manejada esta hechura mía, esta Esposa pura e inmaculada, esta Madre del catolicismo que nunca se cansa de perdonar, porque me tiene a Mí que soy el perdón de Dios, el Salvador de los hombres.

En mi Iglesia tengo mi asiento en la tierra; en la Iglesia tiene sus delicias un Dios humanado; en la Iglesia se veneran los misterios de su vida, pasión y muerte. Ella tiene mis Evangelios que son mi palabra latente y con vida. En los Sagrarios estoy Yo; en los sacramentos estoy Yo que doy, que me derramo e infiltro en

los corazones puros. Nada existe para Mí en la tierra más bello que mi Iglesia, que baja al purgatorio y se remonta al cielo. Mi Padre la mira complacido por lo que tiene de Mí, por lo divino que contiene, por ser obra mía y del Espíritu Santo.

Por eso mismo se contrista cuando ve en la candidez de la Iglesia manchas que la deshonran; cuando contempla lastimado esa serie de puntos que he confiado para que se remedien; y su justicia se inflama cuando contempla, descuidos, rutina, desprecios e ingratitudes y deshonras en los que más ama.

Muy celosa de la Iglesia es la Trinidad, como que en ella tiene su asiento en la tierra; como que de ese manantial perenne beben la virtud, la pureza y el perdón las almas.

¿Cómo no he de querer el ideal de mi Padre en los sacerdotes? ¡El me los pide así! Y Yo ¿qué hago? ¿cómo le doy gusto, Yo, que me desvivo por glorificarlo en la tierra y que sólo me quedé en ella para seguirlo obsequiando con mi Iglesia y con las almas?

Que me ayuden a conseguir ese ideal, ilusión de mi Corazón todo amor a mi Padre, inmolándose con ese fin, el de la renovación, regeneración y perfección de mis sacerdotes, para realizar el ideal de mi Padre que es, como dije, hacerlos otros Yo, desde su formación, llegando al medio día de la perfección en su santo ministerio. Esta es mi mayor gloria, por ser la de mi Padre y la del Espíritu Santo: mis Obispos y mis sacerdotes santos.

Yo —el Verbo— y el Espíritu Santo, estamos empeñados en esta última etapa del mundo

en levantar a la Iglesia con sacerdotes santos; y por este medio divino del Verbo y del Espíritu Santo con María, se hará esta reacción universal.

Vendrá una nueva redención, no por mi pasión humana, sino por mi pasión en las almas crucificadas; y un nuevo Pentecostés por el impulso vivo y ardiente del Espíritu Santo, para honra del Padre, que es el fin que nos proponemos el Espíritu Santo y Yo.

Pero para salvar a las almas, para incendiar a las almas, para perfeccionar a las almas, tenemos que comenzar por la raíz, que es la Iglesia en mis sacerdotes, como poderosa ayuda para la obra salvadora que va a venir, que está a las puertas.

Mi Padre obra activamente, y el Verbo y el Espíritu Santo también, y vendrá el fuego y el soplo divino inundará los corazones de los sacerdotes por el impulso suave y enérgico del Espíritu Santo en su Iglesia.

Yo estoy dispuesto a todo; y si me fuera dado volver al mundo y ser crucificado —¡tal es mi amor al Padre y a las almas!— lo haría. Pero se renovará y continuará esa misma pasión en las almas, porque la moneda con que se compran las gracias es **el dolor.**

Sufriré en las almas; expiaré en las almas y compraré con mis méritos —en las almas— la nueva era de fervor en mi Iglesia, y afinaré los elementos futuros muy ajustados al fin que me propongo para gloria de la Trinidad.

Yo moveré corazones de Obispos y de sacerdotes, que comiencen ya una vida de más

fervor en mi servicio, para que cumplan mis anhelos, para que sean otros Jesús. Yo les ayudaré. Yo les agradeceré cuanto hagan con estas confidencias en favor de la Trinidad, y Yo también seré su recompensa aun en el destierro y después junto al trono de mi Padre.

Alia sunt etiam atrocia peccata directe in Me malitiam evomunt; peccata oculta et infernalia in sacerdotibus meis quae consistunt in actibus ministerii paragendis **sine intentione** efficiendi et ita, irrita pro animabus manet, quae quidem quam maxima pro hominibus consectaria habent.

Missam celebrant sine intentione et hoc quidem mortale est peccatum; confessiones excipiunt sine intentione absolvendi peccata; baptismum efficiunt sine intentione baptizandi, et peccata super peccata adiciunt nefarie, sagittasque letales in Cor meum proiciunt atque praecordia perfodiunt.

Haec vero peccata scelerato ab odio diabolico contra Me, procedunt; et haec sacerdotibus catholicis— etsi in occulto cordis proditoribus— insunt.

Schisma apertum praeferrem huic hypocrisi qua tegunt —ac si mei essent— intentiones eorum iniquas quibus Me offendunt facie ad faciem, et tentant Me, ferientes despectu fidei et proditione diabolica.

Haec scelera, quae contremere Cor meum faciunt, unus Ego video, unus Ego plango, unus Ego lamentor silens in Anima mea dilacerata, et lacrymis meis tego ante conspectum Patris haec nefaria meorum sacerdotum.

Eo usque iniqua Satanae malitia pervenit in quibusdam sacerdotibus qui in corde fidem dereliquerunt et occulte seipsos devoverunt mille erroribus et vitiis odio permoti.

Sine sacerdotis intentione Missa et sacramenta non fiunt, si ipse non operatur transubstantiationem, nec remissionem peccatorum, nihil fit, unde provenit ut crimen hoc sit tanti momenti, quia animae decipiuntur in divinis rebus, et ipsemet sacerdos sancta ioco scelesto sumit, conscius Me haec omnia cognoscere et terribiliter pati.

Haec sunt peccata odii contra Deum et in Ecclesiam sanctam, peccata illorum qui in Corde indelebilem characterem, quo sacerdotes constituti sunt, prodiderunt.

Haec quidem scelera sunt pauca sed exsistunt, et quomodo Cor meum dilacerant!

Aliud occultam peccatum quod, inter multa, accidit in sacerdotibus curam alicuius templi vel paroeciae habentibus, consistit in eo quod ipsi, quia in peccato mortali sunt, celebrant Missam sine intentione, quia censent minus malum facere. Peccata super peccata congerunt!

Hoc in casu contritionis perfectae actum faciant, omnia in Missae celebratione rite peragant et quam citissime confessarium adeant ut absolvantur.

Ministerio abuti, sancta eludere scelus est inferno dignum!

Cor sacerdotis mundum esse, plenum Deo et a Satana et ab eius scelestibus retibus elongatum esse oportet!

Quanto amore et fiducia, quanta sinceritate et puritate ipsi accedendum est ad Me in Sacrario, in Missa, in orationibus, et ad Mariam semper!

His abnormitatibus actus ministerii sine intentione peragendi, viam aperit tepor et remissio animi.

Hi sacerdotes adulterium in corde contra Ecclesiam ferunt, et inde in illis provenit odium contra puritatem et sanctitatem, contra Trinitatem ipsam quae in omnibus actibus Ecclesiae concurrit, Ipsam oderunt et despiciunt.

Haec peccata ingentia magnitudine et poena vobis hodie obicio sanguine abluenda, amore purganda, vulnera quoque, atra ingratitudine illata, caritatis balsamo medenda.

Haec horrenda scelera dolore Me afficiunt, Me terunt, sed Anima mea commota est super superbiam et malitiam tantam et animas quaero quae una Mecum salvationis gratias obtineant.

Ego quidem haec omnia obtinere possem uno Cordis gemitu, sed animae opus sunt Mihi.

Hae animae non sunt opus meae Omnipotentiae sed meo Amori.

XXXI

RESPETO HUMANO

Muy común es el respeto humano de mis sacerdotes; respeto humano que mancha la pureza de intención que deben tener todos sus actos.

Este gran defecto les impide mucho fruto en el desempeño de su misión en la tierra: viene generalmente de la soberbia y del buscarse a sí mismos y no a Mí en todas las cosas. Y cuando el respeto humano mueve al sacerdote, todo se va al traste en el sentido espiritual, porque ese vicio empaña y mancha la pureza de sus acciones, las cuales deben ser siempre sencillas y llanas, todas de caridad sin móviles mundanos.

No sólo es el respeto humano defecto que opaca las obras de celo en los sacerdotes, sino que también mancha y se infiltra hasta lo más hondo del alma hasta llevarla al pecado. Es un vicio de cobardía en mi servicio, de cierta dolorosa vergüenza de pertenecerme, que quita la libertad con que todos mis sacerdotes deben defender mi causa ante pobres y ricos, magnates o plebeyos, y ante el mundo entero.

Y si este odioso respeto humano en mis fieles me lastima, ¡cuánto más en el corazón cobarde de algunos sacerdotes que llegan a avergonzarse de pertenecerme ante los mundanos y los grandes de la tierra! Esto existe por desgracia en corazones ruines, apocados, que nadan entre dos aguas, que quieren servir a dos señores, que quisieran combinar las máximas del Evangelio con las doctrinas del mundo, que les falta valor para confesar a la faz del cielo y de la tierra mi Nombre bendito.

En ninguna circunstancia de la vida el sacerdote debe renunciar a serlo, retando al vicio y ensalzando la virtud; en ninguna ocasión debe darle la razón a lo malo, a lo injusto, a lo pecaminoso, a lo no recto, venga de quien viniere;

sino que la rectitud debe llevarlo siempre a defender mi doctrina. El papel de Nicodemus no, no es el del sacerdote fiel que debe gloriarse ante todas las miradas humanas de serlo y honrarse en pertenecerme.

A veces flaquean algunos en circunstancias especiales, por no malquistarse, por respetos sociales, por conveniencias propias, por contemporizar con ciertas personas y criterios no rectos; y esto de ninguna manera —él, menos que nadie—, debe hacerlo el sacerdote que me representa.

Y digo esto, porque los hay, y me lastiman; porque desgraciadamente el mundo también se infiltra en el corazón del sacerdote; porque el valor de apóstol, de discípulo fiel y aun de mártir suele faltar a muchos.

Estos puntos dolorosos e íntimos que parecen nada, contristan mi Corazón de amor, su delicadeza y ternura; y mi pasión en muchos de sus pasos se renueva moralmente en las fibras de mi alma, y me veo azotado, ultrajado, escarnecido, abandonado de los míos, indefenso, expuesto a burlas, traicionado y pospuesto, como entonces, a Barrabás.

Parece poco una falta de respeto humano en mis sacerdotes, y no lo es; porque lastima mi honra y mi doctrina y la santidad de mi Iglesia, invulnerable en sus principios, inconmovible en su moral y en su verdad. Y si a los míos les falta valor para sostenerla y defenderla aun con su propia sangre y vida ¿qué espero de los demás?

No quiero cobardías en mi servicio; no componendas imposibles entre el mundo y el Evangelio.

Con pretextos de prudencia se cometen en este punto muchas faltas y errores que traen dolorosas consecuencias a mi Corazón. Un sacerdote, más que nadie, debe estar firmísimo en su fe e impartirla y comunicarla hasta el heroísmo.

* * *

Sin duda que muchas de estas cosas las saben ya mis sacerdotes: pero, ¿qué no tengo Yo derecho a recordarles sus deberes, a impulsarlos a su práctica, a ahondar en sus procederes, a quejarme en su corazón de mis espinas, a pedirles el remedio?

Es un bien que les hago a mis sacerdotes, el señalarles lo que me hiere, lo que me punza, lo que lastima la finura y delicadeza y ternura de mi Corazón.

Quiero conmoverlos; quiero su perfección y santificación; y en todas mis acciones llevo siempre **un fin de caridad;** porque Yo no me puedo mover sin derramar perdones, luz, misericordias; y es un favor extensivo a otros el que hago al desahogar mi pecho en su alma".

XXXII

QUIERO REINAR

"Quiero reinar en el mundo como Rey de paz y de amor, quiero que se proclame por todo el universo mi realeza, mi dominio de caridad y de unión; quiero dominar pero con el cetro de paz, pacificando naciones y corazones; quiero reinar **por el Espíritu Santo.**

Mas para reinar crucificado y coronado de espinas, necesito vasallos santos que lo sean a mi imitación, que sean dignos de mi servicio; y esos primeros vasallos son y serán siempre mis sacerdotes santos, esa primera vanguardia que no me haga traición, sino que se desvele y cuide mis sagrados intereses como propios.

Esa legión de honor que constituye mi Iglesia debe levantar muy alto el estandarte de la paz que he traído a la tierra; mi Iglesia forma esa vanguardia, y cuida el trono de su Rey inmortal. Pero mi divisa es y ha sido siempre el amor, la caridad, la paz, unificando en un solo Pastor el rebaño que debe honrar con su fidelidad a mi Iglesia amada.

Mi Corazón completará su reinado a medida que tenga sacerdotes como él, humildes, puros y crucificados, santos e inmolados por la causa de su Soberano que reinó sobre la Cruz.

Si quieren activar mis sacerdotes mi reinado en el mundo de las almas (que debe ser el mundo del sacerdote), deben parecerse a su Rey, imitar sus virtudes y su amor al Padre. Este reinado será universal y crecerá a medida de la santidad de mis sacerdotes. Y si Yo sólo reiné en el mundo por la Cruz, mis sacerdotes vasallos deben tener también por trono la Cruz.

Pueden fracasar muchos apostolados, menos el de la Cruz que fue el mío, el que vine a enseñar a la tierra por el propio renunciamiento; y mientras más unidos a Mí estén los sacerdotes, más parecidos serán al Rey del amor, que lo fue de burlas, de sarcasmos, de persecuciones y humillantes vituperios; porque es el sello ca-

racterístico y divino de los que son míos, el que no se falsifica, el de la Cruz.

Y si todos los cristianos deben pisar mis huellas, con más razón mis sacerdotes, mis confidentes y consentidos; es decir, el grupo escogido de mi Iglesia que debe tener la fisonomía y el corazón mismo de su Rey crucificado por amor.

Ningún sacerdote que tome el camino de la cruz se perderá, y todos los sacerdotes que voluntariamente, que **amorosamente** se abracen de la Cruz, se santificarán y alcanzarán eminentes grados de unión Conmigo. Este es el gran secreto de la santidad en un sacerdote, **la Cruz**; este es el gran antídoto contra las tentaciones de todas clases, **la Cruz.**

El gran ideal del alma del sacerdote debe ser **Jesús Crucificado,** y su único anhelo en la tierra debe ser imitarlo, parecerse a El interior y exteriormente. Jesús Crucificado, su libro, su meditación, su ejemplo, su ideal y su amor; porque nada hay que atice con más actividad el amor divino como las locuras de la Cruz, a las que llegó San Pablo.

Este es el talismán precioso del sacerdote santo, Jesús crucificado en la Cruz, crucificado en el altar, crucificado en la Iglesia por mis malos sacerdotes, crucificado en mi Corazón, sobre todo, con dolores internos e incomprensibles, místicos pero reales. En este punto debe fijar su vida el sacerdote santo: en imitar al Crucificado que le compró con toda su Sangre, desde la eternidad, su vocación; que lo sacó de entre millares con predilección infinita y que desde toda la eternidad fue escogido por amor"

XXXIII

COMO MIRA JESUS AL SACERDOTE

"Mi eterna mirada sobre mis sacerdotes, mirada purísima de amor, de elección, los envolvió eternamente y abarcó no sólo a su alma predilecta, sino a miles de almas también, pues que cada sacerdote es cabeza de otras muchas almas.

Yo al mirar eternamente a un sacerdote vi en él a un escuadrón de almas por él engendradas con la fecundación del Padre, por él redimidas en unión de mis méritos por él formadas, santificadas y salvadas, que me darán gloria eternamente.

Esa mirada de la Trinidad, al engendrar en su mente un alma de sacerdote, producida en Mí por el Padre y el Espíritu Santo, ya abarcaba en el tiempo —por el concurso del sacerdote—, un mundo de otras almas que a su tiempo engendraría él espiritualmente en mi Iglesia para darme gloria.

La vida del sacerdote no es como la de cualquier extraño, una sola, no; en la vida del sacerdote, Yo veo muchas vidas (en el sentido espiritual y santo), muchas derivaciones de vida, muchos corazones que me darán eternamente gloria.

Cada sacerdote, eternamente concebido por el Padre, tiene una especie de eterna generación unida al Verbo. No es cualquier cosa la vida de un sacerdote, tiene un origen espiritual y divino; tiene un germen del cielo; tiene concurso

de la Trinidad; tiene algo de infinito procedente del Padre y de su fecundidad que comunica al sacerdote para que le dé almas. Por eso es tan sublime, tan santa, tan sobrehumana la vocación de un sacerdote y su misión en la tierra.

No hay idea en el mundo material ni en el intelectual de la grandeza de un sacerdote. Yo fui y soy el Sacerdote eterno; y como Yo vengo del Padre, los sacerdotes —hermanos míos— vienen también de ese Padre amado, y por el Espíritu Santo (que procede del Padre y del Hijo) son sublimados.

Toda la Trinidad concurre en la formación de un sacerdote, y no hay altura en el cielo ni en la tierra, después de la Trinidad y de María, comparable con la del sacerdote.

Ya se verá si tiene por derecho, por consanguinidad —si cabe decirlo— con la Trinidad, por sus inmensas prerrogativas, si tiene que **ser santo.**

Pero, a pesar de traer el sello para el cielo, está en la tierra, y como hombre está sujeto a las miserias del hombre; la vocación divina sin embargo lo defiende, lo inclina a lo puro y a lo santo; y si llega a descarriarse y a pisotear su santa vocación es por su culpa, pues que un sacerdote tiene más medios, más gracia, doble poder para vencer las tentaciones de los enemigos del alma. Nació para el Santuario, y el Santuario tiene poderosos medios para librarlo.

La Trinidad tiene con las almas de los sacerdotes relaciones íntimas y divinas, repito; y si el sacerdote no las ve, no las conoce, no las siente, es porque cierra los ojos y el entendi-

miento y el corazón para no sentirlas; pero existen muy hondas y profundas. De manera que, si es alma interior y de oración, pura y crucificada, sin duda ninguna que las divinas irradiaciones lo bañarán.

He bosquejado apenas el origen divino, aunque humano también, del sacerdote; la altura de su generación particular y espiritual, engendrado por el Padre y nacido por el Espíritu Santo en mi mismo Corazón; porque los sacerdotes son fibras de mi Corazón, su esencia, sus mismos latidos.

Pues bien; si de tan alta generación, especial y exclusiva para formar mi Iglesia en la tierra, vienen mis sacerdotes, ¿se comprende ahora el por qué de mis doloridas quejas, el anhelo vivo, el derecho que tengo de quererlos santos, de exigirles la perfección altísima que espera de ellos la Trinidad?

¡Oh, si mis sacerdotes reflexionaran en la sublimidad de su ser, en la inconcebible predilección de la Trinidad que, como quien dice, apartó y aparta para su Iglesia amada esas almas selectas y escogidas desde la eternidad para su gloria!

¡Cómo quisiera Yo que los Obispos infundieran esas ideas, poderosas y verdaderas, más y más en el corazón de los suyos para que apreciaran cada vez mejor el valor inmenso de su vocación y la honra que tienen de pertenecerme de una manera tan íntima, para estremecer a sus almas de gratitud e impulsarlos vivamente a ser **verdaderos sacerdotes santos!**

¿Por qué lloro ante los procederes de los sacerdotes malos, de los tibios, de los indife-

rentes, sino porque los amo? ¿Por qué me rompen el alma sus ofensas, sus desvíos, sus decepciones de lo santo, de lo grande, su falta de fe, su hielo en mi servicio, sino porque va de por medio la honra y la gloria de la Trinidad?

Entiéndase bien que muy rara vez, y no con esta extensión, me he quejado de mis sacerdotes en tantos siglos en los que he sido martirizado por muchos con apostasías, con pecados horribles, con odio, con ingratitudes sin nombre... Y ahora si hablo, si sollozo, si pido, es para **dar**, es para perdonar y salvar, es para evitar ya que rueden los escándalos por el mundo, es por la honra de mi Padre, del Espíritu Santo, de la Iglesia; **¡es por ellos!... ¡es por ellos!...** ¡que me duele en lo más íntimo su condenación, su perdición eterna!

Por eso clamo a quien puede y debe poner remedio; hay Obispos que verán por mi gloria, que me aman y que remediarán muchos males. Quiero no sólo remediar esos males, sino santificar, aumentar el caudal de virtudes y la perfección y la santidad de muchos.

Si quiero dar un impulso en la vida espiritual a las almas ordinarias, ¡cuántos más a las almas dispuestas a recibir el rocío del cielo para impartirlo después!

No sólo quiero advertir, sino santificar más y más; que la perfección en la tierra no tiene límites y alcanza el cielo. Siempre se puede crecer en las virtudes y en el amor; siempre puede el alma avanzar en los caminos del cielo; siempre puede inmolarse y merecer y unirse a Mí en grados casi infinitos, siempre puede subir. Y

esto quiero de mis sacerdotes: quitar lo malo y lo imperfecto que halla y elevarlos a la sublime altura de santidad a que están llamados".

XXXIV

ORIGEN DEL SACERDOTE

"Cuando el Padre engendró al Hijo desde toda la eternidad sin principio, engendró con El, en cierto sentido, a los sacerdotes. De allá procede la generación espiritual y en cierta manera divina del sacerdote, en la del Sacerdote eterno, en el entendimiento y en el corazón del Padre que es su voluntad, que es el Espíritu Santo. Tan alta, tan santa y distinguida, nacida del amor —es decir, del concurso del Espíritu Santo con el Padre (aunque el Espíritu Santo proceda del Padre), en aquel arrebato de inefable amor, al engendrar al Verbo, todo igual al Padre—, fue la concepción eterna de la Iglesia y de sus futuros sacerdotes.

Ya se recreaba desde aquella eternidad el Padre al ver a su Hijo amadísimo en los sacerdotes, y por esto mismo los amaba. El Padre, como frente a un espejo, refleja en el Hijo toda su perfección, hermosura y querer. Y la luz que ilumina estas perfecciones eternas es el mismo Espíritu Santo, que es luz, porque es amor; y es amor, porque es luz. Y en aquel espejo, el Verbo —iluminado por aquella refulgente y divina luz, procede del Padre y del Hijo, es decir, del Espíritu Santo—, sonreía el Padre al contemplar a sus sacerdotes santos, como nacidos, co-

mo transformados en lo que El más ama, en lo **único** que ama, **en el Verbo, en donde todas las cosas ama.**

Ya se verá si las vocaciones sacerdotales, pueden tener origen más alto, más santo, más perfecto, engendradas por el Padre eternamente al engendrar al Verbo, que lo reproducía en todos sus esplendores, con toda la pureza, la fuerza y el amor infinito de la Divinidad. En Dios, lo futuro es presente, y el Padre veía al Verbo reflejado en su Iglesia que lo poseería; y veía además, una a una, todas las jerarquías eclesiásticas, cuyo principio en la tierra es el sacerdocio, pero cuyo principio divino es la Trinidad Santísima de quien proceden.

Y si ya veía también la Santísima Trinidad todos los defectos e ingratitudes de los suyos, ¿por qué sin embargo fundó su Iglesia?

Por **su amor,** porque su amor es más grande que todo, lo abarca todo, lo avasalla todo, pasa por todo; porque el amor es Dios, porque su caridad es infinita, porque su Ser es darse, comunicarse, difundirse; porque las almas, imagen de la Trinidad, tienen tal atracción para la Trinidad misma, que las ama con pasión infinita, con pasión de un Dios.

Y por eso dio el Padre a su propio Hijo para salvarlas; para que ese reflejo de la Trinidad que lleva cada hombre volviera a la Trinidad misma. Y para ese fin fundó su Iglesia; y para que la defendieran y ampararan y salvaran a las almas, dio tan alta generación, en el seno del Padre, a los sacerdotes.

Y con este fin vine Yo al mundo, para que me conocieran, imitaran mi vida, mis virtudes,

mi amor al Padre y glorificaran a la Trinidad, dándole almas santas y volviendo a la Divinidad lo que tienen las almas de divino, un soplo del Altísimo, una imagen de la Trinidad, un reflejo inmortal de Dios mismo.

Por eso valen tánto las almas, por venir de la Trinidad para volver a Ella y glorificarla eternamente. Mas para salvar y santificar esas almas en el destierro, creé a mis sacerdotes, y engendrados por el Padre, nacieron en mi Corazón por el amor, es decir, **por el Espíritu Santo.**

En el entendimiento del Padre fueron engendrados eternamente; y cuando el Verbo se hizo hombre, en su Corazón nació la Iglesia. Y en ese costado abierto por la lanza tuvieron su cuna los sacerdotes de la Iglesia, siglos antes anunciada, pero cuyo principio fue mi sacrificio de la Cruz, en lo alto del Calvario, a la sombra de María.

Pentecostés fue el principio de su extensión por el Espíritu Santo. Mi vida fue su anuncio; el Calvario, su cuna con María; y fueron sancionados divinamente en mi Ascensión a los cielos.

Y así engendrados mis sacerdotes y nacidos en mi Corazón, ¿cómo no amarlos con pasión divina, con el amor infinito de la Trinidad? ¿Cómo no los ha de ver el Padre con la ternura misma con que me ve a Mí? ¿Cómo no ha de querer asemejarlos al Verbo hecho hombre, en sus virtudes, en su Cruz, si los lleva en su alma? Y ¿cómo el Espíritu Santo —que es el alma de la Iglesia, porque es El como el alma del amor—, no ha de querer a sus sacerdotes perfectos, y poseerlos, avasallarlos y guardarlos en la intimidad de Sí mismo, y derretirlos al contacto

mismo de sus Dones que queman, y ampliar así su capacidad de poseerlo?

¿Cómo no tener derecho la Trinidad a quererlos muy santos y perfectos, si deben reflejar su origen, si nacieron en mi Corazón, si tienen que ir al cielo y que poblar el cielo?

Dios no puede amar más que a Sí mismo y a todas las cosas en El. El es amor, y los sacerdotes en rigor ¿no tuvieron el principio divino de sus vocaciones en el seno del Padre? ¿no participaron de las facultades íntimas del Padre, como son la fecundación y el amor? Ellos, repito, deben engendrar almas para el cielo, deben llevar lo que tienen de divino a la Divinidad misma, lo que tienen de la Trinidad, a la Trinidad misma, y evitar que caigan en el fango esos tesoros inmortales.

El cielo no es sino la extensión de la Santísima Trinidad; la extensión, la dilatación del amor en el amor mismo. Y todo amor debe volver al amor, su centro; y todo el desequilibrio del hombre está en olvidar ese divino amor, en sustituirlo con las concupiscencias y desviarse de ese amor que debe llevarlo a su centro, que debe volverlo al cielo.

Las almas salieron de la Trinidad y para su eterna dicha deben vivir —en la tierra y en el cielo— de la Trinidad. Y para este fin fue creada la Iglesia y con este fin engendrados los sacerdotes, el de llevar las almas a la Trinidad por los medios puestos a su alcance en la Iglesia.

Y si toda alma debe vivir de la Trinidad para volver a Ella, ¿con cuánta mayor razón los sacerdotes?

Las almas son una extensión también de la Trinidad, su cielo en la tierra, y como a Ella se les debe respetar y amar en lo que tienen de inmortal y divino.

Los sacerdotes son como una creación aparte, con más carismas, formados con más amor, queridos con más predilección; y por tanto, deben corresponder **fidelísimamente** a esta elección de la Trinidad, transformándose en Mí crucificado, porque sólo la virtud de la Cruz nunca queda infecunda.

Todo puede fracasar, menos un sacerdote crucificado por mi amor en sus deberes, en su conducta, en sus relaciones, en su proceder, en su intimidad Conmigo (olvidado de sí mismo), en su esfuerzo para glorificar, en sí y en las almas, a esa Trinidad inefable de donde vino y a donde va.

Esta es la razón de mis quejas en estas confidencias de mi alma. Quejas de amor dolorido, pero **siempre de amor;** quejas de caridad, porque en lo mío todo es caridad; quejas para curar, quejas para perfeccionar, quejas para premiar.

¿Se ve claro con todo esto el ideal de mi Padre en cada sacerdote, reproducirme a Mí? ¿Se ve claro el anhelo del Espíritu Santo en santificar más y más a esos corazones? ¿Se ve claro mi fin de caridad al desear ardientemente una reacción poderosa, efectiva y real, en todos mis sacerdotes para bien de sus almas, de la Iglesia y del mundo, y gloria de la Trinidad?"

XXXV

UNIFICACION EN LA TRINIDAD

"Mas para realizar este ideal de mi amado Padre, el que tiene de mis sacerdotes, se necesita como poderoso e indispensable motor para este fin al Espíritu Santo. Sólo El, únicamente El, puede renovar la faz de la tierra y unir los corazones con el Verbo, porque es el inefable Lazo de Amor entre el Padre y el Hijo; es el que unifica a la Iglesia, porque es **unidad por esencia**; y es unidad porque es el Amor.

El Amor es el único que une, que simplifica, que santifica, que reconcilia, que abraza, que estrecha los vínculos y los corazones. Y el Espíritu Santo es santo, porque es el Amor.

El Amor es la fruición divina que forma las delicias del cielo y hace eternamente felices al Padre y al Hijo; es el eje que mueve al mundo, sólo que el hombre lo adultera y lo falsifica. El Amor es el motor de la Iglesia y de los sacramentos; es el Amor el que engendró en el Padre a los sacerdotes, porque la Trinidad toda es una sola sustancia y esencia y voluntad sin principio; el Amor forma a los sacerdotes, que si fueron engendrados desde la eternidad en el entendimiento del Padre, nacieron a impulsos de los latidos amorosos y dolorosos de mi Corazón en la cruz, y consumados en su principio y en su fin por el Amor.

Pues bien, ¿no vemos la unidad en una sola esencia en la Trinidad? La Iglesia es su reflejo; y toda su economía se sintetiza en la tierra en la

unidad de un solo rebaño y un solo Pastor. ¡Oh! esa unidad, esa unidad, incomprensible para el ángel y para el hombre, forma las eternas complacencias de la Trinidad en Sí misma; y en Ella la multiplicidad de todas las cosas creadas, que al reflejarse en Ella se simplifican, pasan a esa unidad.

Es la unidad lo más bello para Dios, porque la unidad lo retrata, porque la única unidad es El, porque Dios es simplísimo en su Ser; y su mayor deleite y su mayor felicidad, su **única felicidad**, consiste en amarse a Sí mismo, en ser tres Personas en una sola esencia de amor, de amor purísimo: pero amor de tal capacidad, que tuvo que personificarse en el Espíritu Santo, uno con el Padre y el Hijo. Su dicha consiste en recrearse en Sí mismo, en un solo punto infinito que lo llena todo, que lo absorbe todo, que lo produce todo: almas, mundos, creaciones, extensiones eternas de amor, de puro amor, que asombran al cielo y hacen prorrumpir a los seres creados que lo componen en aquel "Santo, Santo' Santo", extasiados en las infinitas y divinas perfecciones que asombran, conmueven, deleitan, deifican y **unifican** en Dios todas las cosas.

Y ¿por qué hablo hoy de esa unidad santísima, altísima, perfectísima que embelesa al mismo Dios eterno e infinito en sus perfecciones? Porque esa unidad producida por el amor y reflejada por mi Iglesia —que debe ser una con la unidad de la Trinidad—, no existe en muchos de mis Obispos y de mis sacerdotes; y esto quiero mostrar, esta pena que lastima mi Cora-

zón de Dios hombre; el doloroso cuadro de la desunión en los pareceres de muchos miembros de mi Iglesia. No hablo aquí de desuniones en materia de fe precisamente, sino en materias menos altas, que desunen, lastiman y apartan de la caridad.

¿De qué me sirve que por de fuera o exteriormente estén unidos por pareceres por respetos humanos, si interiormente hay desacuerdos, murmuraciones y cosas e intrigas que sólo Yo veo que a veces dan escándalo? Este punto me contrista; esta falta de unión fraternal, filial y aun paternal me duele; y por este motivo vienen muchos males que Yo lamento y que se hacen sentir en mi Iglesia y que la perjudican de muchos modos.

Falta unión; y en Méjico tengo que lamentar este punto que ha vulnerado mucho a mi Iglesia.

Los sacerdotes deben unificar sus pareceres con sus Obispos respetando sus disposiciones, y entre sí sin desensiones, que ellos más que nadie deben evitar que haya faltas de caridad en este punto más importante de lo que parece.

Muy hondo es el mal que se produce en las escalas eclesiásticas y seculares en este punto del que voy hablando.

No; es preciso que entren estas amadas almas **en la unidad,** haciendo de muchos pareceres y juicios críticos y sentimientos, un solo sentir en Mí, en una simplificación de voluntades en mi voluntad.

Cierto es que se puede traducir mi voluntad en formas diferentes en su superficie, pero en

su fondo mi voluntad siempre se orienta a un mismo fin, aunque las circunstancias sean diversas. Puede haber —y las hay— razones de prudencia; pero aun en estos casos se debe discernir, a la luz del Espíritu Santo, cuál es la prudencia humana y cuál es la prudencia divina, que en esto hay mucha diferencia y muchos errores, porque se mete el mundo y las conveniencias —personales a veces—. Puede haber engaños y con frecuencia los hay. **Oración, humildad y rectitud** siempre.

Pero insisto —para todo esto que pido que se remedie, que se prevea para que se evite—, en que se recurra al Espíritu Santo, conciliador y unificador de entendimientos y voluntades. El refleja la unidad en las almas, porque es la Unidad. El, alma de la Iglesia, es el portaestandarte de la unidad, su principio, centro y fin, por ser el Amor.

Que ocurran los Obispos y los sacerdotes con más y más asiduidad y ardor al Espíritu Santo, y El será su luz, su norte, su guía para llevarlos a la unidad de la Trinidad. Un solo apostolado quiero en mi Iglesia, una sola fe, una sola Verdad, un solo fin; un martirio, si todos se martirizan; un gozo, si todos gozan; un triunfo, si todos triunfan; un calvario, si todos sufren; un Sol, Jesús Dios hombre, que los caliente; y un fin, mi Padre, yendo a El por Mí, por el Espíritu Santo y por María. El Espíritu Santo y María transforman a cada alma en Mí; y son ellos los que transformarán al mundo y unificarán a los hombres en una sola voluntad, la mía.

El Espíritu Santo debe ser el centro de todos los corazones de los míos, de mis sacerdotes muy principalmente; y en ese centro divino de caridad se incendiarán en el amor, que es el que todo lo unifica. Del amor divino se deriva suavísimamente el amor humano divinizado, y en el Espíritu Santo se estrechan los lazos de caridad que unen los corazones en Dios y hacen de mi Iglesia un regazo en donde todos sus hijos descansen, un solo latido en donde todos afluyan y un solo amor en donde todos, en ese mismo molde, se unan.

Insisto en esa unidad de quereres y de pareceres en Mí. Cierto que por diversas vías los arroyos van al mar; pero quiero en mi Iglesia que esos arroyos sean **uno solo** en unión de caridad; es decir, que mis Obispos y mis sacerdotes formen un solo caudal que desemboque en el mar que soy Yo.

Quiero que mi Iglesia en sus diversos miembros forme una sola corriente en **quereres y pareceres.** Fíjense en que de ahí han salido las herejías, los cismas, las apostasías, que comienzan con pequeños disturbios en opiniones y que, al meterse la soberbia, echan por tierra a grandes columnas que arrastran a miles de almas a su perdición eterna.

La unidad, la unidad de juicio, la unidad de voluntades en la mía es lo que trae la paz a la Iglesia y a los corazones.

Cuántos Obispos lamentan esta falta de unidad en su clero; no tan sólo con ellos, sino aun de los miembros entre sí; porque la discrepancia en pareceres acarrea consiguientemente fal-

tas de caridad y murmuraciones de trascendencia que hieren a mi Corazón todo obediencia y caridad.

Si el sacerdote tiene tan alto origen —nada menos que en el seno amoroso de la Trinidad—, tiene el deber ineludible de asemejarse a la Trinidad, muy principalmente en la unidad. Y como la Iglesia ha sido creada para él, por la Trinidad, en ella debe aspirar y beber la unidad, simplificándose en mi voluntad manifestada por los superiores, es decir, por el Papa y los Obispos de quienes el sacerdote depende.

Al Padre debe el sacerdote imitarlo **siendo padre**, en su purísima fecundidad y caridad con las almas, con todas las cualidades de un padre, y del Padre que está en los cielos, en cuyo entendimiento fue engendrado.

Debe imitar al Hijo que soy Yo, el Verbo hecho hombre y transformarse en Mí, que es más que imitarme: siendo **otro Yo** en la tierra, sólo para glorificar al Padre en cada acto de su vida y darle almas para el cielo.

Y debe imitar al Espíritu Santo **siendo amor**, difundiendo amor, enamorando a las almas del Amor; fundido en la caridad, endiosado en el amor, debe dar testimonio del Verbo por el amor y unificar a todas las almas en la Trinidad, que es amor en todos sus aspectos, en todas las infinitas consecuencias.

Esa unidad falta en el mundo, y por eso tántos males que asuelan la tierra; se desvían las almas de su Centro y de ahí todas las desgracias que llora la humanidad caída. Este es el punto cardinal y capital de su ruina, el vivir

apartado de la unidad, en doctrinas erróneas, en el orgullo de las opiniones, en la multiplicidad de las sectas, en la bruma y oscuridad de las divisiones. El día que el mundo vuelva a su centro, a la unidad en la Trinidad en su Iglesia, será salvo.

Pero lo más triste y lo que más lastima a mi Corazón es que en los míos exista esa desigualdad que los aparta de su centro, de la Trinidad simplísima y luminosa, toda unión plenísima y santísima de las tres divinas Personas. No hablo ahora de cismas y diabólicas y torcidas opiniones que atacan a mi Iglesia y al fundamento divino de su unidad; hablo de las disensiones entre los mismos míos que son causa de divergencias, críticas y faltas con lo que lastiman mi delicadeza y al mismo centro de la divinidad que consiste en esa unidad de amor.

Aquí está el punto, el blanco a donde deben dirigirse los corazones de los Obispos y sacerdotes, **a la unidad en la Trinidad**, que si la estudian, la meditan y la viven, cesarán muchos males que unos se ven y otros sólo Yo los contemplo apenado y quiero que se quiten.

El medio práctico para lograrlo es unificar todas las voluntades íntima y sinceramente en mi voluntad, en donde reside la unidad; porque la Trinidad, siendo tres Personas distintas. no tiene más que una sola voluntad, y voluntad siempre amorosa de unión o unitiva, siempre de caridad, que fluye y refluye de una Persona divina a Otra, enlazadas por el amor; porque la voluntad de la Trinidad en Sí misma, en la Iglesia y en las almas, **es amor, toda amor.**

Y si los sacerdotes se impregnan de esta unidad en mi voluntad, se amoldarán felices y gustosos a la voluntad de mi Iglesia; es decir, a la del Papa y a la de los Obispos, y verán sobrenaturalmente sus disposiciones y las aceptarán y las cumplirán por Dios con amor.

Unión, unión; solidaridad en juicios, opiniones y quereres, unificado todo, entendimientos y corazones, en la Trinidad.

Esto pido hoy en estas confidencias de mi Corazón para que se remedien.

Quiero hacer que brille mi Iglesia con sacerdotes santos según el ideal de mi Padre y en el molde santísimo y perfecto de la Trinidad. Quiero, repito, una reacción poderosa en mi Iglesia para gloria de la Trinidad y salvación de muchas almas que la esperan. Tengo sed de ser imitado y amado así como lo vengo explicando; y quiero obsequiar a mi Padre, delicia de mi Corazón, con sacerdotes modelos, con Obispos transformados en Mí.

Quiero expiar crímenes ¡tántos! con un contrapeso de corazones según mi Corazón, con sus mismos ideales de pureza, de sacrificio y de amor al Padre. Pero, toda esta ilusión de un hombre-Dios, sólo puede hacerse efectiva por el Espíritu Santo, y por la intercesión de María, su Esposa amadísima.

XXXVI

LO QUE ES LA IGLESIA

"Mis comunicaciones son amor, y el bien inmenso que a mi Iglesia reportarán estas confidencias es amor, y la cadena de gracias individuales para Obispos y sacerdotes, presentes y futuros, es también amor.

Yo no me muevo, por decirlo así, sin derramarme en amor, sin esparcir amor. Y esta prerrogativa tiene mi Iglesia comunicada por Mí: el ser **toda amor**, toda caridad maternal para con sus hijos.

Dios eternamente ha sido amor y su amor no tuvo principio ni tendrá fin; pero todo lo que hice antes de que existiera mi Iglesia era porque tenía presentes los méritos infinitos del Verbo hecho carne y ya con esa sangre futura y en virtud de esos infinitos méritos —para Dios presentes— quería el bien de las almas y les preparaba el tálamo de sus amores en la Iglesia santa, reflejo eterno de la Trinidad.

En Dios todo es presente, y se gozaba ya en ese reflejo celestial y único en su unidad, reflejo y luz inaccesible y rayo infinito de la Trinidad. Tenía su vista fija en esa Esposa amadísima que había de venir, cimentada con la Sangre del Cordero y comprada con lo divino de un Dios hombre. Por eso la Iglesia, en su principio y en su desarrollo, es divina, es reflejo de la Trinidad y llevada a la Trinidad en sí misma y es depositaria del cielo, mansión de esa amable infinita Trinidad.

La Iglesia encierra todos los carismas del Espíritu Santo, toda la ternura del Padre, toda la Sangre preciosa y salvadora del Verbo hecho carne. Mi Iglesia es santa, es pura, es amorosa, es madre, es fecunda por lo divino del Padre que lleva en sus entrañas.

Aunque fecundada por el Padre, la Iglesia es Esposa del Hijo y Madre de todos los fieles por el Espíritu Santo que le hace sombra, que es su alma y su vida.

El Padre engendró a la Iglesia para ser mi Esposa —la Esposa de los sacerdotes transformados en Mí—, pura y santa y sin mácula también. La eterna y divina generación es pura y todo lo que procede de la Trinidad es puro también, es luz, es pureza, es la pureza misma, la diafanidad infinita de un Dios, Luz de Luz.

Esta Esposa purísima es la Esposa del Cordero que engendra vírgenes, porque viene de la Trinidad Virgen, de María Virgen. Y este Cordero purísimo busca siempre lo único que lo atrae, como reflejo de la Trinidad-Luz, de la Trinidad-Pureza; busca pureza en su Iglesia inmaculada, busca almas puras o purificadas en donde reclinarse, busca sacerdotes que formen esa Iglesia —como corona de azucenas—, con almas y cuerpos puros, porque lo manchado repugna a su blancura.

Por eso la Iglesia exige, para que lleguen sus sacerdotes al Altar, para que se unan al Cordero, almas y cuerpos puros o purificados; almas sin mancha, almas de luz, con tendencias siempre puras, con anhelos celestiales.

Esa es mi Iglesia, imagen y reflejo de la Trinidad, que lleva consigo en cada uno de sus actos a la Trinidad misma. Es la pureza comunicada por la Trinidad; la que borra todas las negruras, la que limpia desde el bautismo la mancha de origen, la que baña, la que blanquea, la que ilumina, la que transforma, la que convierte lo negro en blanco, la que da al mundo la Luz del mundo, al Candor que soy Yo, la que lleva al cielo.

Y siendo esto así, claro está, que a mi derredor —ya que habito personalmente y realmente en mi Iglesia y en la Eucaristía, con mi Humanidad y Divinidad inseparables— sólo quiero corazones puros, sacerdotes sin mancha, una generación de pureza y de luz, para que manejen debidamente los tesoros purísimos del cielo.

¡Qué grande y qué hermosa y qué pura es mi Iglesia en donde se complace y habita en la tierra la Divinidad, es decir, el AMOR! Siendo el Ser de Dios darse y comunicarse, no encontró todo un Dios sapientísimo un medio mejor para derramar en las almas su caridad infinita que la Iglesia.

Es tal el ardor, el fuego infinito y santo, el combustible poderoso, inmenso e infinito y eterno del amor, que no cupo —por decirlo así y tomando el modo de hablar de los hombres—, que no hubiera sido posible que cupiera y que lo soportara una sola Persona divina, aunque infinita, y tuvo que derramarse en Tres Personas, siendo Una de Ellas el Amor mismo, que, concentrado, fuente y manantial del amor, se derrama en las otras Personas como impetuoso

torrente en un deleite eterno, en una inefable fruición.

Y aunque el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, las tres Personas son eternas; y al realizar esos portentos —del Padre engendrando al Verbo y del Espíritu Santo procediendo de los dos y uniéndolos—, fue tan subido en quilates, en santos ardores, en fuego más que volcánico e inextinguible y suave y puro y santo y eterno ese AMOR, que tuvo que constituir una Persona divina que lo contuviera, que lo difundiera con un temple divino a la vez, para no derretir, para no liquidar con su intensidad infinita a todo un infinito Dios...

Por eso Dios en su mismo ser lleva la tendencia a comunicarse, a difundirse, a derramar su hermosura; a no ser Uno, sino Tres en Uno; a no ser Santo, sino tres Santos en una Santidad; tres Divinos y Eternos en una sola Divinidad y Eternidad.

Y como Dios siempre es Dios, es caridad difusiva, es unidad comunicable, tiende y busca —como las llamas de un gran fuego— a quienes incendiar de amor, a quienes hacer felices con su felicidad, santos con su santidad y eternamente dichosos con su dicha infinita.

Y de aquí que la Iglesia, dueña de ese Dios unidad, de ese Dios infinito; la Iglesia sea el único conducto para el cielo, la única unidad en la tierra para llevar las almas a la Trinidad; la única puerta de salvación, el único asilo de paz, de verdad, de estabilidad, de luz y de amor".

XXXVII

UNIDAD-VIRGINIDAD-FECUNDIDAD

"No existe cosa más comunicable que la unidad. Parece esto un contrasentido, pero es maravilloso contrasentido que realiza el milagro de la multiplicidad en la unidad.

La virginidad es unidad, y nada tan fecundo como la Trinidad Virgen, como María Virgen, como la Iglesia-Virgen, como las almas vírgenes. Esta es una comparación, en cierto sentido gráfica, de la unidad en la Trinidad. Pero, si la virginidad trae la fecundidad, es por el reflejo de la Paternidad eterna, es decir, del Padre, que eternamente engendró al Hijo por Sí mismo.

Pero esta fecundidad en la unidad sólo pudo realizarla el amor, la potencia infinita del amor, el ardor y fuego e impetuosidad del amor divino, que haciendo —por decirlo así— divina explosión en el Padre, hizo, que fuera engendrado el Hijo en aquel eterno arrebato, deleitable y candidísimo del amor.

En cierto sentido se puede decir que el Verbo recibió el ser del Padre **por el amor**; que el amor es la sustancia del Verbo por ser la sustancia del Padre; que el Padre engendró al Hijo y con El a su Iglesia, a los sacerdotes y a las almas **por el amor,** con sustancia divina de amor, de ese amor en el que se derrama la Trinidad en creaciones y almas y vidas y cuanto existe y existirá, fecundado todo el amor. Por eso el amor es el que fecunda, porque procede de aquel volcán infinito de amor, de sólo amor, de puro amor fecundísimo en su virginidad, en su unidad.

Pues bien, las almas vírgenes reflejan la fecundidad del Padre; y un alma virgen no deja estéril su paso por la tierra, porque lleva el germen fecundo de la Trinidad que es una sola esencia y vida en Tres Personas unidas, identificadas, sublimadas y perfectísimas, porque **son amor.**

Por eso también quiero a todos mis Obispos y sacerdotes absorbidos en la unidad de la Trinidad, para que sean fecundos en las almas, para que engendren en la Iglesia-Virgen almas para el cielo.

¡Y si dijera que el cielo es virgen, porque lo forma la unidad, porque lo constituye el amor! ¡El cielo virgen!... Sí; el cielo virgen, fecundado por el amor, que es gozo infinito, que es delicia eterna, que es unidad sin fin, que es centro único de todas las dichas, porque lo forma Dios. Dios es un piélago de amor, un mar sin riberas de amor, un espacio infinito y sin fondo de amor...

Dios es amor, se dice pronto; pero en ese Dios amor y unidad, se encierran derivaciones infinitas, extensiones incalculables, hermosuras y venturas inenarrables, por ser amor.

Por tanto, ya se ve la grandeza y sublimidad del Espíritu Santo que es la Persona del amor y la que procediendo del Padre y del Hijo, es, sin embargo, el amor y las delicias y la virginidad y la unidad entre el Padre y el Hijo.

Y ¿por qué es virgen la Trinidad? Porque es unidad, porque nada tan fecundo en Dios como esa unidad que, difundida, por decirlo así, en tres Personas divinas y distintas, es una sola

unidad, una sola voluntad, una sola caridad eterna.

Y ¿por qué es virgen el cielo? Porque, aunque sus delicias y gozos son múltiples, están encerrados en la unidad virgen y fecunda, en la unidad de Dios, dentro de la cual se reproduce sin cesar la embriaguéz del amor purísimo de la Trinidad. Ahí todos los goces son un gozo; todas las dichas, una dicha; todas las felicidades, una felicidad; porque las forma la unidad que es Dios.

Dentro de esa unidad se encierra el cielo y la tierra, y lo existente y lo por existir. Pero el cielo es la expansión del amor unitivo: se descorre el velo de la fe que encubre a Dios en la tierra y se goza plenísimamente **en El, dentro de El,** que todo lo llena —mundos, eternidades y creaciones— en un punto infinito que es la unidad.

¡Qué incomprensible es Dios!...

Si no fuera incomprensible, no sería Dios. Sólo Dios se comprende y se abarca a Sí mismo. Dios es misterio, pero misterio de luz sin principio; y la fe en su oscuridad y misterio es **luz,** porque viene de Dios directamente, que es luz.

¡Ah! Los arcanos de la Trinidad sólo los entiende la Trinidad; y su eterna dicha es, en su unidad, el secreto infinito de la Trinidad. Ella tiene para Sí misma abismos y secretos en los que divinamente goza, y sólo sus reflejos, sus resplandores, sus efluvios son los que hacen eternamente felices a los bienaventurados; pero en la Trinidad hay abismos que ni el ángel ni el hombre alcanzarán jamás a penetrar y a com-

prender. ¡Abismos inexplorados, vírgenes, en los que la Trinidad-Virgen en Sí misma se deleita, se extasía, se recrea, se goza infinitamente desde el principio sin principio, desde que Dios es Dios!

XXXVIII

LAS TRES IGLESIAS

"Las tres Iglesias reflejan la imagen de la Trinidad en cierto sentido y bajo diferentes aspectos, pero tienen todas tres su unidad en la Trinidad.

La Iglesia **militante** lleva a la Trinidad; esa Iglesia y sus sacerdotes, Conmigo, fue engendrada en el seno amoroso del Padre, que la ampara **muy especialmente**; le dio a su Hijo, el Verbo hecho carne, para que la conquistara y preparara, para que le dejara no sólo sus infinitos méritos comprados con dolor en la tierra, sino aun su Persona divina y su Humanidad en la Eucaristía; y le envió al Espíritu Santo para sancionar sus sacramentos, el Papado y las jerarquías eclesiásticas, y divinizar todos sus actos. No hay acto en la Iglesia en donde no esté toda la Trinidad operando, amparando, dinivizando y sancionando, la Trinidad en su unidad.

La Iglesia **purgante** parece abandonada de la Trinidad y no lo está. El Padre la mira compadecido y la Sangre de su Hijo compra gracias de expiación a las almas, por la redención, y limita la duración y la intensidad de sus penas.

Yo, el Verbo hecho carne, tengo mucho que ver, por decirlo así, con el purgatorio, porque ahí tengo almas amadas y salvadas con mis infinitos méritos; almas santas que contristan mi Corazón de hombre al verlas sufrir, y las consuelo y purifico para el cielo.

Y el Espíritu Santo-Amor les da muchos de sus Frutos y las alienta en la paciencia y las purifica de toda la escoria humana de su amor. El se ocupa de divinizarlas para el cielo, y las consuela además, porque es el Espíritu Consolador. Unifica también todas esas almas en la esperanza y las unifica en la Trinidad que las espera, que suspira, por decirlo así, por hacerlas felices, por comunicarles lo que Dios comunica, lo único que puede comunicar, AMOR, amor de caridad, por absorberlas cuanto antes para sumergirlas eternamente en el océano infinito del amor sin fin.

La Iglesia **triunfante** es como la victoria alcanzada por la Trinidad, la que cantará eternamente el himno de su triunfo después de la lucha y de la purgación de las almas. Las almas bienaventuradas son el trofeo de la victoria del Verbo hecho carne, salvadas con su Sangre, conquistadas por el Espíritu Santo, por la gracia y sus inspiraciones y cuidados, para presentarlas al Padre transformadas por fin en amor. Limpias, luminosas, purificadas, santificadas y divinizadas por el Espíritu Santo, las presento Yo al Padre que las abraza y se les da con fruición, y las introduce en el gozo sobre todo gozo de la unidad en la Trinidad.

Y todos los días y a todas horas le presento Yo a mi Padre esas almas (conquistadas por Mí

en la tierra en mis Iglesias militante y purgante) limpias, puras y santas para que lo glorifiquen eternamente.

Ya se comprende si amará la Trinidad a esa Iglesia, **una en tres,** que le reporta gloria accidental por toda la eternidad. Y el Padre ama a las almas salvadas, y las envuelve, y las atrae, y las penetra con el Espíritu Santo; las ama por lo que llevan de la Trinidad, por el reflejo que tienen de Dios mismo, y las consuma en su eterno principio, que es El, y las unifica en la unidad de la Trinidad.

La Trinidad es la que constituye el cielo, la que le da ser y vida y felicidad inenarrable y eterna. María y los ángeles y los santos y bienaventurados, todos están endiosados en Dios, divinizados en la Divinidad y absorbidos en la unidad de la Trinidad, piélago de amor infinito, abismo sin principio ni fin de todo lo deleitable, puro y santo.

Sólo que en estos arcanos infinitos de amor, cada alma se llenará de más o menos intensidad de amor, en su dicha, cuanto hayan sido sus méritos y gracias en la tierra. Y aun esos méritos se premiarán en atención y por virtud de mis infinitos méritos. Porque Dios no premia a las almas sino por lo que de Mí tienen, y que compran con la cooperación de sus virtudes; premia el parecido Conmigo —su Hijo divino, que forma sus delicias— y la mayor o menor transformación en Mí alcanzada en la tierra.

Si Dios ama a las almas es por su reflejo en ellas, porque El no puede amar sino a Sí mismo, pero como quiso derramarse en las al-

mas para su gloria, por eso fue la redención; y para salvarlas es su Iglesia con todos los tesoros que encierra, derivados de mis infinitos méritos de hombre-Dios, y con la asistencia de la Trinidad.

Sólo por la Iglesia hay salvación; sólo por la Iglesia, imagen de la Trinidad, hay cielo; sólo por la semejanza con el Verbo hecho carne hay premio; sólo por la unidad en la Trinidad hay gozo perdurable".

XXXIX

¡PIDO PUREZA! ¡PIDO PUREZA!

"¡Por todo lo dicho se verá si deben ser puros los que toquen a mi Iglesia, cándida y sin mancha! ¡si esos corazones que la forman deberán tener la nitidez de la nieve, una blancura más que de ángeles! ¡Ya se comprenderá que las manos que me toquen y los labios que pronuncien las palabras divinas de la Consagración deben estar purificados de toda mancha! ¡Cómo esas manos deben derramar beneficios! ¡cómo esos labios no se han de abrir sino para ensalzarme en el altar y en las almas! ¡cómo esos corazones, sobre todo, deben —como cristales— reflejar la Trinidad y ser más que copones que me contengan, **otros Yo**, cándidos y puros, limpios y santos, unidos a la Trinidad!

Mas para esto, los sacerdotes, más que nadie, deben usar **muy frecuentemente** del sacramento de la Penitencia, pues que ángeles deben ser para cada acto de su ministerio, limpios de

corazón para reflejar a Dios a quien representan.

¡Cómo late mi pecho al considerar una legión de sacerdotes realizando estos ideales de mi Corazón! ¡Si son otros Yo, mi Padre los escuchará complacido y les sonreirá, porque en ellos me verá a Mí; y en vez de hacer ellos la voluntad de Dios, Dios hará la suya, porque será una sola voluntad con la de El, un solo querer y amor en El!

¡Qué indispensable es que todos los sacerdotes tomen en serio su transformación en Mí en esta época del mundo en la que más que nunca deben parecérseme! ¡Qué necesaria es la unidad en ellos, formando un bloque de corazones puros, de manos cándidas que me levanten al cielo pidiendo misericordia!

¡Qué feliz sería mi Corazón si Méjico se distinguiera en esta falange de sacerdotes santos, en esta reacción universal que quiero para salvar al mundo que se hunde en el sensualismo! Basta ya de crucificarme doblemente en los altares por los corazones no limpios, no fervorosos, no sacrificados, no enamorados de la Trinidad y de la Iglesia de quienes son y a quienes pertenecen.

Quiero almas sacerdotales que detengan la ira del cielo sobre las naciones; éste será el único contrapeso a tánta maldad, al odio satánico a mi Iglesia y a mi Corazón, de tántas almas. Un núcleo de sacerdotes santos será capaz de transformar al mundo con su vida de unión Conmigo y con la pureza en sus corazones.

Tengo sed de pureza que es la que más asimila a Mí. Tengo sed de sacrificios para unirlos a los míos y ofrendarlos al Padre como incienso de expiación infinita. Quiero que mis sacerdotes olvidados de sí mismos, puros y víctimas, me ofrezcan y se ofrezcan por la salvación del mundo, por la regeneración de los sacerdotes caídos, por los sacrilegios en los que me veo diariamente envuelto.

Pido y clamo hoy a mis Obispos y sacerdotes un impulso de pureza, por María, para mi Iglesia pura, para gloria de la Trinidad virgen. ¡Pido pureza!... ¡Pido pureza!... ¿Me la podrán negar los corazones de los míos a quienes amo con la ternura de mil madres, con la candidez de un Dios?... Por mi Sangre, por su vocación sublime, por mis predilecciones sin nombre, les pido pureza y unidad en la Trinidad.

Les pido que aviven en sus almas su amor a mi Iglesia, y que la sostengan, y que la defiendan y amparen, y le den gloria con miles de almas puras. El pecado de impureza ha cundido espantosamente desgarrando mi Corazón; por eso clamo: ¡pureza! ¡pureza!... Y ¿a quién he de pedirla primero, sino a los míos en quienes tengo derechos de amor y de predilección?

¡Que me consuelen con sacerdotes santos!...

Que me los pidan y que me los den sacrificándose para comprarles gracias en unión del Verbo; gracias y virtudes y dones, que, aunque los dones se dan, el terreno se prepara con virtudes para recibirlos"

XL

FECUNDIDAD DE LA VIRGINIDAD

"Insisto en la pureza de los sacerdotes, en la virginidad en las almas y en los cuerpos sacerdotales.

La Trinidad por virgen es más fecunda, y éste es uno de los misterios más altos de la Trinidad: **la fecundidad en la unidad.** Porque el Padre, virgen, es fecundo en Sí mismo, y con tal potencia divina, creadora, santificadora, que al engendrar al Verbo, en todo igual a El, en ese instante feliz y eterno, procedió de ambas Personas divinas el Espíritu Santo, santificador por lo que tiene del Padre y del Verbo, que es al mismo tiempo el Espíritu del Padre y del Hijo, su Soplo amoroso, el lazo perenne de amor que los une eternamente en aquella unidad de esencia que produce y reproduce mundos y almas y seres que lo alaben, y reflejen **su procedencia,** que es en sustancia y esencia **el amor.**

El amor es la esencia y la felicidad de Dios; pero amor UNO, con flujo y reflujo en las tres Personas vírgenes en su unidad y múltiples en sus irradiaciones infinitas, que salen de la unidad —como miles de rayos del Sol de la pureza y de la virginidad— de la Trinidad Santísima, y que vuelven al mismo Sol de donde partieron. Reflejos cándidos, esplendores nítidos de una Pureza-amor, de un amor infinito de infinita pureza.

Por eso la pureza refleja a Dios, la virginidad asemeja a Dios, que al reflejarse en las almas vírgenes, en las almas cándidas y puras,

atraen (como el imán al acero) las cualidades de Dios, el atributo de su fecundidad espiritual y divina. Y este efecto que se produce felizmente en cualquier alma virgen, con más razón y derecho se comunica a las almas vírgenes de los sacerdotes, a las almas puras de los que son míos.

La virginidad no se recupera una vez perdida, pero la suple la Trinidad en los suyos por la castidad y transformación en Mí; esta transformación tan pedida por Mí en estas confidencias, si no hace que recuperen la virginidad perdida, sí los asemeja a ella, por la castidad y la unión divina que le comunica la Trinidad-Virgen, por su contacto purísimo con lo divino de mi esencia y por gracia del Espíritu Santo.

Claro está que las almas de los sacerdotes que no han perdido la virginidad, esa fecundidad que comunica Dios a las almas vírgenes es más espontánea; pero para consuelo de muchos, la suplen, como dije, los grados más o menos elevados y similares de su tranfsormación en Mí. Ese contacto constante con la Trinidad-Virgen, que tiene y debe tener el sacerdote, lo blanquea, lo purifica, lo sublima, lo une íntimamente con la pureza misma, lo angeliza y lo lava y lo pule para la unidad en la Trinidad.

Por ese ser eterno de la virginidad en la Trinidad, pido la pureza en mis sacerdotes, engendrados en el seno mismo del Padre donde Yo fui eternamente engendrado con la fecundidad divina, con la potencia infinita del Santo, del Puro, del Inmaculado Amor.

Por esto mismo los sacerdotes, distinguidos entre los mortales por este noble origen, tienen

la más que sagrada obligación de ser no tan sólo castos, sino puros; vírgenes reales, o puros por su transformación en el que es Luz de Luz y eterno foco de inmarcesible blancura.

De todos modos, tienen los sacerdotes el deber de reflejar al Padre virgen para poder cumplir con su purísima y sagrada misión de engendrar, a su vez, almas santas para el Santo de los santos, almas puras, nacidas y criadas al reflejo de la pureza.

Deben asemejarse, por su transformación en Mí, al Verbo hecho hombre todo pureza, todo pureza en sus dos naturalezas; y esta transformación en Mí es la que precisamente les acarrea la mirada amorosa y fecunda de mi Padre, que, al mirarlos —complacido y sonriente, por lo que de Mí tienen en su transformación más o menos perfecta— les comunica una de sus cualidades propias, la **fecundación divina, para producir** en las almas lo divino y para que le den en ellas gloria como El la quiere, gloria de pureza.

Este es el secreto del apostolado fecundo de los sacerdotes, su transformación en Mí, que le merece la fecundidad del Padre comunicada para el fruto de ese apostolado.

Un sacerdote que no tiene la mirada del Padre, que no recibe la fecundidad del Padre, que no es virgen, ni puro —ya por no haber conservado intacta esa pureza, ya por no haberla comprado en cierto sentido, por su transformación en Mí—, no dará fruto de vida eterna, y su contacto con las almas será estéril y su palabra

infecunda, y su cosecha vana y nula, y de ningún valor para el cielo.

Ya se ve si es cosa seria eso de que los sacerdotes sean **otros Yo** en su transformación en Mí puro, en Mí luz, en Mí candor, en Mí víctima; que si soy acepto al Padre en cuanto hombre, es por mi inmaculada blancura, es por mi dolor inocente, es por mis méritos sin mancha, por mi unión virgen con la Trinidad-Virgen.

En María Virgen, en la Iglesia Virgen y en las almas vírgenes tiene sus delicias toda la Trinidad, y el cielo entero las mira con amor.

Y el Espíritu Santo también es Virgen, ¡cómo no! ¡si es en su unidad con la Trinidad la fecundidad eterna del amor! Por eso tiene El que ver tánto con el sacerdote, por su fecundidad virgen en la gracia y en el amor. Las expresiones todas al consagrar al sacerdote y al Obispo, todas son de unión, de unción, de pureza y de amor, todas simbolizan la fecundidad del amor, la unidad en la Trinidad del amor.

Y si deben tánto al Espíritu Santo los sacerdotes, ellos también deben transformarse en Mí, poseer plenamente al Espíritu mío que los anime, y les dé vida divina y fecunda, que los purifique y santifique con el caudal de sus Dones y Frutos, y que por ese contacto íntimo con el Divino Espíritu posean pureza, trasciendan pureza esparzan pureza, comuniquen pureza a las almas derramando en ellas el reflejo de la virginidad de la Trinidad, unificándolas por la pureza en la unidad. Allá va a parar toda la perfección divina y humana; a esa **unidad-pureza, unidad-luz, unidad-amor,** que todo lo abraza, que to-

do lo abarca, que todo lo fecunda y que es, en su virginidad infinita, el eterno foco de toda vida".

XLI

LA SOMBRA DEL PADRE

"La fecundidad del Padre es de tal potencia y naturaleza divina que bastó su Sombra para engendrar en Sí mismo al Verbo en todo igual a El, con todas sus infinitas perfecciones; las cuales comunicó también al Espíritu Santo, que procede del Padre y del Verbo. Por esto mismo bastó en María la fecunda Sombra del Espíritu Santo, fecundidad que procedía del Padre Virgen, para engendrar en María al Verbo hecho hombre, Virgen también en sus dos naturalezas, divina y humana. Esa Sombra creadora del Padre, reflejándose en Sí mismo, engendró a la Iglesia y a sus sacerdotes eternamente, y les comunicó lo que es El, divinidad, fecundidad y caridad sin límites.

Esa misma Sombra fecunda del Padre se extiende a los altares para multiplicar (sin salir de su unidad fecunda) al Verbo humanado, en cada hostia y partícula consagrada. Lo multiplica, digo, en su unidad —no la sustancia divina, **una**, ni las naturalezas divina y humana encerradas en la unidad— sino las especies que, fecundadas en su principio por el Padre y transformada su sustancia por el poder conferido al sacerdote en las palabras de la transubstanciación, encierran vivo y latente en la Eucaristía, mi Cuerpo, mi Sangre, mi Alma y mi Divinidad, una con la del Padre y la del Espíritu Santo.

Pero todo lo que existe y existirá viene y procede de la fecundidad infinita del Padre Virgen, de su unidad en la Trinidad Virgen, eterna y sin principio.

Dios es por Sí mismo Dios, y siente en Sí mismo como la necesidad, en su naturaleza divina, de darse y comunicarse; desde luego a las divinas Personas en una sola esencia, y de difundirse luego en las creaciones del orden natural y sobrenatural. Su primer pensamiento, por decirlo así, su primera Sombra, la proyectó en Sí mismo, engendrando al Verbo, y en su Verbo a todas las cosas creadas o por crear. En el Verbo tiene sus delicias, su recreo, su complacencia; su todo; y si ama el Padre a los hombres, es por su Verbo; y si ama a la Iglesia, a los sacerdotes y a todas las almas, es por su Verbo, es por la Sombra fecunda de El mismo; porque en el Verbo y el Espíritu Santo se mira El.

¿Quién piensa en la fecunda Sombra del Padre engendrando eterna y constantemente a su Verbo, y en El y por El, almas y vidas, en el orden divino y humano, en la unidad fecunda de la Trinidad? ¿Quién agradece esa Sombra fecunda que produce gracia y que comunica los méritos de su Cristo para salvación de las almas y para más cielo?

Basta la Sombra divina y fecunda del Padre para producir cielo; basta un solo querer del Padre para herir con la gracia fecunda de su Poder infinito almas y corazones, no sólo por la potencia fecunda de que está llena su mirada, sino porque en Dios su Sombra es divina, su mi-

rada es divina, su Ser es divino, uno con la Trinidad.

El Padre con su Potencia infinita no puede, por decirlo así, estar ocioso o sin difundirse; ya en Sí mismo, en su unidad en la Trinidad; ya en las almas por su Iglesia por el Espíritu Santo en ella.

Quiero que mis sacerdotes tengan en cuenta esta Sombra fecunda del Padre que los envuelve desde la eternidad, para comunicarles el germen santo de la fecundidad santa y virginal de la Trinidad. En Dios todo es Dios y su Sombra no refleja a Dios, sino que es El mismo, en razón de su unidad; porque la sombra es algo de uno mismo; y en Dios todo lo que procede de El no lleva algo de El, sino que es El.

Y si los sacerdotes los ha envuelto en su Sombra de toda la eternidad, tienen que reproducirlo en sí mismos, recibiendo lo divino, divinizándose. Que piensen en esta Sombra bendita que les alcanza más que a otras almas; que aunque es Sombra, es Sombra de luz, es pureza, es candidez, es divina fecundidad; que esa Sombra es Dios, que los ama con toda la ternura del Espíritu Santo y que siempre los mira. Que no manchen esa Sombra bendita de luz; que no contristen esa mirada divina que debe siempre complacerse en ellos, que busca amorosa en todos sus Obispos y sacerdotes la transformación en Mí para derramarles el Espíritu Santo, y con El los dones y las gracias para su santificación y la de muchas almas.

Que piensen los sacerdotes en esa mirada fecunda del Padre que los distingue; que agra-

dezcan esa Sombra del Padre que los envuelve, no sólo en su imagen santísima, sino en Dios mismo. Que no rasguen ese velo de amor divino que los envuelve; que vivan a la sombra de esa Sombra del Espíritu Santo que aleja a Satanás y que los eleva de lo terreno a lo divino.

En cada sacerdote se proyecta la Sombra creadora y santificadora del Padre por medio del Espíritu Santo. En cada sacerdote se posa la mirada del Padre queriendo absorber en El todas las miradas del sacerdote, puras, todo su ser santificado y transformado en Mí.

Esa misma Sombra que hizo a María concebir al Verbo hecho carne en sus purísimas entrañas, envuelve al Sacerdote en cada Misa en la que renueva la Encarnación del Verbo, su pasión y muerte. Y muchos sacerdotes no se dan cuenta de esa Sombra divina del Padre que desciende sobre ellos en cada Misa; esa Sombra de luz del que es Luz con la que, fecundando las especies, hace germinar en cada hostia al Verbo divino Encarnado.

Que piensen en esa Sombra fecunda de pureza, de luz, de divinidad, de blancura, de cielo, en la que viven los sacerdotes al consagrar, envueltos en esplendores de cielo. Con estos pensamientos que son una realidad feliz, los sacerdotes se enfervorizarán al ver cómo toda la Trinidad en su unidad los distingue y se les comunica. Y ellos tienen el sagrado deber de recibir, humillados y agradecidos, estas gracias de infinita predilección, de santa fecundidad que deben derivarse de ellos a las almas, y no dejar estériles estos reflejos del Padre en donde está el mismo Dios.

Las encarnaciones místicas vienen también de esta Sombra divina, tan poco meditada y agradecida; de la mirada fecunda del Padre que, al posarse de esa manera sacerdotal en el alma, comunica a su Verbo —lo único que El puede comunicar— por ser con El una sola Divinidad.

Como en María se vale, por decirlo así, del Espíritu Santo; pero la Sombra que proyecta el Espíritu Santo en el alma es la Sombra del Padre, Sombra de Luz, de Sabiduría, de Pureza; Sombra fecunda que engendra al Verbo, en cierta manera, en las almas; que refleja, para complacencia del Padre, la Encarnación en María; que reproduce, en cierto modo, el Misterio deleitable para el Padre de la Encarnación real en María. Ama tánto el Padre este Misterio de amor que le encanta reflejarlo, realizarlo místicamente en algunas almas, aunque pocas, para recrearse en él y para bien de muchos! Hace con esto un canal de gracias para el mundo, al comunicar fecundidad purísima que engendra almas para el cielo.

Los sacerdotes reciben en las Misas, como dije, esta gracia de la fecundidad del Padre, y por eso las Misas tienen valor infinito, porque baja el Verbo al Altar y transforma al sacerdote en Mí mismo; por eso lo mira el Padre, le sonríe el Padre, lo envuelve el Padre con su luminosa Sombra fecunda que produce al Verbo; por eso concede gracias, y también **por eso mismo**, el Padre es ofendido vilísimamente —y por Mí mismo, en cuanto que el sacerdote está transformado en Mí— y casi infinitamente, cuando

consagra un sacerdote indigno de ser envuelto en aquella Sombra, de ser mirado con complacencia divina, obligándome a Mí mismo, UNO con el Padre, ¡a ofender al Padre!...
¡Crimen es éste que sólo la gran misericordia de Dios perdona; ofensa es ésta que sólo Yo, el Cordero inmaculado, puedo redimir y borrar!

Que piensen, que se penetren seriamente y profundamente mis sacerdotes de estos pensamientos de la Sombra del Padre, de la mirada del Padre, de la Sombra del Espíritu Santo por el Padre; de la ternura incomparable de la Trinidad. Y que los culpables se arrepientan, y que los buenos se enfervoricen para su bien, para el bien de mi Iglesia y para la gloria de mi Padre, que no puede darles más, porque les ha dado a Mí mismo, su Verbo, por el Espíritu Santo.

Ya no más pecados ni ingratitudes en los míos; que reaccionen, si me aman, y que sean por fin una cosa Conmigo en la unidad de la Trinidad".

XLII

DISIPACION

"Mas para que mis sacerdotes se penetren e impregnen de estas verdades sublimes en las que ellos tienen tánta parte, necesitan imprescindiblemente de una vida de interior recogimiento. Muchos de los males que lamento en mis sacerdotes vienen de la disipación culpable, interior y aun exterior, en la que viven. El re-

cogimiento interior, sobre todo, es el eje en donde su vida espiritual debe girar y desarrollarse. Hay que hacerse violencia y procurar a toda costa este recogimiento en el sacerdote.

¿Cómo conmoverse con mis múltiples predilecciones, con los especiales carismas con que ha sido envuelto desde la eternidad, si no los penetra para agradecerlos? Muchos de los males que lamento en mis sacerdotes vienen, repito, de la falta de recogimiento, del descuido de sus almas, del poco aprecio que tienen a su vocación sacerdotal, del desconocimiento de sus íntimos deberes con la Santísima Trinidad y de la ligereza de su vida.

Muchos sacerdotes toman su vocación y creen llenar los fines de ella ocupando su tiempo en obras exteriores, y descuidan lo principal para Mí, que es su vida interior de unión con el Espíritu Santo, la meditación continua de mi vida y doctrina y el calcarme en sus almas, imitándome por su transformación en Mí, crucificado voluntariamente por amor.

¿Cómo comunicármeles, si no se prestan, si viven engolfados en las cosas exteriores? ¿Cómo dar a su apostolado en las almas el germen divino que las fecunde, si no lo **tienen,** ni lo **piden,** ni sienten **necesitarlo?** No; un sacerdote tiene que vivir en la tierra, no vida natural, sino divina, para cumplir su misión toda divina y sobrenatural. Y el manantial de esa vida soy Yo, es el Espíritu Santo a quien pocas veces invocan con el corazón, aunque muchas con los labios.

¿Hasta cuándo llegará para mi consuelo —que es la gloria del Padre—, esa falange de

sacerdotes según el ideal que he descrito, según los deseos de mi Padre y los ardientes anhelos de mi Corazón? El mundo ha entrado de muchos modos, pianísimamente, solapadamente, en el campo divino de mi Iglesia, en el corazón de muchos de los que se llaman míos y que no lo son sino de nombre; todo es exterior en ellos, todo superficial: vida, maneras, pensamientos, deseos, aspiraciones, etc.; todo bajo, todo de la tierra con miras humanas y sin ese fondo divino y sin esa elevación de sentimientos que deben formar el todo en las almas sacerdotales.

Que sepan cómo la falta de vida interior, de alejamiento del mundo y de recogimiento es la causa de su frialdad en mi servicio; de la pereza en lo que atañe a las almas, de la tibieza en sus intenciones y de cosas que pasan **más allá** —y que sólo Yo veo,—, que resfrían y debilitan sus fuerzas para resistir las tentaciones.

El infierno ha hecho en estos tiempos un gran esfuerzo para perder a las almas y tentar además de mil modos y en mil formas la fidelidad de los sacerdotes. Son hombres, y si no están blindados con la corteza de la vida interior, del recogimiento y de la vida íntima de unión Conmigo y con María, el mundo, el demonio y la carne los arrollarán en su corriente que va a desembocar en el infierno...

Por eso más que nunca la Iglesia también debe ponerse en guardia y los sacerdotes redoblar su vigilancia en sí mismos y asirse fuertemente del Espíritu Santo por una más intensa vida interior que los una a Mí, que los identifique en la unidad de la Trinidad.

El infierno embestirá todavía con más fuerza por la sensualidad y el deleite; esgrimirá armas conocidas y desconocidas contra mi Iglesia y sus sacerdotes; por eso pido que se preparen a la lucha con más pureza de vida, con más recogimiento y vida interior en sus almas, con más ocultamiento y estudio, con más celo de mi gloria, el cual se alcanza con la propia santificación y transformación en Mí.

Vendrán épocas peores para la Iglesia, y por esto quiero y pido santos sacerdotes y Obispos que la defiendan. La corriente impetuosa del infierno viene terrible para arrastrar a las almas débiles en su fe, y por esto clamo con estas confidencias dando el ¡alerta! a mis sacerdotes para que, transformados en Mí y formando más que nunca esa unidad en la Trinidad, resistan, rechacen y santificándose santifiquen, y salvándose salven.

Los enemigos se multiplican, las emboscadas contra la religión y mi Iglesia abundan, el infierno con sus malignas sectas se prepara a un gran golpe. Por eso los míos deben también esforzarse y con el arma de la Cruz y con el Espíritu Santo y con María, vencer. Pero necesitan ser **otros Yo,** para rechazar con mi Evangelio de paz las poderosas embestidas del enemigo".

XLIII

ENVIDIAS

"Otro de los puntos capitales por su extensión en los que me veo ofendido por muchos de mis sacerdotes es el de **la envidia** a sus compa-

ñeros de Altar, o sea a otros sacerdotes sus hermanos.

Hay envidias en los púlpitos, en los confesonarios, en las amistades con la gente alta, en las preferencias de los Obispos y superiores, en los puestos, en las jerarquías que creen merecer, en los estudios, en los talentos, en las Congregaciones, en los cariños o afectos, etc., etc.

Este punto es muy común, porque los sacerdotes son hombres, tienen pasiones de hombres, andan en la tierra y el polvo se les pega; pero por su ser de sacerdotes y por ser almas escogidas y vasos de elección, deben vivir en la tierra con vida de cielo, deben alejar de sí esas pasiones rastreras y no dejar que se enseñoreen de sus corazones, porque perderán la paz y los envolverán en mil pasiones más, que se irán encadenando hasta arrastrarlos a terribles males.

¡Esas envidias entre sí de los que se llaman míos son de consecuencias incalculables y de daños cuántas veces irreparables, que llegan a ofenderme gravísimamente! Muy delicado es este vicio en los que me sirven, y mi Iglesia resiente sus estragos, y los Obispos sufren con estas disensiones, y los fieles se escandalizan, y Yo soy ofendido.

¡Cómo quisiera Yo, manso y humilde, que los míos tuvieran mucho cuidado de cortar las envidias entre sí con el contrapeso de la verdadera humildad y con el suave y dulce trabajo de su transformación en Mí! ¿Qué importa que unos sacerdotes tengan más talento, más simpatías y que brillen más que otros? La verdade-

ra grandeza, para Mí, no está en lo que brilla. en lo que pasa, en lo que se ve, en lo humano. sino en el secreto escondido de un corazón puro, humilde y amoroso. No me pago Yo de ruidosas victorias y mi mayor gloria no consiste en la conmoción de las multitudes, sino en la santidad y perfección del interior de las almas.

Dueño yo de repartir mis talentos a quien me plazca, pero será mi consuelo el sacerdote puro, el sacerdote humilde, el sacerdote apóstol que no busca su gloria ni los aplausos, sino mi gloria en sus sacrificios ocultos, en sus abnegaciones silenciosas, en su caridad para con los demás sacerdotes, teniéndose siempre en menos que ellos y respetándolos y alabándolos y **amándolos** en la sinceridad de su corazón.

En este punto hay muchos descalabros que lastiman a mi Iglesia y a mi Corazón; es un punto muy doloroso que me contrista y que ardientemente deseo que se remedie.

¡Cuántas murmuraciones, cuántas malas voluntades, cuántos odios, escándalos, quejas e injusticias se registran en este punto de las envidias entre los míos! ¡Cuántos celos, rencillas y acusaciones exteriores y cuántas amarguras y soberbias y odios interiores despierta este vicio que llega a pasión y ofusca!

¡Satanás siembra esta cizaña en muchos corazones y para él no hay dignidades ni jerarquías que respete su infernal astucia! Siembra la ponzoña de la envidia en altos y bajos y en todas las escalas eclesiásticas, y se goza en cosechar abundantes y variados frutos, y va siempre a su punto capital, la caridad, y mancha hon-

ras, abulta faltas, envenena las rectas intenciones, exagera los juicios; y todo esto tiene por causa las envidias y los celos, que se goza en meter hasta en el Santuario.

¡Cuánto ganaría mi Iglesia si esto se corrigiera en los míos, sacerdotes y Comunidades! ¡Cuánta gloria le quita a la Trinidad esa basura que parece de poca monta y que llega a cosas graves que sólo Yo veo y lamento en el silencio de mis Sagrarios!

Si mis sacerdotes se ocuparan en su transformación en Mí, se acabaría esto y brillaría en ellos mi caridad como radiante sol,disipando las tinieblas en las que Satanás oculta sus perversas mañas e intenciones.

¡Qué más da que algunos me den más gloria —o así lo parezca— en algunas Asociaciones u obras que en otras?

Si todos mis sacerdotes forman un mismo Cuerpo cuya Cabeza soy Yo, con una sola alma que es el Espíritu Santo, ¿qué más debe darles ser pies o manos de ese cuerpo místico, si todo es UNO en mi unidad, si todo sirve a un mismo fin de distintos grados? Si todos forman una sola cruz, si son astillas de esa cruz, ¿qué más les da estar arriba o abajo, si todos son MI CRUZ?

Por eso insisto en la unidad de ellos entre sí, fundidos en la Trinidad; por eso señalo estos puntos dolorosos que me contristan, para que se quiten, se quemen y consuman en el amor, en el divino fuego del Espíritu Santo que es caridad.

Quiero a mis Obispos y a mis sacerdotes muy puros, muy luminosos, sin mácula que los afee ante mis ojos. Viven en la tierra y tienen su parte de tierra, y tiene que llegarles el polvo de las miserias de la tierra; pero me tienen a Mí y a María, más unidos a ellos que a las demás criaturas; se transforman diariamente en Mí, en el sacrificio de la Misa; andan en contacto casi continuo con la Trinidad, en el ejercicio de su ministerio; me tocan en muchas almas; me tienen presente en sus oraciones, breviario y deberes sacerdotales; y todo esto los cubre, los ayuda y los eleva sobre las mil pasiones terrenas.

Y si, como deben, tienen vida interior de unión Conmigo y trato íntimo en su oración, parece un contrasentido que con estas armas poderosas, que con estos escudos que los blindan, den cabida a esas miserias que pueden llegar y llegan a pecados y que detienen las gracias para sus almas.

XLIV

VIRTUDES TEOLOGALES

"El Padre constantemente está engendrando a su Verbo en Sí mismo y obrando el misterio de la Trinidad, porque en El nada hay pasado, sino todo **presente**; y eternamente está complaciéndose en Sí mismo, en su unidad de la Trinidad. Todo lo quiere atraer a esa unidad; para esto formó a su Iglesia **única**, en donde todas las almas deben formar una unidad con el Ver-

bo, por el Espíritu Santo; y la misión del sacerdote consiste en traer a las almas a esa unidad. ¡Con cuánta mayor razón deben formar los sacerdotes mismos esa unidad en la Trinidad!

Dios produce Dios, no dioses, por su unidad; y en todas las cosas creadas y por crear está El presente, entero, cabal sin repartición ni disminución. Todo El es un **conjunto- unidad,** sin partes y tan entero está en un punto creado, como llenando los espacios infinitos de su unidad y de lo creado para su gloria.

Dios no puede producir más que Dios; y su reflejo es Dios; y en las creaciones está Dios que todo lo llena, que en todo se difunde, que sin salir de su unidad, se dilata en inmensidades infinitas; dándose siempre, multiplicándose en su unidad, que es el mayor misterio de la Trinidad; en llenarlo todo con su presencia que es **El mismo,** en envolverlo todo, en producirlo todo, en dar vida y ser a todo, con una sola voluntad y querer de las tres Personas en la unidad de su esencia.

Lo mismo está en el cielo que en el infierno; lo mismo llena un átomo con **toda** su inmensidad, como mundos y almas y creaciones; sin salir de Sí mismo, saliendo; sin moverse, moviéndose en la inmutabilidad de su Ser, sabiéndolo todo y teniendo presente todo, sin pasado ni futuro; concentrándolo todo y a Sí mismo también en un solo punto infinito de su Sabiduría, Fecundidad, Poder y de su Ser de amor **único.**

Todo lo que es y lo que produce Dios es **amor,** porque el amor es la sustancia de su Ser;

y el amor es fecundidad, y el amor es bondad, es caridad, lo es todo. El amor es Dios, es Dios unidad con sustancia de amor; ese amor es el Espíritu Santo en la Trinidad.

¿Qué el haber venido la Divinidad a la tierra a vestirse el Verbo de humanidad no es amor? Si Yo, la segunda Persona divina, tomé carne en María fue por amor, para atraer la carne a la Divinidad, divinizada, purificada. Y si establecí mi Iglesia, comprada con la Sangre divina de un Dios-hombre, fue por amor a mi Padre y a las almas, fue para llevar a la Divinidad lo que las almas tienen de divino. Y si los cuerpos en la resurrección irán al cielo, será porque en mi Cuerpo purifiqué la carne y compré su glorificación con la pureza y con la Sangre del mío.

¡Cuánto debe el hombre a las divinas Personas y qué poco piensa en agradecer los favores y el amor infinito de todo un Dios! ¡Cómo todos los cristianos, pero especialmente los sacerdotes, debieran vivir y respirar las virtudes teologales, su savia divina, sin las cuales no hay salvación! ¡En muy poco se estiman, y menos se practican estas virtudes, cimiento y vida de la Iglesia y pase para el cielo!

¡Cómo deben los sacerdotes predicar sobre la **fe** y practicarla! ¡En qué valor deben tener y hacer apreciar la virtud de la **esperanza,** que es **la virtud del dolor,** que tánto amo! ¡Y con qué ardor y con cuánto fuego y constancia incansable deben infundir **la caridad,** reina de todas las virtudes, enamorando a las almas del Amor, impregnándolas de amor, que es impregnarlas de Dios mismo!

¡Pero mis sacerdotes para **dar**, tienen que **recibir**, que **abrirse** a la acción de Dios, que ser dignos receptáculos de los tesoros del cielo y que vivir de María, transformados en Mí!

Es mi voluntad que se haga hincapié en mis sacerdotes sobre el constante ejercicio de las virtudes teologales; por descuidarlas languidecen las almas de los sacerdotes; por no actuarse en ellas, se entibian, se humanizan; por no extender su reinado en las almas, se pierden muchas, desesperadas y muertas a la gracia.

Hermosas e indispensables como ningunas otras son las virtudes teologales, que simbolizan a las tres divinas Personas. Al Padre en la fe, al Hijo en la esperanza y al Espíritu Santo en la caridad. Y tienen esas virtudes tal trabazón y unión, por venir de la unidad en la Trinidad, que quien ejercite y posea una, las tiene todas.

Mucha falta hace en el mundo la práctica de estas virtudes, y con tristeza en mi Corazón digo que también faltan en muchos de mis sacerdotes. Que se corrija este defecto tan capital y arda y luzca la **fe**, como radiante faro; que no languidezca la **esperanza** en los míos, humanizados; y que la **caridad** los una a Mí, los una **entre sí**, a mis Obispos, sacerdotes y almas, para su unificación y salvación.

Muchos sacerdotes se preocupan en difundir en las almas la práctica de otras virtudes y descuidan las principales que son las teologales, fuente de todas las otras y las que les dan la vida y los méritos para el cielo. Mucho recomiendo este punto descuidado en muchos sacerdotes que se impone, hoy más que nunca, en las al-

mas desorientadas por los vicios y falsas doctrinas y humanizadas en grado extremo por la vida animal y natural, sin que divinicen sus actos, sin que se eleven de la tierra, sin que sobrenaturalicen su vida, sin que piensen en una eternidad que les espera, sin que teman los eternos castigos, y sobre todo, sin que me amen a Mí, que vine al mundo sólo con el fin de unir a todos en la unidad de la Trinidad por el Espíritu Santo, es decir, **por el Amor"**

XLV

LIMPIEZA DEL ALMA

"Para llevar a cabo mis planes de santificación personal, mis sacerdotes deben, ante todo, conservar a todo trance la pureza de sus almas, base y fundamento sobre el cual deben comenzar su transformación en Mí.

La pureza es la que más asemeja a su Jesús y la que refleja a Dios en las almas. Por tanto, y como medio principal para esta pureza, los sacerdotes no deben descuidar jamás la frecuente confesión de sus culpas, para lavarse en el sacramento de la penitencia. Hay descuido en muchos sobre el particular y dejan pasar mucho tiempo —a veces considerable—, sin recurrir a esta saludable humillación que purifica.

Cuántas veces el respeto humano y la falta de humildad impiden este acto de suprema importancia para el sacerdote, y cómo Satanás se vale de estos medios para impedir la pureza en las almas de mis sacerdotes que deben estar

siempre tersas y sin mácula para reflejar a Dios en ellas. Elemento principal es éste para su transformación en Mí, purísimo de cuerpo y alma, transparente y divino, que refleja a la Trinidad en la limpidez candidísima y luminosa de mi Corazón de hombre.

¡Cuánto insisto en la pureza de mis sacerdotes! Porque la Trinidad no se refleja sino en el cristal sin mancha de una conciencia y de un alma pura. La basura lastima sus miradas, el pecado las rechaza y sólo la pureza las atrae, porque **Dios es pureza.**

Y si pido al común de las almas la limpieza de corazón para comunicármeles, ¡cuánto más la querré de mis sacerdotes, que no por ser sacerdotes dejan de ser tierra y de andar entre la tierra!

Deben también mis sacerdotes, si quieren santificarse, tomar y tener un director santo. Nada más fácil en mis sacerdotes que acostumbrarse a mandar, que el sentirse superiores a los fieles; y si es cierto esto, por la dignidad sacerdotal que llevan consigo, también lo es que deben depender de otro, si quieren adelantar en su santificación. ¿No envié acaso a San Pablo con Ananías para que de él recibiera instrucciones? Este es un acto de dependencia y de humildad muy útil en los míos y que Yo me complazco en bendecir.

Y si en estas confidencias he querido tratar de la regeneración y santificación de mis sacerdotes, éste es un punto útil en gran manera (el que tengan un director) y en muchos casos indispensable, para la santificación de las almas

sacerdotales. Nadie más a propósito para mandar que el que obedece, nadie mejor para dirigir a las almas que el que es dirigido.

Todo va encaminado a realizar mi fin en ellos, a su transformación en Mí, a quitar los elementos que la impiden, y a **unificarlos en la unidad de la Trinidad,** para la que fueron engendrados en el seno del Padre, creados y ordenados para mi servicio con la unción y la acción divina del Espíritu Santo.

Yo acudo siempre a tiempo y oportunamente en las épocas del mundo a favorecer a mi Iglesia militante; y ahora, **en los momentos presentes,** necesitan esta reacción divina mis sacerdotes para resistir los embates del enemigo, para rechazar al mundo que se ha introducido hasta el santuario, para prevenir males, para consolar a mi Corazón y dar gloria a mi Padre, para purificar y santificar más y más los elementos de mi Iglesia amada.

Vendrán épocas peores para mi Iglesia, y ésta necesita de sacerdotes y ministros santos que la hagan triunfar de sus enemigos, no con cañones, sino con virtudes; no esgrimiendo venganzas ni rencores, sino con el Evangelio de paz, de perdón y de caridad; con mi doctrina de amor que vencerá al mundo, cumpliendo con ello mis promesas de que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.

Pero necesito un ejército de santos sacerdotes transformados en Mí que respiren virtudes y atraigan a las almas con el suave olor de Jesucristo. Necesito **otros Yo en la tierra,** formando **un solo Yo** en mi Iglesia por su uni-

dad de miras, de intenciones y de ideales, formando un solo Cuerpo místico Conmigo, un solo querer con la voluntad de mi Padre, una sola alma con el Espíritu Santo, una unidad con la Trinidad por **deber**, por **justicia** y por **amor**.

Sólo esta unidad hará la fuerza, sólo esta unidad rechazará al infierno, sólo mi Iglesia única salvará a las almas, sólo en esta unidad —que tanto pido en estas confidencias— tendrá gloria la Trinidad y su triunfo la Iglesia de Dios.

El Espíritu Santo, y María salvarán a Méjico y al mundo entero.

Que se activen en pedir día y noche y en sacrificarse por alcanzar esta reacción poderosa de los sacerdotes tan necesaria en estos tiempos, tan indispensable para el futuro, tan del agrado de mi Padre, y proporcionen así un gran consuelo a mi Corazón".

XLVI

VANIDAD

"Otro de los grandes defectos que pierden a mis sacerdotes, o a lo menos les impide la perfección, es la **vanidad** y la sed de vanagloria y los respetos humanos.

Este vicio cuando se inicia en el alma del sacerdote debe cortarlo de raíz, porque si llega a enseñorearse de él y a poseerlo, lo aleja de la vida interior o espiritual —que debe ser donde gravite su existencia—, lo rebaja a las cosas de la tierra y a deleitarse en ellas. Entonces se en-

tristece cuando le faltan las alabanzas humanas y sólo goza cuando se ve envuelto en ellas.

¡Cómo le hacen falta y llegan a ser estas alabanzas su elemento y su vida— Si no las tiene, las busca con mil pretextos, y a veces descaradamente; y llega a tal grado este vicio y odioso defecto en su alma, que si no encuentra las alabanzas, las finge en su entendimiento y en su corazón, y se complace imaginariamente en sus efectos.

Se enorgullece el sacerdote que tiene el vicio de la vanidad, de su persona, de su figura, de su talento, de su trato social, de sus maneras, de sus sermones, de sus direcciones, etc., etc.; se forma, con la poderosa ayuda de Satanás que lo atiza, su incienso íntimo, que, al complacerlo, entenebrece para él el campo de las virtudes y la humildad en el propio conocimiento que debe envolverlo.

¡Cuántos sacerdotes pasan la vida incensándose a sí mismos y buscando y complaciéndose en las adulaciones mundanas y espirituales! ¡Cuánto tiempo pierden muchos de los míos, haciéndose a sí mismos sus panegíricos y echando redes para ser ensalzados! ¡Cuánto humo, cuánta vanidad que no deja en las almas sino negrura, sofocación y desaliento para las sólidas virtudes y abnegaciones que el ministerio sacerdotal necesita y exige! ¡y cómo Satanás, entonces, se aprovecha para meter en las almas sacerdotales el cansancio, el fastidio, la tibieza, el desaliento y tentaciones mayores que sólo Yo veo y que llegan a precipitar en insondables abismos!

¡Cuántas veces comienza la vanidad por lo poco y acaba por minar la sagrada e incomparable vocación sacerdotal! ¡Hasta allá alcanza la astucia de Satanás que pone suavísimamente el anzuelo para pescar los corazones y hundirlos en el infierno!

La vanidad nace de la soberbia: es el ser mismo de Satanás que se goza en comunicar e infiltrar, sobre todo en el corazón de los míos. Los sacerdotes son, como he dicho, su más codiciado manjar; y por su semejanza Conmigo, el Sacerdote eterno, más se complace en perseguirlos, en introducirles el mundo con todos sus vicios y la carne con todas sus monstruosidades; y cualquier triunfo en ellos es un bofetón que quiere darme, y su conquista definitiva es para él como si me diera la muerte.

De ese grado y de esa magnitud es su infame malicia al **tocar**, al **poseer**, y al **arrancar** de mis brazos y de mi Corazón cada sacerdote. Mi Iglesia es su pesadilla constante, y sus mejores tiros los guarda para Ella, y su veneno más ponzoñoso lo guarda para los que la sirven, y sus triunfos más aplaudidos son las funestas victorias sobre las almas sacerdotales, esencia de mi Corazón, fibras de mi alma, en quienes mi Padre se complace y a quienes toda la Trinidad ha distinguido eternamente con singulares privilegios y escogidísimas gracias.

Por eso el infierno en un sacerdote réprobo no tiene comparación porque tampoco la tienen sus pecados y espantosas ingratitudes, cometidas con los abusos voluntarios de estupendas gracias despreciadas y pisoteadas. Y lo triste es

que se comienza a bajar por ese plano inclinado —que concluye en la desgracia eterna— con nimias pasiones de envidias, celos, vanaglorias, etc., que consentidas y alimentadas, toman vuelo y se agigantan, y envuelven a las almas de los sacerdotes, las cuales como ningunas otras deben estar siempre en guardia, y rechazar, luchar e impedir en sí mismos esas pasioncillas rastreras, y degollarlas sin piedad en sus principios. Deben tener muy en cuenta la más que astuta malicia de Satanás para ellos y sus terribles fines.

Y ¿cómo se blindan contra esas pasiones terrenas? Con la santa coraza de lo divino, **con su transformación en Mí**; con una vida sobrenatural que los eleve de la tierra; con su unidad en la Trinidad en la que Satanás se estrella y que es, para él, impenetrable. Ahí está el asilo del sacerdote: en su unión perfecta con el Dios perfectísimo, cuyo escalón es María, la eterna enemiga de Satanás y del infierno todo.

Que recurran a María mis sacerdotes y Obispos porque en el mundo nadie está exento de los ataques de mis enemigos y menos mis sacerdotes; y que por María, pasen a Mí; y por Mí al Padre en el Espíritu Santo. ¡Así llegarán a lo que tanto pido en ellos; a ese Puerto seguro que en estas confidencias les ha querido señalar mi amor eterno, singular y misericordioso; a la unidad que es su cielo en la tierra y que será su cielo en el cielo!

Que estos mis deseos lleguen a mis Pastores para que los utilicen en favor de los sacerdotes, mis hijos, y en sí mismos.

Que si señalo defectos, **no es para echarlos en cara** —que esto no lo sufre ni mi fineza ni mi caridad con los que más amo—, sino por el deseo vivo y ardiente de su perfección que en mi Corazón arde y que en estas confidencias santas ha querido desahogar en sus infinitos anhelos de hacer el bien"

XLVII

ESTE ES MI CUERPO... ESTA ES MI SANGRE...

"La transformación del sacerdote en Mí que se opera en la Misa debe continuarla él en su vida ordinaria, para que sea esta vida, interior y extraordinaria, espiritual y divina, en todas sus partes. Debe girar esta vida espiritual del sacerdote dentro del ciclo santo de la Trinidad, debe vivir en unión íntima y continuada con las divinas Personas, y recibir de Ellas la santidad para santificar, la fecundidad divina para engendrar en las almas lo santo, lo puro, lo perfecto y divino, y el amor al Espíritu Santo para fundarlas en la caridad y unificarlas en Dios mismo.

Con esta vida santa de pureza, unidos a la Pureza misma se harán mis sacerdotes dignos de Dios, que cuando mira, endiosa; se harán dignos de esa mirada pura, santa, y fecunda que cuando se posa en un alma la penetra y la santifica.

El Padre, al posar su mirada en el alma de los sacerdotes, lo hace por dos cosas, tiene dos

objetos: el darles a su Verbo y el buscar a su Verbo en ellos. Lo **da**, porque se da a Sí mismo con el Verbo y con el Espíritu Santo, una sola Divinidad con El; y lo **pide** en razón de **justicia**, que pide lo suyo, **lo único suyo**, que lleva en Sí a todas las cosas.

Busca al sacerdote en su Verbo y en su Verbo al sacerdote que debe estar divinizado y transformado por Jesucristo en Dios; y si no lo encuentra, se contrista; porque Yo, Cabeza de la Iglesia, no debo estar mutilado en el Cuerpo de la Iglesia, en sus sacerdotes; sino que todos sus sacerdotes deben estar en Mí y Yo en ellos, por una perfecta transformación que completa la unidad de la Iglesia en la Trinidad.

Cuando un sacerdote no está transformado en Mí o en vías de transformarse por sus esfuerzos continuados para lograrlo, estará en la Iglesia, pero en cierto sentido, segregado de la intimidad de la Iglesia, separado de su espíritu, del núcleo escogido de mi Iglesia. ¡Y cuántos sacerdotes hay que no piensan en esto, ni lo procuran, ni ponen de su parte un solo ápice para adquirirlo! Toman la dignidad incomparable del sacerdocio como una profesión material cualquiera; y ese no es el fin sublime y santo del sacerdocio, que consiste en LA TRANSFORMACION PERFECTA EN MI, POR EL AMOR Y POR LAS VIRTUDES.

El Espíritu Santo, por María, forma la esencia del sacerdote. El Espíritu Santo, enviado por el Padre, es el que engendra al Verbo en el sacerdote por la unción que de El recibe, por la fecundación del Padre que le comunica, por el

conocimiento del Padre por el Verbo, por el estudio y amor al Verbo que refleja al Padre, porque el que conoce al Verbo conoce al Padre y se enamora del Padre por el Espíritu Santo.

Y el fin de la Iglesia en su parte intrínseca es formar en la tierra UN SOLO SALVADOR DE LAS ALMAS, UN SOLO SACERDOTE EN EL SACERDOTE ETERNO, por la unión, parecido e identificación con El de todos sus Pontífices y sacerdotes; reproducir a Jesús, atraer por esto y con esto las miradas fecundas y cándidas del Padre, para divinizar ese Cuerpo místico que, si lo complace, es por lo que lleva de Mí mismo en sí.

Y así es que, individualmente, más mirará complacido el Padre al sacerdote que más se parezca a Mí. Pero quiere verlo transformado en Mí no tan sólo en la hora de la Misa, sino a **todas horas**; de tal manera que en cualquier sitio y a cualquier hora, pueda el sacerdote decir con verdad, en el interior de su alma, estas benditas palabras realizadas constantemente en él. por su transformación en Mí: "ESTE ES MI CUERPO, ESTA ES MI SANGRE".

¡Oh! si todos los sacerdotes hicieran esto transformados en Mí, no tan sólo a la hora del Sacrificio incruento, sino siempre, ¡cómo se derramaría el cielo en gracias para ellos y para las almas! ¡cómo esas miradas divinas y fecundas del Padre endiosarían la tierra! ¡cómo germinarían las vocaciones sacerdotales! ¡cómo se multiplicarían los santos! ¡cómo florecería la Iglesia! y ¡cuánta, cuánta gloria recibiría la Trinidad!

Pero al contrario, sin esto que digo todo será y es al revés en muchas de sus partes. Y ¿por qué? Por la falta de transformación en Mí de los sacerdotes.

He puesto el dedo en la llaga en estas confidencias de mi Corazón amargado (pero lleno de caridad para con los míos). Aquí está el fondo y la procedencia de todos los males que lamento en mi Iglesia: LA FALTA DE TRANSFORMACION EN MI DE SUS SACERDOTES; que si esto fuera, ¡qué distintos se hallarían pueblos, naciones y almas, que resienten, materializadas, la falta de influjo divino que debieran comunicarles los sacerdotes, y que se hunden y se despeñan por la sensualidad y por la falta de fe en abismos insondables de males, sin que se oponga a esa infernal corriente la suficiente potencia de sacerdotes santos que, transformados en el Santo de los santos, transformarían al mundo y lo divinizarían, y unirían en la unidad de la Trinidad a lo que de Ella salió y lo que a Ella debe volver!

Por tanto muy culpables serán los sacerdotes que con estos caritativos avisos del cielo no detengan su carrera de vicios y defectos espirituales que les impiden su transformación en Mí.

Sepan que si el demonio ha ganado terreno en mi Viña es por falta de obreros santos; por sacerdotes tibios, disipados, aseglarados y mundanizados, que se han dejado llevar por la corriente e impregnarse del ambiente actual sin oponer resistencia, sin hacerse violencia a sí mismos y sin preocuparse de lo principal que debie-

ra preocuparlos, es decir, **de su perfecta transformación en Mí.**

Que sepan esto los Obispos, porque el mal se desborda y ha entrado, como he dicho, hasta entre los míos. **Su único remedio** está en lo que no me cansaré de repetir: en la transformación de los sacerdotes en Mí y en su unión perfecta con las tres divinas Personas. Esto romperá las cataratas del cielo en favor de mi Iglesia y de las almas; en este importantísimo punto **único** está la salvación".

XLVIII

MORTIFICACION

"Una de las cosas que faltan en muchos de mis sacerdotes es el espíritu de mortificación. el amor a la cruz, el conocimiento de las riquezas que encierra el dolor. Muchos predican la cruz y no la practican; aconsejan la abnegación y el propio renunciamiento y ni sueñan para sí mismos en esas virtudes tan necesarias en los sacerdotes; porque el sacrificio es uno de los puntos culminantes y como el cimiento para la transformación en Mí que fui Víctima desde el instante de la Encarnación hasta mi muerte.

Una víctima para ser acepta a mi Padre debe ser pura y sacrificada. Mi vida entera se redujo a esta hermosa palabra que sintetiza el ser del cristiano y más el del sacerdote: **¡Inmolación!** Fui inmolado voluntariamente en la tierra y continúo esta vida de inmolación en los Altares.

Yo vine al mundo a santificar el dolor y a quitarle su amargura; viene para hacer amar el dolor, la cruz, señal de los escogidos y entrada segura para el cielo; y la transformación más perfecta en Mí tiene que operarse por el dolor amoroso, por el amor doloroso.

Por tanto; un sacerdote que quiera asimilarse a Mí —como es su deber— debe ser amante del sacrificio; debe tender a la voluntaria inmolación, abnegándose, negándose a sí mismo y sacrificándose constantemente en favor de las almas. Lejos de él la molicie, la comodidad y el regalo; y en la cruz encontrará riquezas y dulzuras desconocidas, si la abraza con amor, si la estudia, si la penetra, si la comprende, si la vive; porque en el fondo del sacrificio ha puesto mi Padre el delicado y sabroso fruto conquistado por Mí en la Pasión; dulcísimos manás que sólo se descubren en el dolor voluntario o amorosamente aceptado por los corazones generosos y amantes.

Sacerdote quiere decir que ofrece y que se ofrece, que se da, que inmola y que se inmola; y ¿cómo se inmola y se ofrece y se da un sacerdote que no se mortifica, que busca todos los gustos de la naturaleza, que huye de la cruz en cualquiera forma?

Pero el verdadero espíritu de sacrificio nace del amor en un alma pura. El amor es el pulso del sacrificio y el sacrificio es el pulso del amor; y nadie está en tan íntimo contacto con quien fue amor y dolor al mismo tiempo que el que se sacrifica. Yo en cada instante amo, en cada Misa me inmolo, en cada sacramento y

movimiento de la Iglesia derramo amor y esparzo gracias compradas con el dolor de un Dios hombre, y valorizo los sacrificios del hombre por el dolor.

El sacerdote que me estudie, penetrará más y más en ese abismo sin fondo de mis dos naturalezas: en la divina, el amor; en la humana, el dolor; que, unidas en la Persona divina del Verbo, forman el todo de un Jesús Salvador que santificó el dolor, la cruz, suavizó su dureza, aligerando el peso del sacrificio voluntario.

Todo dolor unido al mío alcanza gracia para otras almas. Como he dicho, el sacerdote **no es solo,** sino que representa para Mí o debe representar muchas almas en él y salvadas por su concurso.

Por la gracia de fecundación divina recibida del Padre tiene que germinar pureza, virtudes y gracias en las almas; pero, a mi imitación, esas gracias deben ser compradas con dolor, con sacrificios, con amor. Mientras más amor y dolor tengan, más gracias comprará para las almas y más gloria en ellas me dará.

Esta orientación muy marcada deben tener los sacerdotes transformados en Mí; este colorido de cruz, pero de cruz amorosa, no de cruz que espanta, sino de cruz que atrae, que embalsama, que embriaga y deleita; de cruz que irradia Jesús, que contiene Jesús, que sabe a Jesús, que **es Jesús.**

Si el sacerdote tiene el deber de enamorar a las almas de Jesús crucificado, debe primero él crucificarse, porque sólo crucificándose pue-

de apreciar el valor del sacrificio y sus dulces consecuencias.

Es triste, muy triste y doloroso para Mí decirlo, pero ¡cuán pocos, relativamente, son los sacerdotes que aman la cruz, que buscan el dolor voluntariamente, que se gozan en el sacrificio, que viven de su savia divina y que predican la cruz con su palabra y con su ejemplo! Si quieren transformarse en Mí es preciso que amen la cruz, que no teman la cruz, que se crucifiquen al reverso de mi cruz, al lado de María.

¿Cómo enseñar a las almas las riquezas de la cruz, si no las conocen? ¿Cómo hacerles entender la suavidad de la cruz, si nunca voluntariamente la han gustado?

La penitencia corporal y la mortificación interior deben ser familiares al sacerdote para su santificación y para comprar gracias para las otras almas. Pero sólo una cosa endulza estos sacrificios tan contrarios a la naturaleza, y es el amor: el amor que nace, como la chispa al frote, de la mortificación y de la penitencia en un alma pura; el amor que impulsa al alma en la sed de ofrendarse en bien de otros y para complacencia del Amado.

Y llega el dolor a ser necesario y como indispensable al amor; llega el sacrificio a ser un consuelo y un refrigerio y un descanso para el amor. Por eso Yo deseaba ser bautizado con un bautismo de sangre, porque los ardores de mi amor me martirizaban, y ansiaba el feliz desahogo del dolor.

Y hasta este punto pueden llegar mis sacerdotes transformados en Mí; hasta los más

heroicos sacrificios por obsequiarme, por complacerme, por parecerse a Mí, por honrar en unión perfecta y transformante a la Trinidad. en su unidad en Mí.

Hasta allá quiero a mis sacerdotes, perfectos en su transformación en Mí: a tener unos mismos ideales y sentimientos y anhelos de sacrificio, porque así honrarán a la Trinidad que tanto los ama y los distingue; y así también salvarán y santificarán a las almas por el medio más poderoso y divino: por su transformación en Mí en el amor y en el dolor"

XLIX

MARIA

"Y un punto muy consolador para el sacerdote y que él solo sería bastante para que buscara con ahinco su transformación en Mí es que, a medida y en la escala de esta transformación, serán ellos más hijos de María y más acreedores a su ternura, a sus caricias y a su amor cándido y maternal.

Así como mi Padre dulcifica sus miradas hacia el sacerdote a medida que el sacerdote se va haciendo otro Jesús; así María ensancha más su Corazón y su ternura de Madre en cuanto ve más perfecta mi imagen en el sacerdote.

Como el Padre mira en Mí, su Verbo humanado, todas las cosas y en Mí las ama y no puede amar nada fuera de Mí; así María en Mí, su Jesús divinizado y divino, ama a todos sus hijos, especialmente a los sacerdotes; y más ama a los

que más se asemejan a Mí, su Hijo divino; a los que llevan los rasgos de mi fisonomía más marcados, a la medida de su transformación en Mí.

Esa Madre Inmaculada posa sus miradas con delicias en los sacerdotes puros. Busca la fragancia de su Jesús, Lirio de los valles, en los sacerdotes destinados a representarlo en la tierra; se complace en la blancura de sus almas, en la candidez de esas manos que tocan al Cordero y quisiera posar sus labios en los labios que pronuncian dignamente las palabras creadoras y operadoras de la Consagración en las Misas; porque María se goza y pone toda su alma en la transubstanciación.

Ella comienza a recrearse en los corazones que se preparan al sacerdocio, y los cubre con su manto. La fiesta más grande para ella en la tierra es el día de la ordenación del sacerdote, el día de su primera Misa, y en todas las que se celebran dignamente.

Ella goza, repito, asiste y se ofrece en unión mía —místicamente en su Corazón— por manos del sacerdote; porque el mayor placer de María en la tierra y ahora en los Altares es ofrecerse pura con el Cordero puro, en unir sus dolores de víctima con la gran Víctima, que tuvo con Ella en la tierra un solo Corazón, un solo sacrificio, un mismo fin: el de glorificar a mi Padre y el de salvar a las almas.

¡Qué grande misión tiene María para con el sacerdote y el sacerdote con María! No existe filiación más grande con Ella, después de la de su Hijo divino, que la del sacerdote. Por eso

también no hay dolor tan grande para María como las Misas indignamente celebradas, ni espadas más agudas para su Corazón maternal que los pecados de los sacerdotes que la traspasan de pena. Y es natural, por la unión tan íntima y estrecha que tiene su Corazón con mi Corazón, su alma con mi alma, sus ideales con los míos, su sed de pureza y de sacerdotes santos para honrar a la Trinidad con la sed mía.

Siempre que un sacerdote me ofende a Mí, ofende vilísimamente a María. Y siquiera por esto debiera el sacerdote indigno ruborizarse, no tan sólo a mis miradas, sino también a las de mi Inmaculada Madre, que mira por mis ojos y que palpita al unísono con los mismos latidos de mi Corazón.

María continúa en el cielo la misma unión de maternidad divina y humana que tuvo Conmigo en la tierra; y tan identificada y transformada en Mí continúa en el cielo como lo estaba en el mundo. Por este motivo, María es y será siempre la más poderosa ayuda para la transformación del sacerdote en Mí. Ella es el ejemplo vivo que el sacerdote debe imitar para acelerar ese parecido Conmigo, para tomar la fisonomía más perfecta y los rasgos más característicos de su parecido y transformación en Mí.

María me engendró en su maternal seno por medio del Espíritu Santo con la fecundación del Padre, y el sacerdote en la Misa reproduce este misterio sublime que se perpetuará en los Altares hasta el fin de los siglos. María Virgen quiere sacerdotes vírgenes; María Inmaculada quie-

re sacerdotes inmaculados; María amante, María humilde, María sacrificada, María Madre, quiere sacerdotes con estas cualidades, virtudes y prerrogativas; porque sólo Ella, Virgen y Madre, fue digna de tocar y ofrecer al Padre al Cordero sin mancha que borra los pecados del mundo.

Sólo la blancura puede borrar las negruras de la culpa en las almas; y María con su pureza y por ser Corredentora en mi unión, transforma, ofrece y alcanza gracias para el mundo, pero especialmente para los sacerdotes.

Tienen los sacerdotes un sitio especial en el Corazón de María y los latidos más amorosos y maternales de Ella, después de consagrarlos a Mí, son para los sacerdotes. Ellos son la parte predilecta y consentida de su alma en el mundo; con su esperanza para la gloria de mi Iglesia y para mi gloria, y no los pierde de vista; y sus clamores y sus plegarias más ardientes, ante el trono de Dios, son para los sacerdotes por representarme a Mí en la tierra.

Y si Yo, su Jesús, quiero y anhelo y ansío y pido en estas confidencias sacerdotes perfectos transformados en Mí y para gloria de la Trinidad, para brillo de mi Iglesia y para salvación del mundo; también María, unida a Mí, y con un solo querer y voluntad Conmigo, pide lo mismo a mis sacerdotes, une a Mí su voz y sus deseos, y se ofrece a ayudarles en su transformación en Mí.

Que no desprecien este filón celestial que les ofrezco hoy en el Corazón de mi Madre, que Yo pediré estrecha cuenta si desoyen mi voz —hoy

misericordiosa— que los llama a mayor perfección, y por todos los motivos que he venido explicando.

María es la dispensadora de las gracias; que acudan a Ella con amor, con humildad y constancia, y alcanzarán llegar al ideal que pide mi Padre, en su transformación en Mí. Este es el camino más corto, ¡María! para ir al Espíritu Santo, para alcanzar el amor, que es el que transforma, asimila, une y santifica. Este es el medio más dulce, tierno y delicado y puro, ¡María!"

L

PEREZA

"La pereza para mis sacerdotes es un filón que Satanás explota para sus fines contra Mí, porque impide el celo que los sacerdotes deben tener por mi gloria. Es muy fino y astuto Satanás con sus pretextos, con sus exageraciones, con sus múltiples excusas de ningún valor en un alma que de veras me ama. Sabe poner la inercia, el fastidio, el cansancio y el desaliento en el corazón del sacerdote para desarrollar en él la pereza y disculpar a sus mismos ojos, con frívolos motivos, lo que es sólo pereza en mi servicio.

¡Cuánto perjudica a mi Iglesia y en ella a las almas este vicio capital que tanta gloria me quita! Muchos sacerdotes hay que se forman la conciencia y creen cumplir sus deberes con decir la Misa más o menos fervorosamente y rezar el Breviario con más o menos devoción, como

si no hubiera almas a quienes atender y evitarles peligros y santificarlas para mi gloria; como si no hubiera enemigos que atacan la plaza de mi Iglesia en mil formas y con diferentes medios.

¿Será posible que trabaje más Satanás para perder las almas que mis sacerdotes para salvarlas? Y la pereza corporal y espiritual es la causa de ese poco celo y de esa inercia que los aprisiona; es el sopor con que el demonio adormece a las almas sacerdotales en muchas ocasiones. Se creen cansados, enfermos y aun con falsas humildades, inútiles para mi servicio, dejan la carga para otros y descansan ellos, como si ese tiempo precioso de males imaginarios no nos perteneciera a Mí y a las almas.

Un sacerdote que no sabe en qué emplear su tiempo no es digno ni del nombre que lleva ni de la sublime misión que le he confiado. ¿Cómo matar el tiempo quien debe emplearlo todo en mi servicio, en su ministerio, en su apostolado, en su oración, estudio y trato íntimo Conmigo? Activo es el Espíritu Santo en el que debe arder el corazón del sacerdote digno del cargo que ha recibido, del sacerdote fiel a su vocación y que no debe desperdiciar ni un átomo del don de Dios, ni una sola ocasión de hacer el bien.

El sacerdote es sembrador y su misión es arrojar la semilla en las almas, cultivarlas y presentarlas al Padre como maduros frutos que El debe cosechar. Un sacerdote perezoso que busca su comodidad exageradamente, que se tiene muy en cuenta en lo que toca a su cuerpo, que

piensa mucho en sí mismo, está muy lejos del Espíritu Santo que es, repito, Espíritu activo, que es de fuego, que no descansa de trabajar en las almas que se le prestan, que no cesa de derramarse siempre en dones y gracias e inspiraciones, porque es el continuo movimiento de efluvios santos en la Trinidad y en las almas.

Por eso los sacerdotes que tienen en la Iglesia la misión de dar vida a las almas y de formarlas para el cielo, de infundirles lo divino, de predicar e insistir a todas horas y siempre en la extensión de mi Evangelio, más que nadie deben vivir unidos al Espíritu Santo y desterrar toda pereza que los detenga en su alta y activa misión.

No hay cosa más quieta que Dios ni más activa que Dios en el amor. Así los sacerdotes deben tener el alma quieta con la paz de los santos y del Santo de los santos, y al mismo tiempo deben arder con el celo de las almas y con sed ardiente de impulsarlas para el cielo, de librarlas de los peligros, de enamorarlas de lo que no pasa, de lo eterno, de Mí, crucificado por su amor, de María, de las virtudes y de mi imitación.

Y todos estos vicios y defectos que he enumerado ¿cómo se quitan? Por un solo medio, por la transformación de los sacerdotes en Mí. Entonces sentirán como Yo, amarán con el Espíritu como Yo, salvarán a las almas como Yo y las ofrecerán a la Trinidad como Yo".

LI

TRANSFORMACION

"Otra cosa y otra luz terrible, a la vez que consoladora, voy a decir hoy. Sólo un sacerdote transformado en Mí puede transformar a las almas; y la medida de su transformación en Mí será la que reciban las almas.

¡Ah! éste es un punto que debía hacer temblar a mis sacerdotes; porque en la medida en que se santifiquen, santificarán; y en la medida en que se transformen en Mí tendrán virtud para transformar.

Aquí tienes el misterio de tanto apostolado estéril en mi Iglesia; éste es el punto capital de tánta falsa piedad que existe en las almas, de esa frivolidad que hay en muchas de ellas, de esa exterioridad aun en las cosas de mi Iglesia, de esa falta de convicciones íntimas y de ese contentarse con Asociaciones, funciones y cosas exteriores; y no bajan al fondo de mi doctrina, a la solidez de las virtudes y la intimidad de unión Conmigo, a la vida verdadera y espiritual que es mi Evangelio puesto en práctica.

Y ¿quién tiene la culpa de esa atmósfera de piedad fantástica, de la falta de sólida piedad, sino mis sacerdotes que no son santos, que no se preocupan de la desorientación que el mundo ha tomado, de cómo se acentúa en las almas la sensualidad, la vanidad, y se sustituye lo divino con lo material, lo interior con lo exterior?

¡Oh, si mis sacerdotes fueran lo que deben, transformados en Mí, transformarían al mundo

y, como los apóstoles, convertirían almas y naciones por mi virtud en ellos, por lo comunicable de mi ser, del que estarían poseídos!

No digo que no existan en el mundo sacerdotes santos que estén luchando por sostener el equilibrio en el campo de la Iglesia y de las almas; pero son pocos relativamente y Yo quiero y pido y estoy dispuesto a ayudar **poderosamente** a una reacción universal en mi Iglesia, a un impulso en el mundo de las almas; pero por este medio, el de la transformación de los sacerdotes en Mí.

Quiero volver al mundo en mis sacerdotes, quiero renovar el mundo de las almas y prestarme Yo mismo en mis sacerdotes para hacerlo; quiero dar un poderoso impulso a mi Iglesia e infundir, como en un nuevo Pentecostés, al Espíritu Santo en mis sacerdotes. Yo en ellos, quiero obrar, hablar, vivir y hacerme sensible a las almas; quiero ofrecer al Padre un triunfo en mi Iglesia y renovar la faz de la tierra por el impulso mundial e irresistible de mis sacerdotes santos. Yo, el Santo de los santos, en mis Obispos y sacerdotes santos.

Pues bien, ese es ahora mi ideal: transformar al mundo por la transformación perfecta de los sacerdotes en el gran Sacerdote, en el único Sacerdote de donde todos proceden.

Esta reacción espera la Trinidad; ya la ve, ya la siente, y la acaricia y la bendice. Pero necesito de la voluntad y de la cooperación de los sacerdotes, porque Yo, con todo y ser Dios, me detengo ante el umbral de la voluntad humana y la respeto sin avasallarla.

Pero estas confidencias que se traducen en amor para con mis sacerdotes, que llevan en ellas las fibras de mi alma para los que más amo en la tierra, los conmoverán; y muchos corazones sacerdotales, tocados en lo más íntimo, vendrán a Mí anhelantes de perfección y entregados puramente a mi voluntad".

LII

SECRETO

"Si mis sacerdotes se convirtieran en Mí, si fueran otros Yo, tendrían mi atractivo divino y comunicarían pureza, humildad, luz y todas las virtudes; **comunicarían Dios;** y las almas y las vidas se endiosarían con lo divino de mi Ser, comunicado por el sacerdote santo. ¡Cómo cambiaría no sólo la faz del mundo, sino también el interior de los corazones! ¡Cómo se respetaría entonces a mi Iglesia santa con sacerdotes santos, unos con el eterno Sacerdote Yo, con el Santo de los santos.

¿Nos figuramos esos **otros Yo** en el mundo, en los altares, en el ministerio, en las predicaciones, que conmueven, enseñan, atraen y abrasan en el amor a las almas y las hacen arder por medio de mi Corazón, de la Cruz, del Espíritu Santo, para la gloria de mi Padre?

De los mismos medios y elementos quiero valerme en esta reacción que ya se vislumbra, que Yo espero enternecido y que mi Padre, que ya la ve presente, le sonríe y se complace en ella.

La gran palanca para apresurar esta reacción es, como he dicho, el Espíritu Santo por María. Y María está muy interesada en esta reacción por poder verme reproducido fiel y constantemente en cada sacerdote transformado en Mí. no tan sólo en el Altar, sino en todos sus actos, en la Iglesia y en las almas.

Ya late tiernamente su Corazón de Madre, ya se abre más que en el Calvario para recibir en él y esconder en él a esos sacerdotes, **otros Yo**, convertidos en Mí, que llevan todos los rasgos de la fisonomía divina de su Hijo adorado.

María anhela verme a Mí en cada sacerdote (como debiera ser) y no tan sólo en el acto sublime de la Misa, sino siempre, siempre; y si los sacerdotes la aman, deben darle gusto y reproducir en ellos lo que más ama esa Madre incomparable, a Mí, en todos los actos de mi vida y de su vida.

Voy a revelar **un secreto.**

Y es que al engendrar el Padre en el seno de María por obra del Espíritu Santo, engendró Conmigo en Ella, el germen de los sacerdotes en el Sacerdote eterno; El divino Espíritu comunicó a María una fibra divina de la fecundación de los sacerdotes futuros, engendrados en el seno del Padre, de toda la eternidad.

Por eso María es más Madre de los sacerdotes, por estar Conmigo, en su seno inmaculado, aquella fibra sacerdotal unida a mi naturaleza humana divinizada.

Y por eso María tiene mucho de sacerdote; y por eso María busca **por justicia** a su Jesús en cada sacerdote, concebido Conmigo en su

virginal seno, al encarnar el Verbo en sus entrañas purísimas. Por eso se les exige a los sacerdotes la pureza, por descender de la Luz del Padre y de María Virgen, Reina de la Iglesia y Madre del Sacerdote eterno, en el Verbo Encarnado, y de los sacerdotes —germen fecundo de la Iglesia, engendrados por la divina fecundidad de la Trinidad Virgen, en el seno purísimo de una Virgen sin mancha—.

Y si los hijos deben parecerse a las madres y gozar de sus prerrogativas, ¿no se comprende que los sacerdotes deben ser como un reflejo de María, deben también ser madres, y llevar en sus almas la encarnación mística del Verbo en su Madre; y por esto, el más estricto y dulce deber de parecerse a Mí, o más bien, de transformarse en Mí?

¡Hasta dónde hemos llegado! ¡hasta donde nadie se lo figuraba! Qué reales y certísimas consecuencias hemos sacado a la vista y que llevaba Yo en el fondo de mi alma para hacerlas patentes hoy, en estos tiempos en que más que nunca necesita la Iglesia de sacerdotes Yo, transformados en Mí.

Si no conmueve a mis sacerdotes este secreto de mi alma que he querido que salga a luz, serán hijos desnaturalizados y contristará a María semejante ingratitud.

En el Calvario proclamé a María Madre universal de todos los hombres; y el privilegio particular del Padre para con mis sacerdotes, en su asombrosa fecundación divina, data del día en que el Verbo encarnó en María, aunque este designio del Padre en la Trinidad, que tuvo en

cuenta eternamente a su Iglesia, no tiene principio.

Fueron cocebidos, como lo fue el Verbo en María, la vocación y el ser espiritual y divino de mis sacerdotes, por la fecunda profusión del Padre, por el amor fecundo, por el amor purísimo del Espíritu Santo. Por eso el Verbo en su eterna generación nació por el amor y del amor; y el Verbo tomó carne en María por el amor, y comunicó a mi Humanidad sacratísima un ser o naturaleza humana de amor, un cuerpo de luz, de pureza y de amor, y un alma y un Corazón de amor.

Dios es amor; y Yo soy Dios amor y hombre amor. Y los sacerdotes que se transforman en Mí deben ser lo que Yo soy, pureza, amor; todos caridad para derramarla en el mundo, todos Yo para formar la unidad de mi Iglesia en la Trinidad, y otros Yo para con María, más Madre de ellos que de nadie, formando en Mí un solo Jesús para amarla, glorificarla y complacerla.

¡Cómo los sacerdotes deben pagar a María su ser de hijos que los engendró, a la vez que a Mí me engendró, y que en Mí nacieron y que en mi Iglesia— imagen de la maternidad de María— se crearon, crecieron y se hicieron dignos de sustituirme con Ella por su sacerdocio y de representarme en cada acto de su ministerio!

Si tienen corazón y nobleza de sentimientos, si saben agradecer las fibras maternales, si aman a su Madre María, no pueden obsequiarla con mayor presente que con **su transformación en Mí**, que les obliga más y más por ese secreto

que hoy he puesto en su corazón para que lo sepan y se rindan por amor a mi voluntad".

LIII

ALMAS

"Y si los sacerdotes se engendraron Conmigo en su vocación sacerdotal en el Padre y nacieron Conmigo de María, deben vivir mi vida y morir como Yo morí, en cualquiera cruz, por las almas; deben en mi unión conquistarlas y comprarles con sus dolores el cielo. Pero si son ellos amor, si son **Yo-amor,** no les costará esto y se endulzarán no sólo sus continuos sacrificios, sino su muerte, gloriosa en cualquier lugar y del modo que a Mí me plazca enviársela, ofrecida al Padre por tan noble fin y consumida por tan digna causa.

¡Oh! si los sacerdotes fueran otros Yo, quedaría resuelto el problema de tántas cosas que afligen a mi Iglesia, y las almas crecerían en perfección, y Yo tendría más medios para comunicarme en el mundo.

Muchas almas se pierden por culpa de los sacerdotes.

Al crear una vocación sacerdotal, vinculo la perfección y salvación de muchas almas en ella; y si se pierden, será en mucha parte por la inercia del sacerdote. Este aguijón, que es una realidad por la causa que lo produce, sería otro de los motivos que debiera activar la santidad en los sacerdotes: la cuenta que tienen que darme de las almas que les señalé para salvarlas

—almas que pongo en su camino y almas que deben buscar—. Para eso tienen gracia de estado; y por inercia, disipación y falta de celo, pecan de omisión y de otras cosas, dejan truncos los designios de Dios en muchas de aquellas almas que deben santificar para que me den eterna gloria en el cielo.

Sólo Yo sé contar las vidas espirituales en las almas que no realizan mis designios por culpa de mis sacerdotes. En el campo espiritual hay mucho de esto. ¡Cuántos sacerdotes por miedo de sacrificarse en muchos sentidos desatienden a las almas y las dejan rondar en un círculo, sin estudiar en ellas los designios de Dios y ayudarlas a cumplirlos!

En el campo espinoso de las direcciones hay mucho sobre el particular, ya por la pereza de los sacerdotes, ya por pusilanimidad y miedo a meterse en honduras que no saben medir ni resolver. Mas para esto tienen los estudios, tienen la oración, me tienen a Mí, tienen al Espíritu Santo siempre dispuesto a ayudarles cuando con humildad lo invocan.

Muy delicado es este punto en el que se registran muchas lagunas en los deberes del sacerdote, creado expresamente a mi imitación para salvar y santificar a las almas. Mucho tienen que responder en mi presencia de su poca aplicación en este punto cuando no saben ni la santidad ni la calidad de las almas que vinculé a su vocación para salvarlas y a cuántas puse en su camino para santificarlas.

Ya he dicho, sin embargo, los errores, las imprudencias y peligros que en este campo de

las confesiones y direcciones se registran; pero eso no quita que cada sacerdote se esfuerce en arrebatar las almas al demonio y prudentemente santificarlas.

Un punto es éste que los sacerdotes deben meditar temblando, pero confiados en Mí, y con recta intención y santas miras satisfacer. Deben cumplir divinamente este punto capital de su vocación.

En los sacerdotes religiosos, la obediencia al superior lo llena todo; pero los sacerdotes diocesanos y con deberes de ministerio deben formar su plan y santamente cumplirlo. Ya he dicho que así como un sacerdote ha de encontrar en el cielo almas salvadas que vinculé a su vocación sacerdotal; así, otros verán almas condenadas, o que no llegaron al punto de perfección al que Yo las llamé, **por su culpa.**

Mucho hay que meditar sobre este punto interesante y que atañe muy de cerca al sacerdote. Debe éste examinar, arrepentirse y proponerse un plan para llenar esta obligación que tiene el deber de cumplir.

Pero si es delicada esta carga para los sacerdotes, Yo sé suavizar este deber y endulzar este trabajo con gracias especiales y luces que no les faltarán, si me son fieles.

Ya se puede ver si en un sacerdote estará permitida la ociosidad cuando tiene que llenar estos deberes ineludibles de su vocación: la salvación de las almas. Ya se puede ver si estará bien en ellos la pereza, la disipación y el regalo cuando las almas peligran y otras se mueren de sed y anhelan quien sacie las necesidades espiri-

tuales que padecen. ¡Ya se comprende si un sacerdote puede ocuparse tranquilamente de sí mismo en la inacción, cuando las multitudes lo esperan y las almas llamadas a la perfección lo necesitan!

Un sacerdote, repito, no se pertenece; es mío, y de María, y de las almas, como Yo soy de mi Padre, de María y de las almas.

¡Qué corona le prepara en el cielo la Trinidad misma!

¡La vida pasa, los trabajos tienen fin, y el premio es eterno!

¡Cómo brillará con fulgores de la Trinidad un sacerdote que haya cumplido con perfección su misión en la tierra!

¡Después del de María, no habrá ni existe trono más alto que el de un sacerdote transformado en Mí!

Porque, si el sacerdote ha sido **otro Yo** en la tierra, habrá realizado plenamente la misión que se le confiara. Habrá salvado y perfeccionado centenares de almas, no habrá dejado truncos los designios de Dios en ellas; unas conoció en la tierra, y otras —a quienes llegaron las irradiaciones de su espiritual fecundación, sacándolas del pecado y atrayéndolas por sus oraciones, virtudes y ocultos sacrificios hacia Mí, para que me glorifiquen eternamente—, hasta allá las verá.

Muy grande, muy intensa y muy viva será la posesión que de Dios goce el sacerdote fiel y transformado en Mí, en la tierra.

Vale la pena llevar mi suave yugo, el dulce peso de las almas y de los deberes sacerdotales

en la tierra, por el peso inmenso de gloria infinita que los absorberá eternamente en el cielo"

LIV

EL GRAN MEDIO PARA LA TRANSFORMACION

"A las almas sacerdotales son a las que más amo en la tierra por el reflejo que en sí llevan de la fecundación de mi Padre: en El los amo y por El los salvo. Esas almas llevan en sí el germen comunicado del cielo para reproducirme a Mí en las almas; y por Mí las virtudes que deben santificarlas y salvarlas de mil peligros que Yo sé.

Pero las almas sacerdotales imprescindiblemente tienen que ser víctimas; tienen que convertirse en don, renunciándose y ofreciéndose puras a mi Padre en mi unión, y entregándose también en donación a las almas, como Yo, dentro de mi Iglesia y doctrina.

Hay almas sacerdotales consagradas con la unción sacerdotal; y también en el mundo hay almas sacerdotales, que, aunque sin la dignidad o consagración del sacerdote, tienen una misión sacerdotal, porque se ofrecen en mi unión al Padre para la inmolación que a El le plazca. Estas almas ayudan poderosamente a la Iglesia en el campo espiritual y tendrán en el cielo un especial premio. Pero también para estas almas es indispensable su transformación en Mí.

Y ¿cómo se opera más perfectamente la transformación? Por la encarnación mística, la

cual todo sacerdote debe llevar de una manera muy honda, muy íntima y muy familiar, aunque respetuosa, puesto que en el Altar la opera diariamente en el sacrificio de la Misa.

Ahí encarna al Verbo —por decirlo así—, en cada hostia consagrada que transforma, por la transubstanciación, en Jesús; pero como entonces, **él es Jesús**, queda en su alma la estela de esa encarnación, que el sacerdote debiera guardar en su corazón con todo el ahinco del amor, con toda la fuerza de su fervor, con toda la avidez de sus deseos, con toda la ternura humilde de su maternal cariño.

En cierto sentido, el sacerdote encarna a Jesús en la hostia; mas como el sacerdote se vuelve Jesús, al ofrecer la hostia al Padre, transformado en Jesús, también es hostia, también es víctima, también se ofrece. Y cuando pasa el sacrificio, queda Jesús encarnado místicamente, Jesús haciendo al sacerdote **Jesús**, por la unión transformante que es la encarnación mística en mayor o menor escala.

Sólo que el sacerdote no se da cuenta, no se hace el cargo; pero ninguna alma como la del sacerdote tiene la propiedad —por la gracia de estado, o sea por la unción recibida del cielo en su ordenación—, de encarnar místicamente al Verbo en su alma para su perfecta transformación; y la transformación atrae la encarnación mística en más o menos grados.

Este es el más poderoso y santísimo medio en el sacerdote para su transformación en Mí; porque al poseer el Verbo al alma, el alma se pierde en el Verbo como una gota de agua se

pierde en el mar, como el sol absorbe la luz: la inmensidad del mar absorbe a la gota y el sol divino, al punto de luz. La divinidad del Verbo absorbe lo divino que tiene el alma, y la endiosa, y la transforma, y la convierte en El, y la pierde en El.

El reflejo de este misterio de la Encarnación lo recibe diariamente en la Misa el sacerdote; lo que sucede es que lo deja pasar, lo enturbia, lo opaca con las cosas exteriores y puede extinguirlo con el pecado. Pero el alma del sacerdote que abraza y cultiva con su correspondencia a la gracia este don de Dios, es el más dispuesto a recibir y ensanchar la gracia sin precio de la encarnación mística en el alma, que es **gracia sacerdotal** en todas sus partes, gracia por excelencia de donación mutua, gracia insigne transformante y unitiva que atrae a la Trinidad; porque el Verbo no puede apartarse en su divinidad ni del Padre ni del Espíritu Santo, una sola esencia con El.

Y así el alma que llega a la transformación —y más por el rápido camino de la encarnación mística— llega naturalmente a la unidad en la Trinidad, que es la que pido, la que anhelo, la que **ofrezco** hoy a todos mis sacerdotes.

Ya he puesto a su vista el camino más corto para la transformación en Mí: el de la encarnación mística.

Las almas de los sacerdotes son las más aptas y a propósito para recibir esta gracia en toda su plenitud. Pero claro está que necesitan retener ese reflejo que en las misas reciben; y con el concurso de sus virtudes, y con el esfuerzo

de su santidad, preparar el terreno para recibir esa incomparable gracia en toda su perfección.

Pero, ¿sin la encarnación mística no pueden llegar los sacerdotes a la transformación en Mí que pido de ellos?

Sí pueden, en cierto sentido; pero la manera más rápida de su transformación es la gracia de la encarnación mística, por esa gracia fecunda, operativa y transformante, cuyo don viene directamente del Espíritu Santo.

María goza cuando comunica a su Verbo hecho carne; y si al concebir a Jesús en su casto seno, recibió en Jesús el germen sacerdotal, los sacerdotes son para Ella **otros Jesús,** y más que nadie quiere transformarlos místicamente en Jesús.

Pero esto no se piensa, ni se intenta, ni se desea, ni se pide, ni los sacerdotes procuran hacerse dignos de recibir esa gracia.

Que conozcan estas inefables verdades, estos santísimos medios para que, meditándolos, pidiéndolos y abriendo humildemente sus almas puras y víctimas al don de Dios, reciban con más efusión esta gracia en su plenitud y no sólo en su reflejo.

¡Oh! ¡y cuánto ama mi Corazón a las almas de mis sacerdotes y cómo ansío reflejar en ellas mis misterios! Siendo **otros Yo** se aclararán para ellos estos misterios; y las virtudes teologales, perfeccionadas, los llevarán a distancias infinitas, e iluminarán con luz increada los abismos de su inteligencia creada, y los llenarán de Dios.

Y si el ser de Dios es darse y comunicarse y difundir sus tesoros y sus esplendentes gracias, ¿a quién más que a mis sacerdotes escogería Yo para transformarlos en Mí, para difundirme por ellos en las almas?

Que las almas oren y se sacrifiquen más para que llegue esa hora feliz para Mí en la que me recree en una pléyade de sacerdotes santos que presenten a mi Padre el ideal de lo que más ama.

Sin duda que hay sacerdotes santos, pero a Mí **me sobra Dios,** por decirlo así; y quiero endiosarlos; y no quiero miles, sino que los quiero a **todos,** otros Yo, transformados en Mí-uno. para perderlos en la unidad de la Trinidad"

LV

UNIFICACION

"Cierto que soy Dios, pero también soy hombre, y quise cargar las miserias del hombre para expiarlas; quise sentir como el hombre, y llorar como el hombre, y estremecerme con las mismas penas y gozos del hombre. Así es que, aunque esté en el cielo, sé agradecer, sé sentir y conmoverme; porque la sensibilidad del hombre, afinada y divinizada, la llevo Yo en mi alma, en mi Corazón, en todo mi ser.

Al tomar la naturaleza humana, tomé el amor al hombre, por llevar la sangre del hombre, la fraternidad con el hombre; y unidas las dos naturalezas, la divina y la humana, divinicé —con el contacto del Verbo— al hombre, ele-

vándolo de lo terreno para que aspirara al cielo. Pero entre todos los hombres distinguí a los que debían ser míos, **otros Yo**, que continuarían la misión que me trajo a la tierra, y que fue llevar a mi Padre lo que de El salió, almas que lo glorificaran eternamente.

Los sacerdotes, por su origen divino en el seno del Padre y por su fraternidad Conmigo en el seno de María, son mis consentidos en la tierra y aun en el cielo. A ellos busca mi Padre en Mí, y a Mí en ellos; y si ama tánto a la Iglesia, es por su Verbo; y si envió a ella al Espíritu Santo es para que fuera su alma y su vida, es por su Verbo; y si distingue entre todos los mortales a sus sacerdotes, es por su Verbo; porque no ve en ellos a muchos sacerdotes, sino a un solo Sacerdote, a otro Yo, unificado —con ellos en Mí— en la Trinidad.

Y para ver en todos a un solo sacerdote en Mí, claro está que la semejanza y la identificación de ellos en Mí debe ser perfecta. Y ¿cómo? Por medio de su transformación en Mí, por el parecido interior con mi Madre de quien son hijos, más que todos los hijos.

¡Qué grande es el sacerdote! ¡qué prerrogativas tan singulares sólo concedidas a él por el origen divino de su vocación, por el germen divino sacerdotal que, con el Verbo y por el Verbo, Dios puso en el seno de María Inmaculada; germen bendito y sacerdotal en Mí. el Sacerdote único, eterno y por excelencia, de donde se derivan todos los sacerdotes, que tienen —por su transformación en Mí— que ser **unos Conmigo**, en la perfecta unidad de la Trinidad.

Este fue el ideal de mi Padre al darles tan elevado origen, ese fue el plan preconcebido eternamente por El de la fecundación de la Iglesia: multiplicar a su Verbo único en los sacerdotes, sin que saliera de su unidad con el Padre y el Espíritu Santo, haciendo a todos los sacerdotes uno con El.

Como en la Eucaristía, que en cada hostia, en cada partícula estoy Yo; así —en cierto sentido— en cada sacerdote estoy Yo y en miles de sacerdotes. Ellos serán como distintas especies, como las hostias; pero en todas y en cada una sólo habrá una sola sustancia, el Verbo, hecho hombre en ellos.

El sacerdote debe ser una hostia viviente que me contenga; o más bien, una **hostia Yo**, transformado en Mí, y todos los sacerdotes del mundo han de formar **un solo Jesús;** que en realidad de verdad, El es el Dueño, el Legislador, la Cabeza de ese Cuerpo místico, que es la Iglesia, y quien le da vida, y la conserva por el Espíritu Santo para la gloria del Padre.

Esa unidad falta; falta ese pensamiento de la unidad en Mí y de todos en la Trinidad. Hay muchos miembros de ese Cuerpo místico dislocados, torcidos, desunidos, que hay que volver a su **Centro Yo,** transformados en santos con el Santo de los santos.

Y como Yo, el Verbo no soy solo, sino una sola Divinidad en el Padre y con el Espíritu Santo, al transformarse el sacerdote en Mí, en más o menos grados, Conmigo se transforma en la Trinidad, es decir en la fecundación comunicada del Padre, en los sentimientos del Hijo y en la

caridad del Espíritu Santo. Al sacerdote entonces, por virtud de su transformación en Mí, lo envolverá, lo penetrará el reflejo de la Trinidad y se endiosará; porque el reflejo de Dios es Dios mismo.

Y aquí hemos llegado al punto final de la transformación en Mí, a lo más elevado de ella, a la perfecta unidad en la Trinidad. Aquí está también el secreto de la atracción del sacerdote respecto de las almas, de la fecundidad de su apostolado, de la comunicación de pureza, de unión, de luz, de virtudes, de lo divino; porque no es el sacerdote el que vive, sino Yo en él con todas mis virtudes, carismas y dones, y aun con la comunicación de los esplendores eternos de la Trinidad.

Hasta este punto final de la fusión de las almas sacerdotales con Dios y en Dios, quiero que lleguen mis sacerdotes. Este es el punto final de la más elevada unión y del ideal bellísimo de mi Padre al engendrar la Iglesia eternamente, en su entendimiento, con todos los miembros que la formarían, hasta endiosarlos por medio de su transformación en Mí, Dios hombre. Este fue también el hermoso ideal del Padre al engendar en María al Verbo, por medio del Espíritu Santo, éste fue su fin: no hacer muchos dioses, sino un solo Dios de todos los sacerdotes en El, por su unidad perfecta en la Trinidad.

¿Se ve ahora claro por qué tiendo en estas confidencias a esa unidad eterna? ¿por qué quiero a mis sacerdotes unos Conmigo y tan hechos **Yo en Mí**, que nos perdamos todos en la

Trinidad, volviendo al seno santísimo y divino del Padre, en donde fuimos —ellos y Yo, con la Iglesia— eternamente engendrados?

¿No es de justicia que Yo anhele y pida en estos últimos tiempos del mundo la reacción por fin de mis sacerdotes en Mí, por puro amor y con el objeto de volver al Padre lo del Padre, **lo suyo**, a su Jesús ya no solo, sino a todos los sacerdotes en El, formando un Salvador único —los sacerdotes en Mí—, con todos los sacerdotes transformados?"

LVI

EL ESPIRITU SANTO

"Y es un hecho que hasta allá puede llegar un sacerdote transformado en Mí, hasta ese grado de elevación, hasta fundirse en la Trinidad, pasando por Mí, Jesucristo, Dios y hombre; porque nadie sube al Padre ni lo conoce, si Yo no se lo doy a conocer.

Al transformarse el sacerdote en Mí, no solamente se transforma en el Jesús hombre; sino que —como Yo soy Dios hombre y el hombre en Mí no puede separarse de lo divino—, se transforma también en el Jesús divino; porque, aunque en Mí hay dos naturalezas, sólo hay una Persona divina que envuelve a esas dos naturalezas, que las penetra, que hace de Mí un Ser divino y humano.

Y las obras que como hombre hice en la tierra, si tuvieron virtud, fue por lo divino que hay en Mí; porque Yo no podía obrar sólo como

cualquier hombre, sino como Dios hombre, sino como hombre Dios, que al tomar la naturaleza humana, sin dejar la divina, quise endiosarla, atraerla, purificarla y, por lo divino que hay en Mí, salvar al mundo.

El sacerdote por sus virtudes, por su fraternidad divina Conmigo, debe transformarse en Mí, imitándome como hombre (lo que con mi cooperación alcanzará); y entonces no sólo alcanzará a convertirse en Mí, hombre, sino en Mí, Dios hombre, participando más que nadie de lo divino que hay en Mí; y por esto, **sólo por esto**, agradará a mi Padre, glorificará a mi Padre, por lo divino que ha recibido de Mí (recibiéndolo Yo antes de mi Padre).

Y sólo así será perfecto y digno sacerdote, acreedor a la herencia del Padre y a sus ternuras, por ser uno con su Hijo y por la Divinidad comunicada —en el sentido que he explicado—, uno con Dios trino y uno, perdido, por una especie de mística transubstanciación en Mí, en el océano infinito de la Divinidad.

Si el sacerdote alcanza fruto en las almas, no es por él, por sus dotes naturales, sino por lo divino y sobrenatural que hay en él de Mí; y tanto más moverá y tantas más almas salvará y perfeccionará, cuanto más perfecta y elevada sea su transformación en Mí, Dios hombre.

De hombre no debe tener el sacerdote más que la figura; un cuerpo perfecto y santo, como Yo; figura perfecta que salió de las manos de Dios al crearlo; pero en él debe desaparecer lo natural, la parte animal, sustituyéndola —¿quién lo creyera?— el Espíritu Santo. Este debe ser

su espíritu como fue el mío, éste su movimiento interior y divino, éste su ser de sacerdote santo en el Espíritu Santo. Porque sólo por el Espíritu Santo recibe el hombre lo divino; El es el canal de mi Padre para derramar la vida de la gracia, esa vida inmortal (aparte de la natural), la que salva, la que vale, la vida verdadera, la que santifica, ¡la divina!

Sólo el Espíritu Santo hace santos a los sacerdotes; sólo ese divino Espíritu los eleva de lo terreno a lo divino; sólo El es capaz, con su Soplo, de impulsar a las almas sacerdotales a lo heroico, a lo sublime de su vocación. El es el eterno lazo, deleitable y candidísimo, que une eternamente a la Trinidad, y el lazo también, la cadena dulce y amorosa que debe unir suavemente, como todo lo de El, a los sacerdotes en Mí, para llenar ese infinito deseo de mi Padre, la unidad en la Trinidad, por el Espíritu Santo y por Mí.

No hay otro elemento mayor para alcanzar la unidad en los Obispos y sacerdotes entre sí, como el que forma parte de la unidad divina, el Espíritu Santo. El es la Unidad misma que forma el amor, y el que produce la caridad, y que fusiona las almas en Dios. El es quien, por el amor comunicable, hace arder, y el que consume en el volcán de la infinita caridad todos los desperfectos y miserias humanas del sacerdote. El es el gran fuego devorador que purifica en el crisol del amor todas las imperfecciones. El es luz sobrenatural y esplendente que alumbra el interior de los corazones, luz de justicia y de caridad que hace cambiar el rumbo desor-

denado de prejuicios y nocivas interpretaciones. El es Pureza que ahuyenta con su contacto toda malicia, y la paz por excelencia que tranquiliza las conciencias turbadas por las pasiones.

¡Oh! ¡cuánto ansío el reinado perfecto del Espíritu Santo en el corazón de los míos! ¡ese reinado interior en el alma de mis sacerdotes en donde tenga El su asiento y su nido! Y si son **otros Yo**, deben mis sacerdotes tener el mismo Espíritu que Yo, el Espíritu Santo.

Mis sacerdotes más que nadie (y con razón, si los poseyó en la tierra el Espíritu de Luz) conocerán mis perfecciones infinitas; más que nadie se abismarán en las internas regiones de la Trinidad; más que nadie conocerán al Verbo y con El al Padre en sus arcanos infinitos; más que a nadie se les descorrerán los velos de los misterios; serán acreedores a más y más conocimientos y luces y ensanchamientos divinos; se sumergirán más que nadie en el profundo océano de mis atributos, en goces sempiternos más finos y delicados.

Pero el fondo sin fondo de los abismos y hermosuras inenarrables de Dios sólo lo conoce Dios, sólo puede soportarlo Dios con la infinita potencia de su Poder, sólo El sostiene lo íntimo e infinito de El; y esas bellezas indescriptibles, y esos arcanos insondables para una potencia que no sea infinita, y toda la dulzura de los deleites de la Trinidad, que no existen palabras en el mundo que las describan,**eso** sólo Dios lo puede resistir, sólo su Potencia divina tolerar.

Mil soles serían oscuridad ante su luz, mil cielos serían sombra en comparación de esas inefables suavidades y deleites de la Divinidad en Sí misma, en el fondo sin fondo de la inmensidad de su Ser. Sólo Dios **resiste** a Dios. Y tan grande es el Padre como el Hijo y como el Espíritu Santo; y tan infinito y tan divino y tan Dios es uno como el otro. Sólo sus irradiaciones forman la bienaventuranza eterna; sólo una gota de su dulzura derritiría miles de mundos y corazones; sólo un rayito de su fuego incendiaría la creación entera.

Dios, con todo su poder infinito, sólo El puede contener los torrentes de Dios que quieren y tienden a desbordarse; y los detiene, porque arrollarían mundos y corazones y cuanto existe. Regula en su Sabiduría infinita lo que ha de dar y lo que todo el cielo junto y cada alma puede soportar.

Por eso ni los sacerdotes creados ni ningún ángel ni alma ni cosa creada podría penetrar sin liquidarse en el Santuario íntimo de la Trinidad, en las regiones internas de la Trinidad; y sólo las tres divinas Personas increadas pueden resistir las hermosuras, las suavidades y dulzuras y emanaciones purísimas y santísimas de la Trinidad en Sí misma.

Porque, todos estos abismos, estos Soles de luz, estos torrentes y mares sin fondo de amor, de gracia, de substancia de Dios, de **Dios mismo** —que refleja en Sí todos sus atributos y bellezas y hermosuras y encantos...— todo esto **no sale de Dios;** se multiplica dentro de Sí mismo, en su unidad, en un solo punto de unidad,

en un solo punto de esa unidad inmensa, infinita, eterna, que produce y reproduce sus primores, sus divinas bellezas, **sin salir** de la unidad.

Figurémonos una hermosa fuente con juegos de agua encantadores, que después de deleitar, vuelven a formar la misma agua de la fuente sin salir de ella. Así es Dios; ese flujo y reflujo de perfecciones van de una Persona divina a la otra sin salir de una sola sustancia, y las embelesan, y las recrean, y las hacen felices, volviendo aquella multiplicidad de hermosuras ahí de donde salieron.

¡Qué grande es Dios...!

Pero no porque es tan grande Dios, quiero que las almas se retraigan. Porque ¿no soy también hombre? ¿no expliqué ya que siento como hombre, que cargué las miserias del hombre, que me hice Niño por el hombre y que morí por el hombre; que oculto mi Divinidad para que me toque el hombre y me mire en algo material, como en la Eucaristía; que me gozo en morar con el hombre hasta el fin de los siglos?

Que no me tengan vergüenza, sino amor; de eso tengo sed, de amor humano.

Sin duda que me basta el amor divino; y no sólo me basta, sino que soy el mismo Amor, con el Padre y con el Espíritu Santo. Pero me hice hombre por hacer feliz al hombre, por llevarlo a Dios, a la Divinidad; pero como hombre, **quiero amor de hombre, caricias humanas, ternuras humanas...**"

LVII

RESPETO A LOS SACERDOTES

"Hasta para el respeto que deben tener los fieles al sacerdote es conveniente su transformación en Mí. El sacerdote por su dignidad se eleva sobre el común de las demás gentes, y es una insensatez, una desgracia lamentable y hasta puede ser pecaminosa, que arrastre esa dignidad por los suelos y que se aseglare. Aunque joven, debe portarse el sacerdote como quien es, y no ha de rebajar su vocación ni degenerar la dignidad que el Espíritu Santo le confirió.

Nunca orgulloso, pero sí digno, puesto que me representa; siempre afable y humilde, pero conservando una prudente distancia, sobre todo con personas de otro sexo. Nada de familiaridades que repugnan a su condición de sacerdote.

Puro, recto, inflexible en lo que no debe ser; y suave y armonizador y conciliador en los casos en que mi doctrina y mi moral no sufran menoscabo. El tino que el sacerdote debe tener en el trato y en los negocios debe pedírselo al Espíritu Santo. El es el gran Regulador y amable Conciliador que une y santifica.

El sacerdote debe esparcir a su derredor la unción de que debe estar lleno, y entonces la malicia de los mundanos y las ocasiones peligrosas se estrellarán, y los nubarrones y tentaciones de Satanás se desharán al tocarlo. Un sacerdote transformado en Mí será impenetrable a los dardos del enemigo; lo acometerá de mil modos, lo tentará en mil formas, pero como Yo, vencerá

las tentaciones y el demonio quedará corrido y avergonzado.

Bastaría la virtud y la unción del Espíritu Santo que el sacerdote recibe en su ordenación para ser invulnerable; porque esa unción especial lo blinda como con una coraza para que el mal no lo penetre. Pero el mundo y la carne, esos enemigos **consentidos** por El, rompen ese impermeable divino, y por ahí se cuela Satanás —que siempre acecha al sacerdote— y lo penetra, y lo avasalla, y lo hace suyo, y aleja a su antagonista que es el Espíritu Santo. Los más opuestos polos, los más grandes enemigos son el Espíritu Santo y el espíritu diabólico que luchan constantemente en las almas, especialmente en las de los sacerdotes. El bien y el mal continuamente luchan en el corazón del sacerdote, pero éste tiene mayores medios, más poderosas armas para triunfar.

Por eso en sus caídas los sacerdotes son más culpables, porque si bien son hombres, también han recibido insignes gracias y están en contacto continuo con la Trinidad. Y ¡qué triste es que por los escándalos culpables los sacerdotes desciendan, a las miradas de los fieles, del pedestal en donde la Iglesia los tiene! Deben reflexionar que, si ellos no son lo que deben ser, los fieles juzgan no a los individuos solamente, sino a mi Iglesia, digna de todo respeto y honor.

Pero todo eso se acabaría, si los sacerdotes se transformaran en Mí; entonces se tendría a mi Iglesia en la altura en que debe estar y su atracción sería más poderosa y la acción del sacerdote en la sociedad y en las almas mucho

más fecunda, y brillaría el sol de mi Iglesia sin manchas ni desperfectos, y honraría siempre a la Trinidad.

En este punto del respeto a mis sacerdotes no se piensa mucho, y se desprecia a mi Iglesia y hasta se burlan de Ella los malos, **por culpa** de los sacerdotes que con su conducta ligera e indigna le denigran los primeros.

También se predica poco la dignidad y origen divino de mi Iglesia, y muchos ignoran lo que vale, lo que es y los tesoros inmortales que contiene. ¡Cuántos la ven como una sociedad cualquiera sin escuchar sus enseñanzas ni apreciar los misterios y sublimidades de que está llena!

Es mi voluntad que se prediquen sus excelsitudes y que se den a conocer más y más sus grandezas.

Pero que los sacerdotes correspondan con su conducta exterior al rango sagrado a que pertenecen. Si Yo soy digno de honor y de respeto, mis sacerdotes lo son también, porque me representan y deben honrar a la Iglesia por su santidad y transformación en Mí. Encargo mucho a quien corresponda este punto muy poco estimado por los fieles, sí, pero con mucha culpa de mis sacerdotes, el de la falta de respeto a ellos, y en ellos a mi Iglesia y a Mí.

Deben darle lustre al nombre que llevan, a la más que nobleza que representan al representarme a Mí en la tierra. Y si lastima hondamente a mi Corazón cualquier desprecio o injuria a mis sacerdotes —más que si fuera a Mí mismo—, mucho más me duele que den ocasión

mis sacerdotes a murmuraciones y a juicios merecidos por su innoble conducta y por su **más que roce** con los mundanos, impropio de su dignidad.

Este defecto que parece de poca monta no lo es, por razón de que baja el nivel moral, espiritual y respetuoso en los fieles, y aumenta la indiferencia, cuando menos, a los sacerdotes que a mi Iglesia representan.

Lejos de Mí —todo caridad— el que sean altaneros y soberbios mis sacerdotes; pero tampoco quiero que denigren su dignidad, que la rebajen de mil maneras **que ellos saben** y que repugnan con el origen divino y santo de su vocación. Un exterior de paz, de dulzura, de caridad deben presentar mis sacerdotes, a la vez que deben guardar cierta distancia, sobre todo, repito, con personas de otro sexo. Nada de familiaridades que desvirtúen el carácter serio del sacerdote; nada de nivelarse con la vulgaridad de las personas mundanas; sino que, conservada la distancia que debe mediar, sean, a la vez que amables, discretos; a la vez que atractivos por virtud, serios; a la vez que bondadosos, dignos; sin faltar a la pulcritud cristiana, caridad y cordialidad.

Que en sus conversaciones siempre mezclen a Dios; que en sus juicios y apreciaciones se trasluzca la caridad de Cristo; que la igualdad de carácter los distinga, sin preferencias por los ricos; que sus sacrificios y abnegaciones sean de igual interés para todos.

Que vean almas y no nacionalidades ni categorías; que tengan un solo corazón, **el mío,**

para enjugar todas las lágrimas, consolar todas las penas, y sobre todo que sean **otros Yo**; y con esto sólo todo lo tendrán para su santificación propia y para llenar su misión divina en las almas que les he confiado; y que unidos e identificados Conmigo, ellos y las almas, alcancen el fin e ideal de mi Padre amado: **la perfecta unión por medio del Espíritu Santo en la unidad de la Trinidad".**

LVIII

ENCARNACION MISTICA

"Voy a hablar ahora de ese amor divino de **paternidad** que me enajena, que me subyuga, que me hace estremecer aun en mi ser de hombre Dios y que hace la eterna felicidad del Verbo: **¡el amor de mi Padre!**

Esa fibra de ese amor, ese reflejo del amor del Padre al Verbo, ese germen santo de su fecundidad que ha puesto en el alma en las encarnaciones místicas, me atrae, me enamora, y en la tierra causa mis más especiales delicias.

Claro está que como Dios nado en el mar sin fondo del amor incomprensible del Espíritu Santo, y que soy feliz, infinitamente feliz en ese amor que une y que contiene todas las delicias de la Trinidad. Claro está también que no necesito, como Verbo, más amor que el amor eterno, que el amor increado, que el infinito seno de mi Padre en donde todas las venturas existen.

Pero no sólo soy Dios, la segunda Persona de la Trinidad, sino que soy hombre-Dios; y como hombre quiero y necesito caricias humanas, ternuras humanas, aunque divinizadas; y ningunas más sobrenaturales que las de las almas que reciben la insigne gracia de la encarnación mística; ningunas más puras, legítimas y santas que las nacidas en el reflejo de la fecundidad del Padre, que comunican al alma el matiz y colorido y algo, en cierto sentido, del amor mismo del Padre.

Sólo por esto me complace ese amor, aun en María, por lo que lleva a mi Padre, por lo divino de que ese santo amor está impregnado, por lo tierno, por lo puro, por lo santo, aunque nacido en el corazón humano y con todo el reflejo humano.

Yo soy amor, y sin embargo, busco amor. Yo no puedo producir más que amor, y toda mi vida en la tierra no fue más que un acto de amor continuado, de amor en diversas formas.

Y todavía en el esplendor de la gloria me gozo en mi naturaleza humana, en mi ser de hombre Dios, complaciéndome como hombre en el amor y en las delicadezas del hombre.

Toda la Trinidad en sus relaciones personales y en su acción creadora y efusiva en todas las cosas, no puede ser sino amor, amor **uno** en donde se encierran todas las causas y todas las cosas. Y el Padre es amor, y Yo soy amor, y el Espíritu Santo es amor, y en mi humanidad sacratísima soy amor. Y el desequilibrio del hombre sólo consiste en apartarse de esa unidad de amor.

Y por eso puse en el mundo a mi Iglesia, toda amor, para que abarque a todas las almas del mundo en su seno amoroso, con el concurso de los sacerdotes que la forman y que deben ser **todo amor.**

Pero no quiero apartarme del punto con que comencé, del amor que se deriva de las encarnaciones místicas que mis Obispos y sacerdotes deben tener en más o menos grados.

Cierto que con mis sacerdotes tengo una fraternidad especial por ese vínculo en María y por tener un mismo Padre que está en los cielos; pero en razón del sacerdocio conferido y afirmado por el Espíritu Santo, reciben el poder como de concebir, en cierto sentido, al Verbo hecho carne, en la Misa, en donde se renueva mi Encarnación, mi Pasión y muerte. Por esto mismo y por la gracia insigne que reciben (en este mismo misterio del Altar) de la fecundación del Padre, tienen —en cierto sentido también— el derecho como de maternidad con Jesús, porque lo hacen presente en el Altar, no sólo místicamente, sino real y verdadero en cada Misa, en cada hostia consagrada, por las palabras creadoras y operadoras de la consagración, que traen consigo la fecundidad del Padre, por la que se efectúa el milagro palpitante y real de la transubstanciación.

Cada Obispo, cada sacerdote participa en cierto grado y sentido de la maternidad de María, de la paternidad del Padre, del asombroso prodigio obrado por el amor, **sólo por el amor,** del Espíritu Santo, concurso indispensable para este fin.

Así es que todo sacerdote que reproduce a Cristo lleva el reflejo de María más marcado que nadie; y por tanto, debe ser como un trasunto de María, la criatura de la tierra más transformada en Mí. Nadie que no tenga esta transformación puede recibir ampliamente la encarnación mística en su Corazón; y el sacerdote está obligado, por esta circunstancia más, a transformarse en Mí, si tiene que ser María, si quiere acariciarme con la ternura y el amor y pasión divina y humana de María.

Y en esto no piensan mis sacerdotes; es un secreto más para obligarlos a su transformación en Mí y a que busquen con ardor la perfección por su unión con María, por la unión inefable y pura e indisoluble con el Verbo, por su amor inmenso al Padre, ofreciéndose y ofreciéndome en sus manos puras, como María en la Presentación, como María en el Calvario, como María en todos los pasos de mi vida, especialmente en éstos que he señalado por ser pasos o elevaciones sacerdotales.

¡Oh, si mis Obispos y mis sacerdotes reflexionaran en estas verdades que los envuelven, en estos esplendores que los alumbran y en estos misterios que los penetran, cómo ensancharían sus almas y recibirían humillados y agradecidos el don de Dios!

Cierto que el germen de esta gracia insigne la tienen todos los sacerdotes, la llevan en su sangre, por decirlo así, al recibir la ordenación, el Soplo fecundo del Espíritu Santo; porque ese Soplo siempre produce o comunica al Verbo, única cosa que Dios puede producir, y en el Verbo a todas las cosas. Pero este germen se desa-

rrollará más y más por las gracias especiales y gratuitas del Espíritu Santo. Llevan los sacerdotes el germen; pero el desarrollo de esta gracia sólo la efectúa el Espíritu Santo, y exige del alma ciertas condiciones, y extiende su realización plena y su eficacia como don regalado al alma escogida a quien place darlo.

Pero a pesar de esto, todos los sacerdotes tienen obligación de cooperar al desarrollo del germen de esta gracia en sus almas para su propia santificación y bien de otras muchas almas.

Que mis sacerdotes se empapen de estas verdades íntimas, que las mediten despacio en el interior de sus corazones para agradacerlas primero, y después para utilizarlas; y que dilaten sus almas para su transformación en Mí, para realizarla plenamente, para complacencia del Padre y para gloria de la Trinidad".

LIX

QUIERE JESUS UNA REACCION EN LOS SACERDOTES ACTUALES

"Quiero una reacción poderosa en los sacerdotes actuales, y para esta reacción les he ofrecido en estas Confidencias, poderosos medios para su perfecta transformación en Mí. Les ha dado mi bondad un impulso santo, he iluminado su camino y enardecido sus corazones, haciéndoles patente mi infinito amor y predilecciones sin nombre.

Y aun para darme futuros sacerdotes santos según el ideal que persigo, los sacerdotes

presentes deben formar ese ideal en sí mismos; deben perfeccionarse más y más en su transformación en Mí, ahondar los puntos de intimidad Conmigo, de recogimiento y oración, de pureza de alma y de mortificación, de hijos perfectos de María, ser **otros Jesús** en la tierra, formar en la unidad un solo Jesús Salvador Conmigo.

Así, Yo en ellos y ellos en Mí, glorificaremos al Padre en una sola alabanza, y con las almas formaremos una sola unidad perfecta en la Iglesia que debe honrar a la Trinidad.

Ya toda la Trinidad se goza viendo presente esa unidad, esa transformación de todos los sacerdotes en el Sacerdote por excelencia, único digno de ofrecerse al Padre, de glorificar al Padre; pero todos los sacerdotes en El deben formar ese UNO con El que es el fin del Cristianismo, del Evangelio, de la misión divina que me trajo al mundo: unificar todas las cosas en el UNO en esencia; traer lo divino de las almas a lo divino; volver a Dios lo que es de Dios; todo lo demás es secundario, es medio para llegar a este fin.

Todas las almas deben formar esa comunidad; pero, ¡cuánto más los sacerdotes, unos Conmigo y destinados a formar un solo cuerpo en Cristo, una sola alma en el Espíritu Santo!

Nadie se puede dar cuenta de las fibras que toquen estas Confidencias amorosas de Jesús; nadie puede medir el bien que harán; porque no son palabras que pasan, sino palabras con virtud, operativas en los corazones, palabras que penetran, convierten y transforman; por-

que no son humanas, sino nacidas del amor y brotadas del infinito amor.

...Resonarán estas palabras en muchas almas de sacerdotes que, activarán su perfección y transformación en Mí y me darán gloria.

...Que oren por los sacerdotes, que se sacrifiquen por ellos en mi unión; y por este medio, con María, se apresurará la realización de mis deseos en mis sacerdotes y en mi Iglesia.

El mundo se hunde, porque faltan sacerdotes santos que lo detengan; las almas se pierden por falta de sacerdotes trasformados en Mí que las salven; la Iglesia necesita de este impulso regenerador y espiritualizador que la sostenga, porque la ola furibunda de la sensualidad y malas doctrinas pugna por materializar a las almas y arrancarlas de su seno.

Llora la Iglesia la pérdida de muchos de sus hijos arrastrados por la corriente impetuosa del infierno; y sólo los sacerdotes santos, los sacerdotes Yo, los sacerdotes Jesús, unos Conmigo, podrán hacer frente a ese mundo de vicios y desenfrenadas pasiones que apartan los rebaños de la Iglesia y de sus Pastores.

Yo he prometido ayudar a esta reacción y volver al mundo en mis sacerdotes, para luchar cuerpo a cuerpo con el infierno y volver a triunfar con la Cruz, con mi Corazón, con el Espíritu Santo y con María.

Pero necesito obreros santos, transformados en Mí, instrumentos dóciles en mis manos, corazones dispuestos a mi Voluntad, almas de fuego que, sin respetos humanos y con el Evangelio y el amor en el pecho, levanten muy en al-

to mi estandarte, que es el de la Cruz salvadora, y restauren todo, y alcancen a unir los corazones en la unidad de la Trinidad".

LX

LA PALABRA ETERNA

"Yo soy Palabra y la palabra se comunica. Soy Palabra eterna, Palabra de Sabiduría que tiene virtud de penetrar y de obrar en las almas, por lo divino que lleva consigo, porque es la misma Divinidad con el Padre y con el Espíritu Santo.

El Verbo es Palabra, porque es la voz de Dios, la voz del Padre, creadora y santificadora por el Espíritu Santo, quien la comunicó a los Apóstoles en Pentecostés.

Palabra que unifica, Palabra única, aunque con derivaciones y ecos íntimos infinitos.

Soy la Palabra eterna, la Palabra fecunda del Padre, su "fiat" sin principio, su eterna Voluntad, por donde se comunica a la Iglesia y a las almas.

Esta Palabra es Dios, es el Verbo por el cual se sube al Padre y se le conoce; porque nadie conoce al Padre, si no es por su Verbo y en su Verbo.

Soy Palabra sapientísima, fecundísima, y toda la sabiduría y la ciencia de la tierra tiene su principio en esta Palabra única en su esencia y fecundísima en la inmutabilidad de su ser. Y esta Palabra es la que habla sin sonidos; e ilumi-

na, porque es Luz; y obra, porque es eficaz; y santifica y penetra, porque es divina.

Esta Palabra es penetrante y aguda como espada de dos filos que corta las tentaciones; es sublime por la naturaleza de su principio; es santa, porque viene de Dios; y es operativa, porque palpita y reside en el Corazón de Dios.

Por eso no quedará estéril esta Palabra para las almas sacerdotales. Todo lo que procede de Dios no es muerte, sino vida; no es estéril, sino fecundo. No es pasible esta Palabra, sino activa en su desarrollo, que despierta corazones y quebranta rebeldías, y arrolla tentaciones, y vigoriza y fortalece con su energía.

La palabra del hombre pasa y muere; la Palabra de Dios opera, y vive, y vuelve de donde salió llena de triunfos, porque es Palabra salvadora, Palabra de luz, de fuego, Palabra única, en donde se encierran creaciones y cuanto existe y existirá, porque esa Palabra es Dios.

También esa Palabra, que es el Verbo, es amor; y no puede ser otra cosa, ni encerrar otra cosa, ni producir otra cosa, porque su sustancia es amor.

Con la profundidad de esa Palabra se escribirían miles y miles de libros que sólo tendrían una nota, un sonido, un sentido, ¡AMOR!

Amor dice siempre esa Palabra, Yo, en la multiplicidad de sus derivaciones; porque Yo soy amor, con el Padre y con el Espíritu Santo; y no puedo producir sino amor, siempre amor, amor en la unidad de la Trinidad.

Así es que todo lo que sale de Mí tiene espíritu y vida, por cualquier contacto que me co-

munique... Y Yo prometo que estas Confidencias del Corazón de un Dios hombre conmoverán y darán copioso fruto a mi Iglesia y una grande gloria a la Trinidad".

LXI

VERGUENZA

"Una de las vergüenzas para mis sacerdotes indignos ante mi Padre celestial debiera ser la de ejercer el poder del Padre, cuando perdonan los pecados, absuelven y limpian las almas, estando ellos manchados. Y el Padre mismo, la Trinidad misma, cumpliendo su ofrecimiento, desata lo que el sacerdote desata, y deja libres a las almas para el cielo.

Sanciona la Trinidad lo que el sacerdote hace; le sirve, se abaja para que use de Ella, del atributo de su divino poder, que nunca rehúsa el sacerdote por indigno que éste sea. Enemigo de Dios, alejado de Dios por el pecado mortal, Dios cumple, sin embargo, Dios perdona, Dios se humilla, por decirlo así, ante el sacerdote en pecado cuando ejerce el ministerio en el sacramento de la confesión; y más aún, con el pecado mortal actual que comete al impartir el sacramento no estando limpio.

¡Ay! ¡hasta dónde va el sacerdote en pecado con su rastrera malicia, con la bajeza inconcebible de su conducta y poca delicadeza usando de la Trinidad, siendo enemigo de la Trinidad! Y si en el mundo es imperdonable una falta de delicadeza al usar de las riquezas de un ofen-

dido, ¿qué será la vileza de usar de los tesoros de la Iglesia, que son los tesoros de Dios, con los que enriquece y salva a otros, mientras se hunde a sí mismo y me ofende?

Y aun suspenso por su Obispo, al sacerdote, en caso grave, se le deja la facultad de absolver; ¡qué tal es mi celo por las almas y el amor al sacerdote que no le quito lo que una vez le di, que me dejo manejar y pongo mis tesoros inmortales a su disposición, siempre que los merece y aun sin merecerlo, en caso de que peligre un alma!

Pero mi Corazón de hombre siente las indelicadezas del hombre muy hondamente, y como soy uno con la Divinidad por ser Dios hombre, me lastima muy duramente un sacerdote en pecado, al impartir los sacramentos; y sufro el bochorno ante mi Padre de que reparta sus riquezas quien no merecía tocarlas.

Se forjan a veces también los sacerdotes una idea alta de Mí —como debe ser—, pero que en cierto sentido les perjudica; me ven por las alturas, se sienten muy lejos de Mí. Me contemplan sólo en el trono de la Divinidad. Todo esto muy bueno es; pero no se impregnan de la idea de que soy también hombre a la vez que Dios, que vivo en constante roce con ellos —no sólo en la Eucaristía—, en una unión más que íntima en el cumplimiento de los deberes de su ministerio; que sé sentir las delicadezas, los abandonos, y que me contristo cuando me posponen a una criatura, a una vana ocupación, aun al pecado que mi delicadeza cubre.

Yo quiero más pundonor en mis sacerdotes, más delicadeza y fidelidad Conmigo, más trato íntimo y santa familiaridad con su Jesús.

Que se hagan más el cargo mis sacerdotes de que si soy Dios, también soy hombre, y con un Corazón que los ama tiernamente y que ansía sólo su bien. Para esto quiero su transformación en Mí, para esto persigo la unidad de todos en Mí, para consumarla en la Trinidad.

¡Si mis sacerdotes comprendieran a fondo la ternura y delicadeza con que los amo, y por qué los amo, y por qué quiero hacerlos felices, y anhelo su identificación Conmigo! ¡No le basta a mi amor infinito el ver a mis sacerdotes otros Yo en el altar, quiero verlos siempre así, quiero que estén penetrados de Mí, palpitando, viviendo, obrando, amando, Yo en ellos! !¡Oh, éste es el ideal de todo un Dios en la tierra, y por alcanzar este ideal quiero volver al mundo en ellos, ostentar mi poder, y hacerme patente a las almas, y arrebatarlas al infierno!

No otro fin llevan estas Confidencias en su fondo, **la transformación de los sacerdotes en Mí** y la salvación y regeneración del mundo por Mí en ellos. Es un nuevo impulso de mi caridad, es un nuevo empuje de mi amor, de ese amor que hace abajarse a todo un Dios para mendigar el amor de sus criaturas.

No se conoce a fondo mi Corazón, no se ahonda en los abismos de ternura que encierra, no se mide ni se piensa en lo infinito de ese amor, de esa locura de amor, de ese volcán de fuego divino que quiere abrasar los corazones de los sacerdotes por el Espíritu Santo.

Quiero pureza, quiero delicadeza, quiero cruz en mis sacerdotes; pero sobre todo, quiero fundirlos en Mí para que todos formemos uno en mi Iglesia, en las almas, en el Seno del Padre, en María, en la Trinidad.

Tampoco quiero que mis sacerdotes comuniquen a las almas esa como tirantez con Dios, prefiero la santa y respetuosa confianza que da el amor.

Hay sacerdotes adustos, reservados, secos, ensimismados en sus opiniones y aferrados a su manera de ser, por carácter, y que comunican a las almas y aun les exigen esa manera alejada y exageradamente temerosa de tratarme y de amarme que inspira miedo y seca las fuentes de la ternura.

Y es que no ahondan en lo que digo, que si me abajé para hacerme hombre fue para no deslumbrar al hombre con los esplendores de mi majestad, sino para que se me acerque sin miedo y me ame con esa amable y digna confianza que da el verdadero y santo amor.

Que me muestren mis sacerdotes tal cual soy, no el Dios del Sinaí nada más, sino un Dios hombre que dio su sangre y su vida por el hombre y que tiene sus delicias en el acercamiento y amor confiado de las almas".

LXII

DOLORES MISTICOS

"Hay que tener en cuenta que soy Dios-hombre; claro está que no tengo dolor físico y que en mi ser divino no puede haber pena, sino

felicidad infinita. Basta para Mí, y bastaba en la tierra la visión beatífica, para no poder sufrir; porque la felicidad eterna rechaza al dolor.

Pero un dolor místico sí puede tener mi Corazón; no es la palabra **dolor** la que en este sentido debe aplicarse; es el **contristarme** al ver ofendido a mi Padre, a la Divinidad en El, en el Espíritu Santo y en Mí. Es ver pisoteada mi ley y mi Iglesia hasta por muchos de los suyos con su innoble conducta.

Y para llenar ese hueco de amor al dolor —al cual hice dolor salvador— que tuvo mi Corazón de hombre en el mundo, escojo almas que sufran por Mí. Pero, ¡oh! mi Corazón es tan inmensamente tierno que sufre místicamente al ver sufrir por Mí a las almas que me aman y que amo.

La sed de dolor que tuve en la tierra no se ha saciado ni aun en el cielo, como que mi Pasión dolorosa no fue bastante para acallar aquel grito de amor que anhelaba sangre, y aun derramándola toda entonces, y ahora con sacrificio incruento en los altares, no ha quedado satisfecho su Jesús. Por eso he sufrido en los mártires; por eso sufro en las almas que continúan mi pasión en la tierra; por eso les inspiro el continuar esa Pasión de amor y dolor, por el atractivo a la cruz que tuve en mi vida, para expiar, para reparar, para borrar los crímenes del mundo.

Amaba a mi Padre y quería pagar la deuda de la culpable humanidad; amaba a los hombres con amor infinito y humano, y quería ha-

cerlos felices. Estos dos amores son **uno** en el Espíritu Santo, en el cual amaba a mi Padre y al hombre; por eso me desvivo, me derramo en el mundo y pido dolor para saciar mis anhelos de sufrir que no se han agotado, por la fiebre que aun consume mi Corazón de amor de glorificar al Padre y de darle almas.

Y en mi Iglesia, si se penetra hasta su fondo, éste es su carácter genuino y especial, ésta su fisonomía: **el amor y el dolor** que no pueden separarse, porque ambos forman la sustancia de mi Corazón.

En el cielo sólo me queda el amor real, palpitante; pero también la sed de dolor, la cual calman las almas generosas y víctimas, que completan mi Pasión en la tierra. Pero eso de que se crea que porque está glorificado mi Cuerpo se le haya acabado o hayan tenido fin sus aspiraciones al dolor, es falso. Los mismos latidos de mi pecho los tengo hoy; los mismos ideales, las mismas santas ilusiones de darle gusto a mi Padre y de presentarle a mi Iglesia tan tersa y tan pura y tan santa en sus sacerdotes crucificados por amor, como debe ser.

Pero distingo dos clases de sufrimientos: los sufrimientos salvadores que son de los que tengo sed, porque el dolor redime; y esos otros sufrimientos místicos, pero reales en su sustancia, ocasionados por las ofensas de Dios que tánto me duelen como Dios hombre. Y claro está que cuando veo las ofensas y las deficiencias culpables de mis sacerdotes me contristo; que cuando veo sus pecados me duele el Corazón en su parte mística. Entonces ¿por qué me que-

jo ,por qué imploro, por qué doy los medios para que se remedien esos males?

¡Podría mandar fuego del cielo en tántas ocasiones! Pero ¿por qué no lo hago? Porque desde que fui hombre amo al hombre, y en cada hombre veo como una parte de mi naturaleza humana (pues si todos pecaron en Adán, todos se reivindicaron en Cristo); y en cada sacerdote me veo Yo completo, con todo mi ser divino y humano; y no es que Yo pueda dividirme o que en lo humano que hay en Mí no esté también lo divino, pero como en mis sacerdotes he puesto toda la predilección de mi alma y en ellos veo lo divino y lo humano mío, más los distingo y más los amo.

Por esto mismo, más me duelen sus ingratitudes, sus desprecios, sus ofensas y su eterna condenación. Por eso anhelo vivamente la transformación de los sacerdotes en Mí; por eso les he dicho mis secretos íntimos, su filiación con María, más acendrada y estrecha, y el camino más corto de la transformación por la encarnación mística que deben tener.

El misterio de la Encarnación es el más comunicable; y la Eucaristía es consecuencia de aquel sublime misterio de amor y de abajamiento. Si no hubiera Encarnación no existiera la Eucaristía. Todos los misterios están enlazados admirablemente, divinamente; pero el principio de ellos, para el hombre, fue el de la Encarnación del Verbo. De ahí la cadena de gracias inconcebibles para el hombre, la Cadena de amor que une la eternidad con el tiempo y que no concluirá, porque se perpetuará en el seno de la unidad de la Trinidad eternamente.

Pero los sacerdotes son el medio indispensable para llevar a las almas a esa unidad de donde salieron y a donde tienen que volver; porque lo divino que sale de la Trinidad es inmortal, no se deshace, no se acaba, sino que participa de la eternidad de su ser.

¡Ah! ¡late mi pecho de Dios hombre anhelando la realización de ese impulso de amor que doy al mundo, de esa íntima transformación de mis sacerdotes en Mí para gloria de mi Iglesia, de ese **Yo en ellos** de vuelta a la ingrata tierra para evangelizarla, atraerla, conmoverla y salvarla!

Que pidan, lo repetiré sin cansarme, para que se apresure esa reacción poderosa, que necesita también de la voluntad enérgica y generosa de los sacerdotes, de su amor activo, del Espíritu Santo, por María"

LXIII

UNION DE VOLUNTADES

"Yo vine al mundo con el fin de hacerme amar del hombre, de orientar su amor hacia lo divino; porque el hombre se puede decir que es amor, nació del amor y lleva en su ser el amor.

Pero ese amor lo falsifica, lo vulgariza, lo mancha, cuando el amor es lo más noble del hombre y del alma del hombre.

Y en realidad, el amor que pido al hombre y el que el hombre me puede dar es derivación del Amor eterno, del divino Amor. No podría el

hombre amar de otra manera, sino con ese amor; pero lo que busco en ese amor es lo más hermoso de él: **la voluntad en amarme.** Esa voluntad libre del alma es la que persigo, la que vine a buscar a la tierra, la que quiero poseer plenamente, la que me satisface. **Y en unir esa voluntad con la mía en todos sus grados, en toda su plenitud, está el punto culminante de su transformación en Mí.**

Necesito la voluntad del sacerdote, porque sin ella nada puedo hacer en su favor ni en bien de las almas; necesito esa voluntad de seguir mis huellas, de imitarme, de pertenecerme absoluta y plenamente, y de amarme, para tomarlo como mío, para su transformación en Mí.

¡Quién lo creyera! pero existen sacerdotes que se me dieron y se volvieron a tomar. Hay otros que me dan su voluntad a medias, con restricciones, con egoísmos, con falsedades; y esas voluntades no me satisfacen y me ofenden. Y Yo tengo que dármeles a medias, **con medida**; porque Yo sé que si me les diera como quisiera, desperdiciarían ellos el don de Dios y pecarían.

¡Quién lo creyera que Yo, más que ellos, cuido que no se manchen, que no acumulen castigos sobre castigos, y prefiero morirme de sed a sus puertas a que acumulen leña para quemarse! Más que las ofensas a Mí, cuido de que no aumenten la cuenta de sus debilidades, de sus ingratitudes, de sus ofensas, y veo por su bien.

Pero por esa delicadeza —la de cuidar sus almas—, que muchos no comprenden y que pasa desapercibida, como pasan muchas de mis

gracias a sus ojos, no me les doy como quisiera, no derramo en ellos el torrente de gracias que estoy ansioso de darles, sólo por no añadir deslealtades y desperdicios de esas gracias que no deben rodar por el suelo nunca, ni menos rechazadas por el corazón del sacerdote.

Quiero la voluntad del sacerdote, y ¿saben por qué? porque su voluntad es amor, es la esencia del amor.

Ese libre albedrío que Yo no me apropié, sino que se lo regalé al hombre; esa voluntad que siempre respeto, aun siendo Dios, vengo hoy a pedir en estas Confidencias para su bien; y también —¿por qué no decirlo?—, porque tengo hambre y sed de poseer esa voluntad que por muchos conceptos debe pertenecerme.

Y aquí voy a descubrirles una cosa: **que la falta de esa voluntad es la causa poderosa que impide su transformación en Mí**, es el obstáculo mayor para la fusión de sus almas en mi alma, de su corazón en el mío, es el tropiezo, es el dique que detiene a todo un Dios para juntar y fundir al sacerdote en el eterno Sacerdote, y transformarlo en El.

Aquí les descubro este secreto que llevo en mi alma, y que lamento, y que quiero destruir a fuerza de amor y haciéndoles oír mis quejas, ¡ay! las quejas de un Dios, de su Jesús, que los amo a tal grado que me parece poco que me imiten, y quiero llegar a transformarlos en Mí, a perderlos en Mí, a penetrarlos de Mí, a que en adelante no aparezcan ellos, sino **Yo en ellos**, y encuentren a mi Padre y atraigan las almas hacia El para glorificarlo.

Ya he señalado en estas Confidencias muchos obstáculos, pero hoy he puesto a su vista el principal para mi unión con esos sacerdotes amados: **¡su voluntad!** Quiero esa voluntad **pura, firme, generosa, absoluta, fiel y amante.**

Con esas cualidades, el Espíritu Santo procederá al trabajo dulce y ansiado de la transformación de los sacerdotes en Mí. Del Espíritu Santo es ese trabajo que acepta complacido en cada alma, y más en la del sacerdote; y por medio de ese Artífice divino, la copia quedará perfecta, puesto que El fue el que me formó en el seno de María, con todas las perfecciones y carismas que merecía un hombre Dios.

Sólo el Espíritu Santo transforma, regenera, hermosea y llena de gracias a las almas, no sólo fotografiándome a Mí en ellas, sino que las transforma en Mí; y es su mayor gusto por complacer al Padre, y pone toda su actividad en el alma que **se deja hacer,** que recibe su acción y su unción sin resistirle.

Pero, naturalmente, para esta forma y reforma necesita la voluntad plena del sacerdote, el abandono amoroso y confiado en sus manos; y en su voluntad misma, el deseo vivo y ardiente de transformarse en Mí. Necesita el Espíritu Santo, Espíritu delicadísimo y santísimo, la cooperación del alma y la ejecución de sus santas inspiraciones.

Es muy sutil y fino el Espíritu Santo que obra siempre por amor, pero que pide amor, que no quiere más recompensa que amor. Que me den todas esas voluntades unificados con mi voluntad. Que lo pidan con amor y con sacrifi-

cios. Que pidan al Espíritu Santo que mueva y conmueva a las almas sacerdotales con sus gemidos amorosos; y esas voluntades, muchas levantadas, otras independientes, otras arrogantes y emancipadas, se unificarán, humilladas y vencidas por fin por el amor (que es la única arma que Yo esgrimo en el mundo, porque hasta mis castigos en el mundo son amor), formarán un solo querer, una sola voluntad con la mía, en la unidad de la Trinidad.

El día que esto suceda será un triunfo para mi Iglesia amada y una dicha para mi Corazón. A medida de esta unión, comenzará el triunfo y la transformación de esas almas en Mí. Esa unión es sólo de caridad, es sólo de amor, que, al hacer de todos mis sacerdotes **un Jesús**, atraerá del cielo las miradas del Padre sobre la Iglesia, las naciones y las almas. Entonces volveré Yo a la tierra, porque mis sacerdotes formarán un solo Jesús, y a sus palabras que serán las mías, y a su acción que será la mía, y a su atracción pura, santificante y unitiva que será la mía, florecerá en todo su esplendor mi Iglesia, y María sonreirá enternecida, y la Trinidad será glorificada en espíritu y en verdad"

LXIV

CONSAGRACION

"En todo lo que he dicho no he tenido más fin que conmover el corazón del sacerdote para su transformación en Mí. Siempre mis planes y mis fines son de amor, y más, mucho más cuan-

do se trata de lo que más amo en la tierra, de mis sacerdotes. A las almas que más amo, después de ellos, son a las que por misión o por gracia especial reflejan algo del sacerdocio.

Pues bien, estas Confidencias han tenido por objeto unir a todos los sacerdotes en la unidad de la Trinidad, pero transformados en Mí; llevan el fin de hacer de todos ellos un solo Jesús, **Yo en ellos**; no muchos Jesús, sino uno solo, en donde estaré y me mostraré Yo para volver al mundo desorientado, hacia la divina brújula que conducirá las almas al cielo; para iluminar con la luz del cielo las sombras y nieblas en las que están envueltas. Es un nuevo empuje de misericordia y de perdones, una gracia más para la salvación eterna.

Volveré a la tierra más visiblemente, más sensiblemente, en mis sacerdotes que se presten a esa reacción espiritual, y el mundo recibirá el impulso divino y mi Iglesia dará sus frutos de vida eterna, y glorificará con esto a la Trinidad.

Pero voy a decirles una cosa muy importante. Muchas almas de mis sacerdotes comenzarán con escrúpulos que no quiero, pues que Yo fui amplio, todo paz y serenidad. Mi Espíritu Santo, es de paz, y en su actividad se encierra, sin embargo, la tranquilidad imperturbable de un Dios.

A muchos de mis sacerdotes tentará Satanás de diversos modos: a unos con escrúpulos, a otros con desalientos, a otros con humildades falsas, a otros haciéndoles ver un enorme peso en su augusta y santa vocación, etc. Que no ha-

gan caso al enemigo; porque éste, al sentir la divina reacción, bramará, esgrimirá todas sus armas, pondrá en juego todas sus baterías, y Yo necesito esforzados campeones, almas valientes que triunfen de sus astucias y tentaciones infernales.

Ha llegado el tiempo de que mis sacerdotes sacudan de sí mismos toda pusilanimidad; y con aire guerrero y sin miedo a los combates, levanten su frente pura y peleen y venzan al infierno; que si se transforman en Mí, no serán ellos solos los que venzan, sino **Yo en ellos** el que triunfe y enarbole la victoria en mi Iglesia, en mi Religión santa y en las almas.

Nada de miedos, que aquí estoy Yo; nada de debilidades, ni de disculpas, ni de detenciones en el camino; camino de cruz, sí; pero lleno de luz, de gracias y de fortaleza del Espíritu Santo.

Con el Espíritu Santo y con María, con mi Corazón y con la Cruz, **¿qué temer?** Valor y confianza, y **una entrega total y absoluta** de la voluntad de los sacerdotes a la mía: eso es lo que Yo necesito para que el Espíritu Santo obre en los corazones.

Hay que renovar aquellas santas promesas y protestas del día feliz de su ordenación; hay que refrescar aquellas santas emociones divinas para tomar aliento, para atizar los deseos vivos y ardientes de santidad; hay que amarme, que amarme más, que reavivar ese amor santo y puro; porque sólo el amor impulsa, activa y santifica; porque sólo el Espíritu Santo, que es amor, es el que une por el amor.

De suerte que para alcanzar lo que pido, **deben todos los sacerdotes hacer una consagración general y particular** —no de Diócesis y de Naciones solamente, **sino de almas sacerdotales, cada una especialmente—, al Espíritu Santo**, pidiéndole por intercesión de María que venga a ellos como en un nuevo Pentecostés, y que los purifique, los enamore, los posea, los unifique, los santifique, y los transforme en Mí.

El Espíritu Santo es el gran motor de la Iglesia, su ser y su vida, y el que tiene el movimiento de los corazones que se le entregan; que hagan esto mis sacerdotes y darán gloria a la Trinidad, y llenarán el fin que persigo para consuelo de mi Corazón, para salvación del mundo y para su propio bien. Todo depende de su correspondencia a lo que pido, todo depende de su fidelidad y de su amor hacia Mí, tanto esa transformación como esa unidad, y el hacer su voluntad **una** con mi Voluntad.

María, ha tomado parte activa para que se derramen esas gracias en favor de mis sacerdotes y de mi Iglesia. Que sean hijos agradecidos y que la honren más y que la amen más, por ese ser de hijos más íntimos que el de los otros hijos, pues que tomaron vida, como el Salvador del mundo —en cierto sentido—, de su vida, de su ser inmaculado, del calor maternal de su Corazón.

Yo prometo que esta reacción vendrá. ¡Oh, sí! vendrá, y Yo reinaré, en mis sacerdotes sobre todo, porque soy Rey universal de mi Iglesia y de los corazones".

FIN DEL PRIMER VOLUMEN

INDICE

		pág.
I	¡Amor Sacerdotal!	7
II	Mirada	8
III	Penas de Jesús en las misas	11
IV	Transformación	14
V	Los sacerdotes y el purgatorio	16
VI	Los sacerdotes y los fieles	18
VII	Los sacerdotes y la comunión	20
VIII	Los sacerdotes y María	21
IX	Nova in missis calvaria	24
X	Jesús quiere una reacción en el clero mejicano por el Espíritu Santo y la oración	27
XI	Seminarios y noviciados	30
XII	De scandalis et de peccatis occultis	31
XIII	De abusis in confessionibus excipiendis	34
XIV	Falta de amor a la Eucaristía	36
XV	Cómo deben administrarse los sacramentos	40
XVI	Cuánta necesidad tienen los sacerdotes de ser virtuosos para no alejar a las almas	44

XVII Estudio 45
XVIII Relaciones con los seglares 46
XIX De Realionibus sacerdotum cum religiosis 47
XX De periculis in spirituali animarum directione 49
XXI De avaritia 53
XXII De ebrietate 54
XXIII Predicaciones 59
XXIV Tibieza 63
XXV Aseo 70
XXVI Advertencias 75
XXVII Los pobres 80
XXVIII Vocaciones 84
XXIX Celos 88
XXX Intenciones 89
XXXI Respeto humano 96
XXXII Quiero reinar 99
XXXIII Cómo mira Jesús al sacerdote . 102
XXXIV Origen del sacerdote 106
XXXV Unificación en la Trinidad 111
XXXVI Lo que es la Iglesia 119
XXXVII Unidad - Virginidad - Fecundidad 123
XXXVIII Las Tres Iglesias 126
XXXIX ¡Pido pureza! ¡pido pureza! ... 129
XL Fecundidad de la virginidad ... 132
XLI La sombra del Padre 136
XLII Disipación 141
XLIII Envidias 144
XLIV Virtudes teologales 148

XLV Limpieza de alma 152
XLVI Vanidad 155
XLVII Este es mi Cuerpo... esta es mi Sangre 159
XLVIII Mortificación 163
XLIX María 167
L Pereza 171
LI Transformación 174
LII Secreto 176
LIII Almas 180
LIV El gran medio de la transformación 184
LV Unificación 188
LVI El Espíritu Santo 192
LVII Respeto a los sacerdotes 198
LVIII Encarnación mística 202
LIX Quiere Jesús una reacción en los sacerdotes actuales 206
LX La Palabra eterna 209
LXI Vergüenza 211
LXII Dolores místicos 214
LXIII Unión de voluntades 218
LXIV Consagración 222

Editorial La Cruz

Apartado 1580. México 1, D. F.